
HARLEQUIN
Deseo
Días dorados
Katherine Garbera



Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

Días dorados, n.º 5480 - enero 2017
Título original: Sin City Wedding
Publicada originalmente por Silhouette® Books.
Publicada en español en 2005

I.S.B.N.: 978-84-687-9345-0

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Capítulo Uno

Larissa Nielsen había imaginado una infinidad de veces su reencuentro con Jacob Danforth, pero en ninguna de esas ocasiones había pensado que fuese a ser vestida con unos vaqueros gastados y una camiseta descolorida. Sin embargo, la visita que había recibido la noche anterior de Jasmine Carmody, una reportera del periódico local, no le había dejado otra opción. Tenía que hablar con Jake antes de que aquella mujer revelara al mundo que era el padre de su hijo Peter.

Por ese motivo estaba allí, sentada en su coche delante de la casa de Jake en Savannah a las siete de la mañana, como si fuera una ex novia psicótica que no pudiera olvidarlo y estuviera espiándolo. En ese momento podría estar en su casita en Riverside, a orillas del río Savannah, desayunando tan tranquila con su hijo de tres años, pensó con un suspiro. Pero inmediatamente su conciencia le recordó que aquello era algo que debería haber hecho hacía mucho tiempo. Tenía que decidirse a salir del coche, ir hasta la puerta y llamar al timbre.

Cerró el pequeño libro de poemas de Robert Frost que tenía en sus manos, y volvió a guardarlo en la guantera. Siempre lo llevaba consigo, porque la ayudaba a evadirse cuando se sentía abrumada, y esa mañana, mientras esperaba, le había proporcionado la vía de escape que necesitaba del enjambre de pensamientos que bullía en su cabeza.

Unos golpecitos en la ventanilla la sobresaltaron. Giró el rostro y alzó la vista, y vio a un hombre inclinado, un hombre de oscuros ojos que no había podido olvidar: Jake. La expresión de tipo duro se borró de su rostro en cuanto la reconoció, siendo reemplazada por una cálida sonrisa.

Larissa desactivó el cierre automático de la puerta, y Jake la abrió.

Nunca había sido lo que se decía una persona tímida, pero de pronto se sintió como el león cobarde de *El mago de Oz*. Conocía a Jake, y sabía que cuando le dijera que tenía un hijo y que se lo había ocultado durante tres años, no se lo tomaría bien

precisamente.

Peter seguía dormido en el asiento trasero, y su madre se volvió un instante a mirarlo para asegurarse de que estaba bien tapado con su mantita preferida. Estaban en el mes de marzo y hacía un poco de frío. Se estremeció ligeramente al bajarse del coche, y se frotó los brazos con las manos, rogando por que los cristales tintados ocultaran a su hijo de la vista de Jake hasta que le hubiera hablado de él.

–Larissa… ¿Qué estás haciendo aquí, sentada en un coche delante de mi casa a estas horas? –inquirió Jake, que todavía no había salido de su asombro.

Debía venir de correr, porque llevaba unos pantalones cortos de chándal, una sudadera empapada en sudor, y zapatillas de deporte. Bueno, pensó Larissa con alivio, cerrando despacio la puerta del vehículo, al menos iba vestido tan informal como ella.

Pero a pesar de la ropa estaba tan guapo como lo recordaba. Se preguntó si seguiría siendo también igual de bueno en la cama, y tuvo que obligarse a apartar la vista de su musculoso tórax para mirarlo a la cara.

–Es una larga historia.

–¿Cómo de larga? –inquirió él con una media sonrisa–. ¿Casi cuatro años?

–La verdad es que sí.

–Bueno, entonces será mejor que nos pongamos cómodos. Entra en casa conmigo; haré café y hablaremos de ello. Si algo no falta en mi casa es precisamente café. No tengo tantas variedades como en nuestras cafeterías, pero…

Larissa se rió. Jake siempre conseguía hacerla reír, pero no podía dejar a Peter en el coche.

–Te lo agradezco –balbució–, pero… bueno, es que… verás, hay algo que tengo que decirte y…

–¿Y no puedes decírmelo dentro?

–Pues… no, me temo que no.

Se apoyó en la puerta del coche tratando de encontrar las palabras adecuadas. Tragó saliva, y se humedeció los labios.

–Um… vaya, esto es más difícil de lo que creí que iba a ser –comenzó. Inspiró profundamente. «Valor, Larissa, valor»–. ¿Recuerdas aquella noche en que tú y yo…?

–¿Cómo podría olvidarla? –contestó él, repasando un dedo por su mejilla.

Un cosquilleo recorrió a Larissa de arriba abajo. Las más leves caricias de Jake siempre la habían hecho reaccionar de aquel modo, aun cuando fueran totalmente inocentes.

–Yo tampoco la he olvidado –confesó.

–¿Por eso estás aquí? –inquirió él.

Se inclinó hacia ella, bajó la vista a su boca, y Larissa sintió que volvía a estremecerse. Sin darse cuenta de lo que hacía, se lamió los labios, y Jake siguió el movimiento de su lengua con la mirada. Diablos, aquello se le estaba yendo de las manos. La mano descendió, y le acarició el labio inferior con el pulgar.

–Después de casi cuatro años vuelves a aparecer en mi vida, y no alcanzo a imaginar la razón –murmuró–. ¿Por qué ahora, Larissa?, ¿por qué estás aquí?

Ella volvió a tragar saliva.

–Una reportera se presentó en mi casa anoche por… por un asunto que puede afectar a la candidatura de tu padre al senado.

–Esos condenados periodistas… –farfulló Jake, pasándose una mano por el rizado cabello–. ¿Será posible que no puedan dejarnos tranquilos ni un minuto?

–…y sabe lo de… bueno, lo de nuestro romance de una noche –soltó Larissa.

–No es justo que lo llames así –dijo Jake–. Yo no quería que fuera un romance de una noche, quería volver a verte.

Era cierto. La había telefoneado varias veces, pero ella no había contestado el teléfono, ni había respondido a los mensajes que le había dejado en el contestador, y había acabado por mudarse a Atlanta con la compañera de cuarto que había tenido en la facultad para evitar que pudiera averiguar que su noche de pasión había tenido consecuencias.

Aunque hubiera estado dispuesto a asumir su responsabilidad, no le había parecido que Jake estuviera preparado para ser padre. Para empezar, por aquel entonces su negocio, D&D, la cadena de cafeterías que había abierto con su primo Adam, lo absorbía demasiado, porque estaba empezando a ampliarse con franquicias en otros estados, y, por otra parte, en el plano de lo personal, no era demasiado maduro, ya que no pensaba más que en pasarlo bien.

Además, ella sabía por propia experiencia que una mujer que obligaba a un hombre a comprometerse acababa convirtiéndose en una carga para él, y hacía mucho que se había jurado a sí misma que jamás se convertiría en una carga para nadie.

–Tenía mis razones para no reunirme contigo en Cancún –murmuró, mordiéndose el labio inferior. «Díselo ya, Larissa. ¿A qué estás esperando?».

Jake la miró sin comprender.

–Escucha, Larissa, no vivimos en el siglo diecinueve –le dijo–. El que dos personas libres y sin compromiso pasen una noche juntos no es algo que interese tanto como para que salga en los periódicos, sobre todo cuando una de ellas es completamente anónima. No sé qué se traerá entre manos esa mujer que te llamó, pero no tienes por qué preocuparte.

–Me temo que sí hay motivos para preocuparse –replicó ella.

–¿Qué?, ¿te ha dicho que tenía fotos o algo así? –le preguntó Jake.

La sonrisa maliciosa en sus labios hizo que los recuerdos de esa noche volvieran como un torbellino a la mente de Larissa. Había sido una calurosa noche de verano, y se había sentido entre sus brazos la mujer más hermosa del mundo, no la Jane más bien feúcha que siempre había sido.

–Sí, pero no de nosotros.

–¿De quién entonces? –inquirió Jake, que estaba empezando a exasperarse.

«Oh, Dios».

–De nuestro hijo.

Jake dio un paso atrás, tambaleándose ligeramente.

–¿Has dicho… has dicho «hijo»?

–Sí, su nombre es Peter, Peter Jacob, y tiene tres años –respondió ella, sintiéndose aliviada después de habérselo dicho al fin–. Lo he traído conmigo. Está dormido en el asiento de atrás.

Jake abrió la puerta, y se quedó mirando al chiquillo, que tenía el cabello rizado y oscuro como el suyo. Extendió una mano y le acarició la cabeza con tal ternura, que Larissa supo al verlo que había cometido un error al no decírselo antes.

Aunque enumeró mentalmente las excusas que se había dado a sí misma en esos tres años para no hacerlo, de pronto le sonaron débiles y sin fundamento, y estaba segura de que Jake pensaría lo mismo.

Jake, embargado por una emoción que jamás hubiera creído que pudiera sentir, no podía apartar los ojos del niño.

–Mi hijo –murmuró.

Su hijo… Por más que se lo repetía no podía acabar de creerlo. Nada lo había preparado para aquello. Ser padre era algo que nunca había considerado. Intentó desabrochar el cinturón de la silla de seguridad en la que viajaba el pequeño, pero estaba tan nervioso que no encontraba la manera. Tendría que llamar a su hermano Toby más tarde. Era el único experto en la materia que conocía.

–Sácalo –le pidió a Larissa, sacando la cabeza del coche y haciéndose a un lado.

Le temblaban las manos. Dios, tenía un hijo…

Larissa se inclinó, y Jake advirtió que, a pesar de la maternidad, su figura continuaba siendo tan esbelta como años atrás. Y sus ojos seguían siendo igual de azules. Siempre le habían parecido los ojos más honestos que había visto jamás… hasta ese día.

Larissa había desabrochado ya el cinturón de seguridad de la sillita de Peter, y estaba alborotándole el cabello suavemente con la mano para despertarlo.

–Buenos días, dormilón.

El niño dio un gran bostezo.

–Buenos días, mamá.

Había un vínculo entre ellos, un vínculo que Jake nunca había querido, pero que de repente envidiaba. Quizá esa clase de vínculo era lo que venía necesitando desde hacía tiempo. Quizá un hijo pudiese llenar el vacío que ni su trabajo ni las fiestas habían conseguido llenar jamás.

Larissa tomó al crío en brazos y lo sacó del coche, dejándolo en el suelo. Jake dio un paso hacia él, pero el niño retrocedió, apretando contra su cuerpo un osito de peluche y mirándolo con recelo.

–Está bien, cariño, no pasa nada. Este señor es un amigo de mamá –le dijo Larissa, acariciándole el cabello–. Es un poco tímido con los extraños –le explicó a Jake.

–¿Sabe siquiera lo que significa la palabra «papá»? –le espetó él, algo irritado por que lo hubiera presentado como «un amigo».

–Sólo tiene tres años. A un niño tan pequeño es difícil explicarle…

–¿Te resultaba difícil explicárselo… o más bien confiabas en poder esperar lo más posible hasta que no tuvieras más remedio que explicárselo? –inquirió él con aspereza.

Larissa suspiró.

–Mira, Jake, estás en todo tu derecho a estar molesto conmigo

por esto, pero si vas a comportarte de esa manera delante de Peter, me lo llevaré de vuelta a casa. Para él ahora mismo no eres más que un extraño que está enfadado con su madre.

Jake comprendió que tenía razón. Fuera justo o no para él, para el niño ella era todo su mundo, y el hacer que se disgustara o saliera llorando no haría que él le cayese precisamente bien.

Jake se irguió y dio un paso atrás.

–Está bien, lo siento.

Peter se aferró a la pierna de su madre sin dejar de observarlo. ¿Por qué Larissa no se había fiado de él lo suficiente como para decirle que la había dejado embarazada?

–¿Te ha seguido esa reportera?

–No lo creo.

–Bien, pero pasemos dentro de todas formas. Uno nunca puede estar seguro con esa gente. Parece que tengan antenas en la cabeza.

Larissa asintió, y se agachó para desenganchar los dedos regordetes de Peter de su pantalón. Tomó su manita en la suya, y ambos se quedaron mirando a Jake. Él comprendió que estaban esperando a ver qué hacía, pero, francamente, no sabía qué era lo que se esperaba que hiciera. Estaba fuera de su elemento.

Se agachó, hincando una rodilla en la acera, y le tendió una mano a su hijo. Peter vaciló, y le dio su peluche.

–Te ha dado al Señor Oso –dijo ella esbozando una sonrisa–. Eso significa que le parece que puede confiar en ti.

–Me alegra que al menos a él se lo parezca –respondió Jake con sarcasmo.

Larissa lo miró dolida con aquellos grandes ojos suyos, y se sintió como un bruto. Sabía que debía dejar a un lado su enfado e intentar recordar las razones por las que se había sentido atraído por ella años atrás, pero en ese momento le resultaba imposible.

–Oh, Jake, no se trata de una cuestión de confianza –dijo ella quedamente.

Él alzó la vista y la miró con los ojos entornados.

–¿Ah, no?, ¿de qué se trata entonces?

–Pues… pues de que yo no era la mujer adecuada para ti.

–Eso desde luego. Me gusta un tipo de mujer bien distinta.

Larissa sintió una punzada en el pecho. ¿Tenía que ser tan franco?

–Lo sé –farfulló irritada–: más alta, más voluptuosa, y…

–Vaya, gracias. Bonita opinión tienes de mí, Rissa –dijo Jake,

dejando escapar una carcajada de incredulidad–. No soy tan superficial. Quería decir «honesta». No me gusta que las mujeres con las que salgo me mientan y me oculten cosas.

Larissa se sonrojó. Jake sabía que si volvía a abrir la boca de ella saldrían de nuevo palabras duras e hirientes, y con eso sólo conseguiría que Larissa se diese media vuelta y se marchase con el hijo que acababa de descubrir que tenía, así que se levantó, se giró sobre los talones, y se dirigió a la puerta de la casa diciéndoles que lo siguieran.

Cuando hubieron entrado y hubieron pasado al salón, Jake se quedó dudando. Si quería hablar con Larissa, debería encontrar algún entretenimiento para el niño. ¿Qué hacían los niños de tres años para entretenerse?

–¿Le gusta ver la tele? –le preguntó a Larissa.

–Sí, pero sólo le dejo ver programas educativos.

Jake contuvo el impulso de poner los ojos en blanco. Típico de Larissa: sólo programas educativos. Bajó la vista hacia el serio chiquillo, hacia su hijo. Su hijo… Aquel pensamiento volvió a hacer que una extraña sensación lo invadiera, haciendo que la irritación hacia Larissa pasara a un segundo plano. Aquél era su hijo, sangre de su sangre. Tenía que hacer aquello bien.

Se arrodilló de nuevo frente al chico, y se quedó estudiando sus pequeñas facciones largo rato. El niño, al cabo, pareció perder su inicial timidez, y extendió una mano para tocarle la barbilla.

–Pincha –murmuró.

–Es que todavía no he podido afeitarme.

Peter alzó la mirada hacia su madre.

–¿Por qué tu cara no pincha?

–Porque a las chicas no les sale barba –respondió ella.

–Las chicas son distintas –farfulló Peter, volviendo de nuevo el rostro hacia Jake.

–Sí, ya lo creo que lo son –asintió él frunciendo los labios.

–Tengo hambre.

–Um… es que no me ha dado tiempo a darle más que un vaso de leche antes de salir –balbució Larissa azorada–. Pensaba… pensaba decirte que fuéramos a tomar alguna cosa a cualquier cafetería de por aquí cerca y mientras hablar de… de esto.

–No pasa nada. Ven, campeón –le dijo a Peter, poniéndole una mano en el hombro y conduciéndolo hacia la cocina–, vamos a hacerte algo de desayunar.

Jake sentó a Peter en un taburete alto, y empezó a buscar algo que un niño de tres años pudiera comer. No solía comer ni cenar en casa, así que no tenía gran cosa. Había aceitunas y frutos secos en uno de los muebles de la cocina, y en el frigorífico latas de cerveza y una botella de jerez, pero los niños no tomaban esas cosas.

–Debería haber dejado a Peter con una niñera –murmuró Larissa.

Jake se volvió hacia ella. Peter estaba enfrascado en un libro electrónico que su madre debía haber sacado sin duda de ese enorme bolso que tenía colgado del hombro.

–Me alegra que no lo hicieras.

Estaba tan cerca de él que podía oler el perfume frutal de su champú. No iba maquillada, aunque tampoco recordaba haberla visto maquillada cuando estudiaba en la facultad. Y tampoco le hacía falta. Tenía una piel cremosa y sin una sola imperfección, y unos labios sonrosados ni muy finos ni muy gruesos. Una ola de deseo lo invadió, haciéndolo sentirse aún más irritado. No quería sentirse atraído por ella. Estaba enfadado con ella.

Larissa tragó saliva, y Jake supo que todavía no estaba segura de que haberle permitido conocer a su hijo fuese una buena idea. Se preguntó en qué medida esa duda se debería a su reputación, y en qué medida al Jake que ella había conocido.

Era cierto que nunca había querido responsabilidades. Era algo que de sobra sabía su familia y que, gracias a la prensa, que seguía con lupa los movimientos de cada miembro del clan Danforth desde que su tío Abraham anunciara su candidatura a senador, sabía también la mitad del estado de Georgia. Lo habían retratado como un millonario en la treintena, soltero convencido, mujeriego, y amante de las fiestas. Y aunque no podía negar que ésa era la impresión que daba, Larissa lo había conocido lo suficiente como para saber que en el fondo era muy distinto.

–¿Qué quieres comer, campeón?

–Tortitas.

–Um… bueno, de eso no tengo, pero creo que podremos apañárnoslas –respondió Jake. Podría revolverle un huevo… si tuviera alguno en la nevera. Se volvió hacia Larissa–. Me temo que me habéis pillado sin provisiones, pero puedo subir un momento a preguntarle a Wes si tiene un cartón de huevos.

–¿Wesley Brooks? ¿Aquel chico que era compañero de cuarto tuyo en la facultad? –inquirió ella sorprendida.

–Sí, veo que te acuerdas de él. Vive en el piso de arriba.

–Vaya, qué pequeño es el mundo –murmuró Larissa–. Pero no hace falta que lo molestes. Seguro que tienes por ahí una caja de leche y cereales.

–Oh, sí, leche sí que tengo –respondió Jake, feliz de tener un *brick* sin abrir en la puerta de la nevera–. Y cereales… –sí, estaba seguro de tener por ahí un paquete de cereales…, se dijo rebuscando en los armaritos de la cocina–. Ajá: muesli con trocitos de chocolate –anunció blandiendo una caja.

–¿No tienes copos de avena?, ¿o algo de fruta, o yogurt natural? –inquirió Larissa–. No me gusta que tome cosas con chocolate para desayunar. Y, si no, bastará con un vaso de leche y una tostada con margarina.

–Programas educativos, comida sana… Por Dios, Larissa, ¿dejas que nuestro chico se divierta alguna vez?

–Por supuesto que lo dejo divertirse –replicó ella ofendida, como si la estuviera acusando de ser una mala madre–. Sólo trato de evitar que tenga malas influencias.

–¿Por eso me lo has ocultado todo este tiempo?

–¿Qué?

–¿Piensas que soy una mala influencia para él?

–¡No! –exclamó ella al instante–. Yo nunca he pensado eso.

Larissa, que había acortado la distancia entre ellos, alzó las manos para tomar su rostro entre las manos y hacer que la mirara a los ojos, y después las dejó caer de nuevo junto a sus costados.

–Las razones son… complicadas. Anda, ponle el desayuno a Peter, y luego hablaremos.

Jake asintió algo aturdido. Dios, ¿qué le estaba sucediendo? Cuando Larissa había dejado caer las manos había sentido el deseo de tomarlas y ponerlas de nuevo en sus mejillas. Había querido que lo tocara de nuevo, lo había necesitado, y, de algún modo, aquello lo había hecho sentir vulnerable, le había recordado que no era más que un hombre, y que tenía más debilidades de las que estaba dispuesto a admitir.

Peter se tomó finalmente su vaso de leche y su tostada, y Larissa, a pesar de negarse una y otra vez, acabó tomando un café y otra tostada, mientras que Jake se zampó un buen tazón de leche con cereales.

Después, Jake fue al garaje, volvió al cabo de un rato con un balón de fútbol y salieron al jardín, donde Peter empezó a corretear de un lado a otro, pegándole patadas al balón, mientras él invitaba

a Larissa a sentarse con él en el sillón de mimbre alargado del porche.

Jake observó a su hijo corriendo detrás del balón con sus piernecillas regordetas. Larissa le había quitado algo que jamás podría recuperar, le había quitado ver crecer a su hijo durante sus tres primeros años de vida. Sus primeras palabras, sus primeros pasos… Y, a pesar de que a regañadientes admitió para sus adentros que no habría sido un buen padre para él tres años atrás, aun así se sentía traicionado.

De pronto pensó en su propio padre. Dios, el viejo se disgustaría mucho cuando le dijese que tenía un hijo de tres años y que acababa de enterarse. Aunque las palabras no cruzarían sus labios, seguramente por su mirada le daría a entender que era una cosa más que había fastidiado. Sí, eso era lo que su padre pensaba de él, que sencillamente no era capaz de hacer nada a derechas.

Se giró hacia Larissa, que estaba mirando a su hijo con una sonrisa de madre en los labios. No había cambiado mucho desde sus años en la facultad. Seguía teniendo ese aspecto dulce e inocente que había hecho que nunca pareciese encajar en la Escuela Politécnica de Georgia, y lo que lo había llevado a hacerse su amigo y cuidar de ella, porque le recordaba a sus hermanas pequeñas, Victoria e Imogene, y hubiera querido que ellas encontraran un amigo así.

Sin embargo, aquellos recuerdos se disiparon cuando volvió el rostro hacia el pequeño.

–Estoy tan enfadado que siento deseos de agarrarte por los hombros y zarandearte –farfulló–. ¿Cómo has podido hacerme esto?, ¿cómo has podido ocultármelo durante tres años?

Capítulo Dos

–Y el que te andes con rodeos no va a hacer que disminuya mi enfado –añadió Jake.

–Lo sé –asintió ella.

Observó a su hijo persiguiendo el balón por el césped, mientras intentaba hallar las palabras para explicarle a Jake por qué no le había dicho que tenía un hijo. Lo cierto era que no había querido que Peter creciera en un ambiente familiar como en el que ella había crecido.

Sus padres se habían casado porque su madre se había quedado embarazada de ella, y por sus primeros recuerdos Larissa sabía que si no hubiera sido así no lo habrían hecho. El suyo no había sido un hogar dichoso, y se había refugiado en los libros, hilando sueños en su imaginación con las hermosas historias que contaban de amores incondicionales y héroes de brillante armadura.

Sin embargo en el mundo real no abundaban ni los amores incondicionales ni los héroes de brillante armadura, y en vez de ser la hermosa dama que aguarda en la torre para ser rescatada, su destino había acabado siendo el mismo que el de su madre.

–Estoy esperando –dijo Jake, en un tono quedo pero a la vez cargado de emoción contenida.

Larissa se sintió peor que nunca. Era consciente de lo difícil que era para Jake expresar sus emociones, porque, si bien presentaba al mundo aquella fachada de soltero despreocupado, ella sabía, como sólo los más cercanos a él, que era muy sensible.

Estudió las facciones de Jake en silencio. En aquellos tres años prácticamente no había habido un día en que no se acordara de él, y no sólo porque su hijo, tan parecido a él, se lo recordase constantemente, sino porque, a pesar de proponérselo, no había sido capaz de olvidarlo.

Quizá no había podido por la amistad que los unía. Si había sobrevivido a sus años de estudiante de facultad en la Escuela Politécnica de Georgia había sido gracias a él. Al contrario que los otros chicos, que pasaban por su lado como si ni siquiera existiese, Jake la había tratado con camaradería y amabilidad.

Había sido su primer amigo del sexo opuesto, el primer hombre en el que había confiado, el único hombre con el que se había sentido a gusto de verdad.

¿Cómo podría decirle que había mantenido en secreto su embarazo porque había tenido miedo de que un día la dejara por una mujer más sofisticada y quizá se llevase a su hijo con él?

–Verás, es que… es complicado –balbució.

Jake la hizo girarse hacia él, y tomó su rostro entre ambas manos para que lo mirara.

–No tiene por qué serlo. Simplemente háblame con franqueza.

¿Hablar? ¿Cómo podría hablar cuando cada vez que la tocaba no podía siquiera pensar? Un cosquilleo delicioso la recorrió de arriba abajo, haciéndola más consciente que nunca de su feminidad, y el saber que estaba enfadado con ella no evitó que los pezones se le endurecieran y que una ola de calor invadiera su vientre.

Cerró los ojos, intentando hacer desaparecer esas sensaciones, pero únicamente logró intensificarlas, porque el resto del mundo quedó fuera, dejándolos únicamente a ellos dos y la calidez de sus dedos sobre su rostro.

–Estoy esperando, Rissa.

Rissa… Jake era la única persona que se había encariñado lo bastante con ella como para ponerle un diminutivo. Para el resto del mundo era sólo una bibliotecaria seria y eficiente, pero para Jake siempre había sido… la verdad era que no estaba muy segura de qué había sido para él, o de qué era para él en ese momento.

Abrió los ojos, y se encontró con el rostro de Jake a apenas unos centímetros del suyo. Sintió la suave caricia de su aliento sobre su mejilla, y supo que sería capaz de mandar a paseo la razón y la cordura sólo para experimentar de nuevo la magia que habían compartido aquella noche tres años atrás.

Se aclaró la garganta, y se echó hacia atrás, apartando las manos de Jake de su rostro.

–No sé muy bien por dónde empezar –dijo finalmente–. Sería un poco largo de explicar, y me parece que tú estás demasiado irritado conmigo como para escucharme de verdad.

–¿Qué hombre no lo estaría?

–No estoy diciendo que no tengas motivos para estarlo, es sólo que como comprenderás no quiero convertirme en una víctima de tu sed de venganza.

Jake la miró un momento, y se levantó de pronto, maldiciendo

entre dientes.

–No tengo intención de vengarme de ti. Sólo quiero una explicación –le dijo.

Larissa inspiró profundamente, sintiéndose aún más vulnerable que aquella mañana, cuando había detenido el coche frente a la casa.

–Lo siento, pero no sé qué decirte –murmuró–. No sé cómo podría explicarte por qué lo hice.

–¡Por amor de Dios, Larissa! –le espetó él, soltando una risotada incrédula–, eras una de las alumnas más brillantes de la facultad. ¿Cuánto puede costarte construir un par de frases? Con un par de frases bastaría, ¿sabes?, no pido más.

–Quisiera que fuera más fácil, pero es que las razones están demasiado vinculadas a mis sentimientos y…

–¿*Tus sentimientos*? ¿Y qué hay de los míos? ¿Tuviste los míos en cuenta por un segundo? Mira, Larissa, yo no te forcé a hacer nada esa noche.

–Lo sé, ya lo sé –contestó ella–. Fue una noche increíble, y no me arrepiento de ello.

Una sonrisa maliciosa se dibujó en los labios de Jake.

–Lo sabía.

Larissa frunció los labios. No había perdido su condición de donjuán.

–Es una suerte que no estemos dentro.

Jake enarcó una ceja divertido.

–…porque dentro de la casa no habría cabido ese ego tan inflado que tienes –aclaró ella.

–Bueno, creo que lo mejor será que empecemos por el principio –dijo–. Creía que había usado preservativo.

–Y lo usaste, pero debió romperse. Al despertarme me noté pegajosa, así que fui a hacerme una prueba esa misma tarde.

–Entonces… por la noche… cuando te llamé para pedirte que te reunieras conmigo en Cancún… ¿ya lo sabías?

Larissa bajó la vista, incapaz de mirarlo a los ojos.

–Sí.

Jake se giró, dándole la espalda, preguntándose si no sería mejor que se marchase antes de decir algo que luego fuese a lamentar. Había visto lágrimas en los ojos de Larissa justo antes de que bajara la cabeza, y sabía que no había tenido intención de herirlo al ocultarle su embarazo, pero en ese momento su orgullo le decía que

nada podía disculparla.

Siempre había confiado en ella, y ahora se sentía traicionado. Las mujeres que su apellido y su cuenta bancaria atraían eran mujeres interesadas, mercenarias, mujeres con las que sabía que debía estar alerta todo el tiempo porque en cualquier momento podían darle una puñalada por la espalda, pero nunca hubiera imaginado a Larissa capaz de ocultarle algo, y menos algo como aquello.

En sus años de facultad siempre había visto a Larissa como una chica dulce y amable con la que se sentía cómodo y pasaba charlando horas y horas en la biblioteca. Lo había sorprendido cuando se habían reencontrado aquella noche, en la reunión de antiguos alumnos tres años atrás y cinco después de haber terminado sus estudios. De ser una chica ni guapa ni fea se había convertido en la encarnación de todas sus fantasías, pero nunca hubiera imaginado que fuese capaz de traicionar su confianza.

Ésa era la mujer que estaba allí en ese momento, pidiendo su ayuda, quisiera admitirlo o no. Y él no estaba de humor para ayudarla. Si iban a seguir hablando necesitaba echar fuera la irritación que con cada latido parecía estar bombeando su corazón a las venas que recorrían su cuerpo.

–Vuelvo enseguida –dijo, y entró en la casa.

Se dirigió por el pasillo a la sala que utilizaba como gimnasio para hacer taekwondo, deporte al que Wes le había aficionado. En un rincón había un gran saco de arena colgado del techo con el que se entrenaba, dándole golpes y patadas cuando su amigo no estaba para practicar con él.

Apartó todo pensamiento de su mente, se centró en sí mismo, y descargó todas sus energías sobre el saco.

Diez minutos después, aunque estaba cansado y el sudor le goteaba por la frente, seguía sin estar seguro de estar listo para retomar su conversación con Larissa. Pero perder tiempo era un lujo que no podían permitirse, no cuando había por ahí una reportera dispuesta a poner su rostro en la primera página de los periódicos con las palabras «escándalo» y «padre» en los titulares. Tenía que salir al cuadrilátero y golpear. Y, más importante aún, había llegado el momento de abandonar su actitud despreocupada, y dar algún sentido a su existencia.

Maldijo para sus adentros. No estaba preparado para ser padre, se dijo. Claro que tampoco estaba seguro de que nunca fuera a sentirse preparado.

Respecto a aquella reportera… No le importaba que se cuestionase su honor, pero no quería que su hijo y su familia se vieran involucrados. Peter era sólo un niño que no tenía culpa de los actos de sus padres, y bastantes preocupaciones tenía ya su familia con la desaparición de su hermana Victoria y las amenazas que había estado recibiendo su tío Abraham por correo electrónico.

Agarrando una toalla de una percha junto a la pared, se secó el sudor y se marchó del gimnasio con ella colgada del cuello.

No estaba seguro de qué esperaba encontrar cuando saliese de nuevo al jardín, pero desde luego no era a Larissa, sentada en el césped cual sirenita de Copenhague con Peter en el regazo. Los dos tenían los ojos cerrados, el rostro alzado hacia el sol, y estaban murmurando algo suavemente a dúo. Las palabras le resultaban familiares, pensó, y al poco cayó en que era el poema *Un alto en el bosque en una tarde nevada*, de Robert Frost. La escena lo enterneció, y se sintió extrañamente vulnerable.

A pesar de sus firmes resoluciones de hacía unos minutos, en ese instante le pareció que no podía haber nadie más inadecuado que él para el papel de padre. La paternidad implicaba emociones y las emociones eran algo con lo que nunca se había sentido cómodo.

La noche de la reunión de antiguos alumnos se había dado cuenta de que Larissa se había convertido en algo más que una chica inteligente que sabía escuchar y con la que había compartido sus sueños y sus proyectos de futuro. Había madurado, pero no había perdido su dulzura y su inocencia, y aquella mezcla lo había hecho sentirse tremendamente incómodo con la atracción que de pronto había notado que estaba sintiendo hacia ella, como si fuera algo indebido, como querer arrancar una flor. Y, sin embargo, no había sido capaz de rehuir esa atracción, y había acabado seduciéndola bajo las estrellas.

Ver a madre e hijo allí juntos, unidos por ese vínculo único e inquebrantable, le hizo desear algo que hasta entonces no había sabido que faltaba en su vida. Quería ser parte de esa unidad, quería asegurarse de que Rissa y Peter siempre encontrarían un lugar soleado en el que sentarse. Dejó la toalla en la mesa del porche y fue hacia ellos.

Sin cuestionar sus propias acciones, se agachó detrás de Larissa, sentándose con las piernas abiertas, rodeándolos a ambos, pero dejando un espacio entre ella y él, porque la deseaba de tal modo que estaba seguro de que, si la tocaba, estaría perdido.

Puso una mano sobre la de Larissa, que descansaba en su regazo, y la notó tensarse, pero al rato pareció relajarse, y cuando Peter puso su pequeña mano sobre la de él, Jake experimentó una sensación de paz que no recordaba haber sentido jamás.

Se unió a ellos también en la declamación de aquellos versos, y el contraste de su profunda voz con el timbre suave de Larissa y la vocecita infantil de Peter hizo que una sensación cálida lo invadiera:

El bosque es fresco, sombreado, hondo y sin fin,
Pero tengo todavía promesas que cumplir,
Y millas por recorrer antes de dormir,
Y millas por recorrer antes de dormir.

Terminaron juntos esa última estrofa del poema, y Peter se giró en el regazo de su madre para mirar a Jake con ojos interrogantes.

–¿Cómo es que te lo sabes? –preguntó.

–Porque tu madre me lo enseñó cuando estudiábamos juntos –respondió él, quedamente.

El chico se quedó mirándolo fijamente un buen rato de un modo un tanto enervante, pero finalmente esbozó una amplia sonrisa, como dándole su aprobación, y dijo:

–Genial.

Se puso de pie de un salto, y empezó a corretear otra vez por el jardín con el balón.

Larissa se volvió hacia Jake, y sus ojos se encontraron. Por un instante fue como si volvieran a sus años de facultad, cuando no había complicaciones, cuando la vida era sólo hacer lo que a uno le decía el corazón que debía hacer en cada momento y hacer que cada uno de esos momentos contara. En aquella época Victoria estaba todavía entre ellos. ¿Quién iba a decirles que un día desaparecería al ir a aquel concierto? Y, sin embargo, aunque habían pasado las semanas, los meses, y luego años, y la policía la daba por muerta, su familia y él no habían perdido la esperanza de encontrarla viva.

Larissa, ajena a los tristes pensamientos de Jake, le sonrió, y él sintió una punzada de melancolía en el pecho.

–¿Es verdad que te enseñé yo? –inquirió–. La verdad es que no me acuerdo.

Se humedeció los labios, nerviosa, y Jake se inclinó hacia ella. Su

boca siempre lo había fascinado. Tenía el labio inferior más grueso que el superior, y por aquella noche de pasión años atrás sabía lo suaves que eran.

–Sí, lo hiciste –murmuró.

–Parece que hiciera siglos de aquella época.

–Eran tiempos distintos.

Inclinó un poco más la cabeza, pero en ese momento el balón cayó cerca de ellos, sobresaltando a Larissa, que se irguió, apartándose de él.

Jake giró el rostro hacia Peter, que se acercó a por el balón.

–¿Dónde habías ido antes? –le preguntó.

–A mi sala de entrenamiento –contestó Jake–. Necesitaba aclararme mis pensamientos.

–¿Y los has aclarado?

–Casi –respondió él, revolviéndole el cabello rizado.

Se puso de pie y ayudó a Larissa a levantarse mientras Peter volvía a alejarse con el balón, dándole patadas con más entusiasmo que destreza. A él siempre se le habían dado bien los deportes, sobre todo el fútbol, pero parecía que a ese respecto su hijo no había heredado sus aptitudes, pensó con una sonrisa al ver cómo se le escapaba el balón.

Larissa aún no le había explicado por qué le había ocultado que iba a tener un hijo suyo, pero quizá debería dejar la conversación para cuando estuvieran a solas. Aunque Peter estaba jugando era obvio que era un niño despierto que estaba pendiente de todo, y no quería que presenciase una discusión entre su madre y él aunque fuese muy pequeño para comprender por qué discutían.

–Ven aquí, Peter. Voy a enseñarte a darle al balón como lo hacen los profesionales –le dijo.

–¿Qué son profesionales?

–Los jugadores profesionales. Son la gente a quienes les pagan por jugar.

–¿Pueden pagarte por jugar? –repitió Peter sorprendido.

–Sí, pero sólo si lo haces muy bien –contestó Jake–. Bueno, aunque a veces juegan fatal y les siguen pagando –añadió frunciendo los labios.

Peter lo miró confuso.

–Es igual –dijo Jake–. Ven, vamos a jugar.

Le enseñó lo más básico, y después lo dejó solo practicando para dirigirse hacia Larissa, que había vuelto al porche y estaba sentada

en el sillón de mimbre.

Larissa quería apartar la mirada de Jake mientras se acercaba a ella, pero no fue capaz de hacerlo. ¿Era posible que estuviese aún más guapo que hacía tres años? Sintió deseos de levantarse y lanzarse a sus brazos, de besarlo, de repasar las palmas de las manos por ese ancho tórax, y apretarse contra su cuerpo, pero él quería respuestas, y supuestamente ella había ido allí con la intención de dárselas.

Tenía que hacerlo. Mientras Jake había estado jugando con Peter había encontrado al fin las palabras para explicarse, y sabía que le dolería, porque tendría que sacrificar su orgullo, pero Peter era más importante.

Jake se sentó en una de las sillas de mimbre con brazos que había frente a ella, apoyó los codos en las rodillas, y se inclinó hacia delante.

–Larissa, yo…

–Jake, yo…

Ambos se echaron a reír. En los viejos tiempos, cuando habían sido amigos, a menudo les había pasado aquello de empezar a hablar a la vez.

–Tú primera –dijo Jake.

Larissa inspiró profundamente y expulsó el aire.

–La razón por la que no te dije lo de Peter es que quería criarlo yo sola, que no quería depender de ti.

Jake se quedó callado un instante.

–No puedo decir que me extrañe, porque recuerdo que nunca te dejabas ayudar en nada –dijo al cabo–. Pero creo que será mejor que dejemos esta conversación para otro momento y nos centremos en el problema que tenemos ahora mismo.

Larissa agradeció que lo pospusiera, pero ese cambio repentino de actitud la llenaba de curiosidad.

–¿Qué te ha hecho cambiar de idea?

Jake se encogió de hombros.

–Supongo que el que hace un rato me miraras como si fuera un ogro.

–Yo no…

–Cariño –la interrumpió él con una leve sonrisa–, te aseguro que tienes los ojos más grandes e inocentes que he visto jamás, y con

sólo mirarme un instante ya haces que me sienta ruin.

–No era mi intención –murmuró ella, algo azorada por sus palabras.

–Ya lo imagino –respondió él–. Bueno, háblame de esa reportera metomentodo.

Larissa suspiró.

–Anoche me entró verdadero pánico cuando se presentó en mi casa para decirme que sabía que tú eras el padre de Peter. No hay nada que yo pueda hacer para protegerlo de lo que esa mujer pueda publicar. Mi único consuelo es que Peter todavía no sabe leer.

–¿Y cómo lo descubrió? ¿Figuro yo acaso en la partida de nacimiento?

–No, pero me dijo que había hablado con Marti Freehold. ¿Te acuerdas de ella?

–La mayor chismosa de la historia.

–Lo es –asintió Larissa–. Marti le dijo a esa periodista que nos había visto salir juntos de la reunión de antiguos alumnos y le comentó que parecía que estábamos ansiosos por… bueno, por encontrar un sitio donde estar a solas.

–Marti es capaz de algo así –asintió Jake.

–Y además esa tal Jasmine Carmody no sólo ha estado tomando fotos robadas de Peter, sino que además ha conseguido una foto tuya de cuando tenías más o menos su edad. Me la enseñó, para que comprendiera que no era un farol y… Dios, si la vieras… sois prácticamente idénticos.

Jake se recostó en su asiento y quedó un buen rato en silencio, mesándose el mentón pensativo.

–Creo que se me ocurre una solución –murmuró al fin, levantando la vista hacia ella–. No podemos impedir que saque esto a la luz, pero sí podríamos hacer que no le interese a nadie.

–¿Cómo?

–Viviendo los tres juntos como una familia.

–¿Crees que eso funcionaría?

–Por supuesto. Está intentando chantajearnos destapando lo que a los ojos de la gente parecería un escándalo: «millonario deja embarazada a bibliotecaria y se desentiende completamente». Pero si nos adelantamos a ella y hacemos como si hubiéramos decidido vivir juntos, lo que pueda escribir no tendrá ningún sentido. A mí me parece que sería la solución perfecta.

–Puede ser, pero… ¿vivir juntos? No creo que sea necesario.

–Pues yo sí –replicó Jake–. Quiero conocer a mi hijo, quiero pasar algún tiempo con él, y si esa periodista nos ve como una familia, verá que no tengo ningún problema en reconocer que Peter es mi hijo, y no tendrá nada con lo que hacernos daño.

–Pero, Jake, apenas nos conocemos.

Él enarcó las cejas.

–Yo diría que nos conocemos bastante bien.

–Sólo fue una noche…

–Me refería a todo el tiempo que pasamos juntos en la facultad –aclaró Jake.

Larissa se sonrojó profusamente.

–Bueno, pero, aun así, nunca hemos vivido juntos. Y además, ¿dónde viviríamos?

–No me ha dado tiempo a pensar en los detalles –respondió Jake–. No sé, si tú no tienes inconveniente podríais veniros a vivir aquí conmigo. Me pilla cerca del edificio de las oficinas de nuestra cadena D&D, y tengo que ir allí todos los días cuando no estoy de viaje.

–Bueno, supongo que podríamos hacerlo así –concedió ella–. Tu casa no está mucho más lejos que la mía de la biblioteca. Pero no sé si me sentiré cómoda viviendo en una casa que no es la mía.

–Contrataremos a un decorador para cambiar lo que quieras.

–No sé, Jake… No quiero que te tomes tantas molestias sólo para…

–¿Para qué?

–Pues para hacer una pantomima.

–¿Pantomima?

–No tenemos una relación de verdad. ¿Estás seguro de que quieres hacer esto?

–Al cien por cien.

–¿Y qué seríamos… como compañeros de piso?

–Ésa era mi idea –contestó él–, a menos que tú tuvieras otra en mente –añadió malicioso, subiendo y bajando las cejas.

Larissa le lanzó una mirada de reproche, pero en el fondo la preocupaba si sería capaz de vivir bajo el mismo techo que Jake sin rendirse a la atracción que seguía sintiendo hacia él. Probablemente aquella idea era una locura, pero, por alguna razón, su corazón le decía que aceptara.

–Por supuesto que no –respondió–. No seas bobo. Los dos somos adultos, no tiene por qué pasar nada. Además, si vamos a vivir

juntos es por el bien de Peter.

–Pues precisamente porque somos adultos, a mí me parece que nos va a costar vivir bajo el mismo techo y no dormir juntos.

–Jake, ¿estás tratando de decir que soy capaz de quebrar tu fuerza de voluntad? –lo picó Larissa.

–A mí me parece que sería más bien al revés –respondió él juguetón–, y no creo que quieras que apostemos.

–¿Por qué?, ¿te da miedo perder?

–Cariño, los Danforth nunca perdemos –dijo él en un tono de fingida arrogancia–. Cuando centramos nuestra mente en algo es imposible que se nos resista.

–No es vuestra mente lo que me tienta, señor –replicó ella con una sonrisa coqueta.

Jake echó la cabeza hacia atrás, riéndose, y Larissa sintió que una sensación de calidez la inundaba, como si de pronto hubiesen vuelto a ser dos compañeros de estudios.

Pero no podía dejarse llevar, no debía. Tenía que mantener a Jake alejado de su cama y de su corazón.

Capítulo Tres

Si Larissa quería engañarse era problema suyo, porque a él desde luego no lo engañaba. Estaba seguro de que se sentía tan atraída hacia él como él hacia ella. Y también estaba seguro de que sería incapaz de vivir bajo el mismo techo que ella y guardarse las manos en los bolsillos.

Además, llevaba más de un año y medio de celibato. No era que no hubiese salido en todo ese tiempo con ninguna mujer; había salido con varias incluso, pero el acostarse con mujeres a las que apenas conocía había perdido la emoción para él.

Sin embargo, no iba a decirle a Larissa que no sabía si tendría la suficiente fuerza de voluntad para resistir la atracción que sentía hacia ella. ¿Cómo aceptaría Larissa mudarse allí si le decía eso? No quería volver a perder a su hijo. Y a ese respecto, se dijo haciendo una anotación mental, no estaría de más que le hiciese una llamada más tarde a su primo Marcus, el abogado de la familia.

–Si quieres podemos ir a tu casa ahora y empezar a traer vuestras cosas –sugirió.

Larissa se puso de pie y observó unos instantes a Peter, que estaba todavía jugando con el balón que Jake le había dejado, antes de volverse hacia Jake.

–Yo… deja que me lo piense un día o dos.

Cuando Jake se levantó y se acercó a ella, le sorprendió ver a Larissa cruzar los brazos sobre el pecho y retroceder. ¿De qué tenía miedo?

–¿Qué tienes que pensar? No habrá sexo, sólo viviremos juntos bajo el mismo techo.

Ella se mordió el labio inferior.

–¿Y cuánto tiempo sería?

Jake se encogió de hombros.

–No lo sé, no lo he pensado. ¿Por qué?

–Pues porque… ¿qué pasará si uno de nosotros se enamora de otra persona? –le preguntó Larissa.

Jake se quedó mirándola pensativo. Hasta la fecha él no había encontrado el amor con ninguna mujer. Parecía que lo eludía, y a

veces se preguntaba si, junto con la felicidad, no sería simplemente una invención de la mente humana. Amor… Lo que si tenía claro era que el amor no podía tener nada que ver con el deseo que sentía por Larissa, por fuerte que fuese.

–Dudo que eso llegue a ocurrir.

–¿Por qué dices eso? –inquirió ella, frunciendo el entrecejo y poniéndose tensa.

A Jake, que no entendía a qué venía que se pusiera a la defensiva, no le gustó esa reacción, y le respondió del modo en que sabía que se picaría. No había olvidado su idealismo romántico y su creencia de que a veces sí ocurría eso de «y fueron felices por siempre jamás».

–Porque el amor no es más que una ilusión con la que se engaña la gente que aún no se ha encontrado a sí misma, y creo que nosotros sabemos muy bien quiénes somos y en qué punto de nuestras vidas estamos.

Sus palabras tuvieron exactamente el efecto que esperaba. Larissa descruzó los brazos, puso los puños en las caderas, y lo miró sumamente irritada.

–Ésa es la tontería más grande que he oído en mi vida –dijo.

Sí, aquella era la Larissa que recordaba, la Larissa de cuyos ojos saltaban chispas cuando uno intentaba desbaratar sus idealismos.

–¿No irás a decirme que todavía crees que en el amor? –volvió a picarla Jake, con una sonrisa burlona.

–Por supuesto que sí –respondió ella–, y estoy educando a nuestro hijo para que también crea en él. El amor es un sentimiento noble que…

–El amor no le causa a uno más que problemas.

–¿Es eso lo que piensas?, ¿es eso lo que significa el amor para ti? –le espetó Larissa.

Jake puso los ojos en blanco y movió la cabeza.

–No sé lo que significa para mí. Lo único que puedo decir es que jamás lo he conocido. Claro que quizá tú sí. ¿Has estado enamorada alguna vez?

Habría jurado que Larissa se había sonrojado, pero no podía asegurarlo, porque en ese momento volvió a cruzarse de brazos y le dio la espalda, girándose hacia Peter, que estaba corriendo hacia el otro extremo del jardín, detrás de la pelota.

–No –respondió en un tono quedo.

–Bien, pues entonces no creo que vaya a darse el caso de que

alguno de nosotros se enamore así, de repente. Tú eres una persona con los pies en la tierra, y yo también.

Larissa suspiró.

–Eso no significa que no pueda pasar. Mira, Jake, no quiero que acabemos siendo una carga para ti –le dijo, volviéndose hacia él–. No quiero despertarme una mañana y encontrarme con que ya no nos quieres a tu lado.

–Escucha, Larissa, ahora mismo no estoy saliendo con nadie, y la verdad es que tampoco tengo tiempo para esas cosas con el negocio.

–Puede que justamente ahora no estés con nadie, pero eso no significa nada, Jake. Nos conocemos, y sé que cambias de mujer como de camisa.

–Eso no es verdad –replicó él molesto–. De hecho, para tu información, no he estado con una mujer desde hace año y medio.

Larissa enarcó una ceja.

–Oh, sí, seguro –replicó sarcástica.

–Por mí puedes pensar lo que te parezca, pero no tienes razón para dudar de mis palabras cuando jamás te he mentido… ni te he ocultado nada. Creo que tú no puedes decir lo mismo.

Larissa lo miró dolida.

–Eso ha sido un golpe bajo.

–Cuánto lo siento… –farfulló él, entornando los ojos–. Supongo que a ninguno nos gusta escuchar la verdad, ¿no es cierto?

Larissa se rodeó la cintura con los brazos.

–Me parece que esto no va a funcionar, ¿sabes? Creo que lo mejor será que llame a Peter y nos vayamos.

–Márchate si quieres, pero no dejaré que vuelvas a llevarte a mi hijo –le dijo Jake con fiereza.

No tenía derecho a excluirlo de su vida. Era tan hijo suyo como de ella, y quería tener la oportunidad de verlo crecer.

Larissa inspiró profundamente y expiró. Había sabido que aquello ocurriría cuando Jake supiese de la existencia de Peter, pero la dureza de su tono la asustó, y la inundó el temor de que pudiera querer quitárselo.

Jake advirtió su inquietud, y se apresuró a disculparse.

–Perdóname, Larissa, no era mi intención hablarte así… Escucha, tal vez yo en tu lugar habría hecho lo mismo, porque las circunstancias de cada persona son un mundo, y entiendo que tengas dudas respecto a la idea de vivir juntos, pero quiero poder pasar tiempo con mi hijo, y conocerlo.

Larissa lo miró vacilante. Estaba diciéndole que hasta cierto punto la disculpaba, y que era consciente de que aquello resultaba difícil para ella, pero aun así… No, tenía que hacer lo correcto. Lo cierto era que si, cuando se enteró de que estaba embarazada, hubiera ido a hablar con Jake, en ese momento no estarían en aquella tesitura.

–La verdad es que no sé qué hacer –murmuró finalmente–, pero sí sé que no hice bien al ocultarte mi embarazo, y que te debo esto tanto como a Peter.

Jake la miró esperanzado.

–¿Significa eso que aceptas mi propuesta?

Larissa asintió con la cabeza, y una brillante sonrisa se dibujó en el rostro de Jake.

–Gracias, Rissa. No te arrepentirás, de verdad. Y no tendrás que volver a preocuparte por nada. Yo me haré cargo de todo.

–Jake… no estoy buscando un héroe –le dijo Larissa, riéndose al verlo tan entusiasmado.

–Me alegro, porque me temo que no lo soy –respondió Jake.

Sentía deseos de extender el brazo y acariciarle la mejilla, de estrecharla entre sus brazos y prometerle que él aliviaría las cargas que hasta entonces había llevado sola, pero sabía que ella no lo aceptaría. Era una mujer con demasiado orgullo.

–Confía en mí, Larissa, todo saldrá bien.

Ella lo miró con una ceja enarcada y los labios fruncidos.

–¿No estarás haciendo esto para vengarte de mí, verdad?

–Me parece que no te sigo.

–Pues… me refiero a que no estarás intentando convencerme de que me venga a vivir aquí contigo y luego hacerme alguna jugarreta legal para echarme y quedarte con Peter.

–Vaya, qué buena opinión tienes de mí, gracias.

–Bueno, después de mi comportamiento no te culparía por intentar vengarte –admitió Larissa.

–Tú eres importante para Peter –replicó Jake.

Larissa era el centro del mundo del niño, como lo son todas las madres para sus hijos a tan corta edad, y si en alguien había que pensar, era precisamente en él.

–La gente va a decir que te he cazado, apareciendo al cabo de tres años con un niño.

–Que digan lo que quieran. Tú y yo sabemos que no es verdad, así que no tiene por qué importarnos.

Larissa suspiró.

–Bueno, pero imagino que no hará falta que sigamos fingiendo después de que haya terminado la campaña de tu tío, ¿no? Entonces tu familia dejará de ser el centro de atención de los medios de comunicación, y podremos volver a nuestra vida normal.

–No voy a desaparecer cuando esa periodista deje de atosigarnos y busque otra víctima, Rissa –replicó él.

No tenía intención de desentenderse de su hijo cuando el temporal hubiese pasado. Quería ser parte de su vida.

–¿Lo prometes?

Las palabras habían abandonado los labios de Larissa antes de que pudiera evitarlo. Se sonrojó ligeramente al darse cuenta de lo que había dicho, pero Jake se acercó a ella y tomó su rostro entre sus grandes manos. Sus ojos castaños la miraron muy serios.

–Lo prometo.

Larissa se estremeció por dentro. Aquel había sido un sueño que había acariciado desde su adolescencia, que encontraría a un hombre fuerte y atractivo que la haría sentirse como si fuera el centro de su universo. Sin embargo, en su experiencia personal no había habido un solo hombre que hubiera querido siquiera hacerla parte de su universo, así que, ¿por qué tendría que ser diferente Jacob Danforth, que podía tener a cualquier mujer que quisiera?

–Oh, Jake, por favor, no hagas promesas que no vas a cumplir.

–De verdad que no alcanzo a entender por qué tienes una opinión tan mala de mí.

–No tengo mala opinión de ti –replicó ella–, es de mí de quien no me fío. Me preocupa acabar interpretando por tus palabras que sientes algo que en realidad no sientes.

–¿No irás a empezar otra vez con lo del amor? –la picó él.

Larissa resopló, fingiéndose irritada.

–¿Podrías ser serio por una vez en tu vida?

–Perdona, me temo que nunca cambiaré –se disculpó Jake, frotándose la nuca–. Haces que quiera ser mejor persona, Rissa, pero… ya ves –concluyó encogiéndose de hombros.

Larissa se sonrojó, halagada ante la idea de que tuviera esa clase de influencia sobre él.

–¿De veras?

Jake asintió con la cabeza.

–De veras –murmuró en un tono quedo.

Ella sonrió nerviosa.

–Ya estás otra vez, haciéndome creer que podrías ser mi caballero andante –dijo, sintiendo que estaba perdiendo el control.

–Creía que estábamos de acuerdo en que no soy ningún héroe –murmuró Jake, extendiendo la mano y acariciándole la garganta.

Larissa volvió a estremecerse. Sentía los dedos de Jake como lenguas de fuego sobre su piel.

–Jake, no… –le rogó.

Pero él estaba inclinándose hacia ella, y un instante después sus labios estaban sobre los suyos. Fue un beso suave, delicado, pero fue como probar unas gotas de néctar que la dejaran con ganas de más, y le respondió con fervor.

Subió las manos a los hombros de Jake, aferrándose a él, pues de pronto le parecía que todo su ser estuviera girando alocadamente, como una peonza. Jake le rodeó la cintura, y trazó con la lengua el contorno de sus labios, y ella le dio lo que quería, lo que ambos querían. Abrió la boca dejando escapar un suspiro, y Jake enredó su lengua con la de ella, explorando después cada rincón.

Larissa se inclinó hacia él, recostándose contra su cuerpo musculoso. Se sentía a la vez segura y en peligro entre sus brazos. Echó los hombros hacia atrás, y frotó los endurecidos pezones de sus senos contra el tórax de Jake, arrancando de él un gemido profundo y gutural que la excitó tremendamente.

Las manos de Jake subieron hacia su espalda, trazando la línea de la columna vertebral con la punta de sus dedos. Larissa se estremeció, y sintió que él también se estremecía.

Jake la atrajo más hacia sí y un poco hacia arriba, haciéndola ponerse de puntillas, de modo que su ingle quedara apretada contra la de ella. A Larissa le temblaron las rodillas, y tuvo la impresión de que se hubiera convertido en mantequilla, y estuviera derritiéndose contra su cuerpo.

Jake la tenía sujeta firmemente, con una mano en el hueco de su espalda y la otra debajo de la nalga, y sus labios seguían devorando los de ella, mientras que ella, que había hundido sus dedos por entre los rizados mechones del cabello negro de Jake, no podía hacer otra cosa que contestarle a pesar de que el sentido común le decía que debía detener aquello.

Finalmente fue Jake quien, cuando Larissa creía que iba a morir en aquel dulce frenesí por falta de oxígeno en sus pulmones, despegó sus labios de los de ella, y echó hacia atrás la cabeza.

Se quedaron mirándose un momento, jadeantes, y, recobrando la

cordura, Larissa dio un paso hacia atrás, tambaleándose por la prisa por poner de nuevo una «distancia de seguridad» entre ellos.

Larissa hubiese querido dejarse llevar por la pasión que Jake encendía en ella, mandarlo todo al diablo y tener un tórrido romance con él, pero había cosas más importantes que considerar que unos momentos de placer, como su hijo Peter, para quien quería una infancia más feliz que la que ella había tenido.

Sin embargo, a pesar de su comportamiento de playboy, parecía sinceramente interesado en cumplir con sus obligaciones como padre, y sabía que tampoco sería justo por su parte negarle a Peter poder conocerlo. Bastante culpable se sentía ya, habiéndolo privado tres años de él. Pero, si algo tenía claro, era que Peter no debía saber jamás qué circunstancias habían hecho que Jake y ella lo hubiesen concebido.

Si acabara surgiendo algo entre Jake y ella y las cosas después de todo no funcionaran, no querría que Peter sintiera que era culpa suya.

–¿Crees que seremos capaces de vivir bajo el mismo techo y que no ocurra nada entre nosotros? –inquirió Jake carraspeando.

–Fuiste tú quien lo sugirió –replicó ella.

Todavía se notaba ardiendo, los senos tirantes, y la parte más íntima de su cuerpo húmeda de deseo por él. Su excitación era tal, que sin dudarlo lo habría tomado de la mano, y lo habría llevado dentro de la casa, a una habitación donde pudieran estar solos, y únicamente el pensamiento de que su hijo también estaba allí la detuvo de cometer semejante locura. Su hijo… que se acercó en ese preciso momento a ellos.

–Mami, tengo sed –le dijo.

–Si quieres puedo traer zumo, tengo una botella de zumo de piña en la nevera –intervino Jake.

–No, deja, ya iré yo –replicó ella, entrando a la casa agradecida de tener una excusa para poder estar sola un momento y calmarse.

Al cabo de unos minutos, cuando regresó, Jake estaba jugando con Peter empleando el espacio entre dos árboles como portería. Observándolos, se dio cuenta de que ella no era la única que había echado de menos un hombre en su vida. Por difícil que le resultara resistirse al encanto personal de Jake y no quisiera por ello arriesgarse a aceptar su plan de vivir los tres juntos, debía hacerlo por el bien de su hijo.

–¡Ven a tomarte el zumo, cariño! –llamó a Peter con el vaso en la

mano.

Jake revolvió el cabello del chiquillo antes de alzarlo en brazos para llevarlo hasta el porche. Era la primera vez que tenía en sus brazos el pequeño cuerpo de su hijo, y lo sorprendió la actitud protectora que despertó en él.

Aquel era su hijo, su hijo… Cuando se detuvo frente a Larissa, con la cabeza de Peter descansando en su hombro, se miraron, y la expresión en los ojos de ella le dijo que sabía lo que estaba sintiendo en ese momento.

–Deberíamos irnos ya –murmuró Larissa cuando Jake hubo sentado a su hijo en el sillón de mimbre y éste estaba tomándose su zumo–, es casi la hora de la siesta de Peter.

–¿Cuándo volveréis?

–Pues… esta tarde tengo que trabajar, y no tendré tiempo de recoger nuestras cosas hasta que haya recogido a Peter de casa de la niñera.

–Podría ocuparme yo de él.

–Bueno… la verdad es que no sé si él querrá –replicó ella–. Apenas te conoce.

–Precisamente por eso, Larissa. Soy su padre; ¿no va siendo ya hora de que nos conozcamos?

–Lo sé, lo sé, pero es que, además, cuidar de un niño requiere paciencia, Jake, y…

–¿Qué dices tú, campeón? –le preguntó Jake a Peter, interrumpiéndola–. ¿Te gustaría venirte aquí después de comer a pasar la tarde conmigo mientras tu mamá está en el trabajo?

Peter, que había estado observándolos y escuchándolos con el vaso vacío entre ambas manos, se quedó un instante callado.

–¿Tú eres mi papá? –inquirió.

–Así es.

Peter miró a su madre, como pidiéndole una confirmación, y ella inspiró profundamente para después asentir con la cabeza.

–Sí, cariño, es verdad –contestó esbozando una leve sonrisa.

–¿No te gustaría venirte conmigo en vez de pasar la tarde con tu niñera? –volvió a preguntarle Jake, poniéndose en cuclillas a su lado.

Peter se quedó callado, como si estuviera sopesando el asunto.

–¿Y podremos seguir jugando?

–Sí, claro que sí –contestó Jake riéndose.

–Bueno, me vendré contigo.

–Estupendo –dijo Jake, revolviéndole el cabello y poniéndose de pie. Se volvió hacia Larissa–. Entonces, ¿a qué hora paso a recogerlo?

–No hace falta que vayas a recogerlo. Podría traerlo yo antes de ir a la biblioteca. No entro a trabajar hasta las tres, así que puedo traerlo aquí sobre las dos y media. ¿Te parece bien?

–También podría ir yo a almorzar a tu casa… si no es molestia, claro, y de paso podría ayudarte a empacar lo que necesites y traerme esas cosas luego de vuelta con Peter.

–Bueno, supongo que podríamos hacerlo así –respondió Larissa vacilante–. Entonces, ¿te vienes con nosotros ahora?

–No, ahora mismo no puedo, porque tengo que hacer un par de llamadas, pero en cuanto acabe iré para tu casa –contestó él–. Espera –dijo tomando un pequeño bloc de notas y un bolígrafo de la mesilla del teléfono que había en el vestíbulo–, apúntame aquí la dirección.

–Um… Jake, ¿estás seguro de que quieres hacer esto? –inquirió ella mientras se la anotaba–. No podría soportarlo si al cabo de un par de semanas te arrepintieras de habérmelo propuesto.

–Larissa, para empezar, no te lo habría propuesto si no estuviera absolutamente seguro de que es lo mejor que podemos hacer. Además, ahora que sé que tengo un hijo, quiero conocerlo, quiero recuperar el tiempo que he perdido, y vivir bajo el mismo techo lo hará más sencillo. Y también estoy convencido de que es lo mejor para Peter, así que, ¿por qué no dejamos de darle vueltas y me das un voto de confianza?

Larissa inspiró profundamente.

–De acuerdo, lo intentaré.

Jake esbozó una sonrisa.

–Bien –dijo–. Después llamaré a Nicola, la relaciones públicas de mi tío Abe, para ponerla al corriente de la situación. Mi familia se llevará una gran sorpresa, pero desde luego querrán conocer a Peter, así que si no te parece mal, podríamos quedar con ellos esta noche.

–Um, Jake, yo… no estoy segura de querer conocer a tus padres.

–¿Por qué no?

–Pues porque cuando se enteren no creo que vayan a recibirme precisamente con los brazos abiertos.

Dado que nunca había tenido intención de decirle a Jake que tenía un hijo, tampoco se había planteado hasta entonces que Peter

tenía parientes: la familia de Jake. Para el pequeño aquello desde luego sería toda una novedad. Ella no había vuelto a saber nada de su padre desde que las hubiera abandonado a su madre y a ella cuando tenía cuatro años, y su madre había fallecido durante su primer año de universidad, así que Peter ni siquiera había tenido abuelos, y había sido hija única, así que tampoco tenía tíos ni primos.

–No seas boba. Además, no tienes por qué preocuparte, yo estaré a tu lado y me ocuparé de todo –le dijo Jake con firmeza.

–No paras de repetir eso.

–Y no pararé de repetirlo hasta que lo creas.

–Me gustaría creerlo, pero me temo que me cuesta bastante.

–¿Y puedo preguntar por qué?

–Porque… porque me resulta difícil confiar en los hombres.

–Yo no soy cualquier hombre, Larissa, soy el padre de tu hijo.

–Lo sé –respondió ella.

¿Cómo podía imaginar decirle que eso precisamente le hacía más difícil confiar en él?

Capítulo Cuatro

Después de que Larissa y Peter se hubieran marchado, Jake llamó a Marcus y tuvo una larga charla con él, preguntándole qué debía hacer para poner en marcha un proceso legal con el que obtener la custodia de su hijo. Su primo le había dicho que lo primero que necesitaría sería una prueba de paternidad, ya que eso le daría un punto de apoyo.

No era que él dudara que Peter fuera hijo suyo, por supuesto. Por un lado conocía a Larissa, y sabía que era incapaz de intentar engañarlo para sacar provecho, puesto que nunca había sido una mujer ambiciosa, y por otro era indudable que el pequeño tenía un gran parecido físico a él. Sí, estaba convencido de que Peter era hijo suyo, pero le gustaba la idea de poder tener un informe que lo ratificara.

Se sentía un poco mezquino por el plan que había puesto en marcha con Marcus, pero no estaba dispuesto a renunciar a su hijo ahora que había descubierto que lo tenía. Quería ser un padre para él, y aunque en ese terreno se sentía inseguro, se dijo que era algo normal siendo como era un padre primerizo. Superaría esas inseguridades; nunca había habido nada que se hubiera propuesto y no hubiera conseguido… excepto el respeto de su padre, apostilló mentalmente con amargura.

Tras acabar su conversación con Marcus telefoneó a Nicola, pero al parecer no estaba en la oficina, así que le dejó un mensaje, y a continuación se marchó a la casa de Larissa, que se encontraba en Riverside, una agradable zona residencial en las afueras de Savannah.

Cuando llegó allí, aparcó enfrente y, recordando que ella le había dicho que Peter tenía que dormir su siesta, evitó la puerta delantera, y se encaminó hacia la parte de atrás. Mientras pasaba por el lateral, escuchó una música asiática suave, y al doblar la esquina y llegar al jardín trasero vio a Larissa tumbada en el porche sobre una alfombra haciendo yoga.

Se detuvo, observándola cambiar de una postura a otra y admirando su gracia y su estilo. Sin embargo, desde donde estaba

también podía verle el escote, y pronto la admiración fue sustituida por una ráfaga de deseo.

Espero hasta que hubo acabado los ejercicios, quedándose sentada en una pose meditativa con los ojos cerrados. Parecía tan serena e inalcanzable… Se aclaró la garganta y cruzó el jardín, dirigiéndose hacia ella. Larissa abrió los ojos sobresaltada, y se quedó mirándolo.

Tenía gotas de sudor en el cuello y en el pecho, y Jake no pudo evitar pensar cuánto le gustaría inclinarse sobre ella y lamerlas con la lengua. Entornó los ojos, y sintió cómo cambiaba su respiración y cómo la excitación se extendía por todo su cuerpo. Diablos, ¿por qué tenía que reaccionar su cuerpo de aquella manera, torturándolo así?

Larissa se puso de pie rápidamente, y se dio cuenta de que estaba observándola. Las mallas y la ajustada camiseta sin mangas y de cuello en uve que llevaba dejaban poco a la imaginación. Era la primera vez que Jake la veía vestida con ropa que no fuera suelta. Ni siquiera aquella noche en que habían hecho el amor, años atrás; le había insistido en que dejara la luz apagada.

Jake, por su parte, no podía apartar los ojos de ella. Las piernas de Larissa eran largas y bien torneadas, sus caderas las de una mujer de verdad, no las de una modelo, sus senos firmes y, como sabía él por experiencia, del tamaño justo para ser alojados en el hueco de las palmas de sus manos.

Las perfectas circunferencias de sus senos se marcaban contra la tela elástica de la camiseta, y Jake tuvo que tragar saliva al ver cómo los pezones se endurecían ante su mirada. Alzó el rostro hacia el de Larissa. Un suave rubor teñía sus mejillas y su cuello, pero no hizo ningún intento por proteger su cuerpo de su mirada.

–¿Estás segura de eso de… bueno, ya sabes, «nada de sexo» entre nosotros? –inquirió Jake con la voz ronca por el deseo.

–No, no estoy segura…

En dos zancadas Jake llegó junto a ella. Incapaz de resistirse, tocó con el índice una gota de sudor de su cuello que rodó por el valle entre sus senos, desapareciendo bajo la camiseta. El dedo de Jake siguió el rastro húmedo que había dejado, y Larissa se estremeció cuando llegó a la frontera entre su piel y la camiseta. Jake observó cómo se le ponía la carne de gallina, y vacilando sólo un instante, introdujo el dedo bajo el cuello de la camiseta.

La piel de Larissa seguía siendo tan suave como la recordaba,

aunque sus senos parecían un poco más grandes, pensó, antes de deslizar el dedo por debajo de uno de ellos. Larissa se mordió el labio inferior y ladeó la cabeza, mirándolo con los ojos entrecerrados, como si le pesaran los párpados.

Jake le rodeó la cintura con un brazo, atrayéndola hacia sí, y le sacó el dedo de la camiseta, llevándoselo a los labios.

Las pupilas de Larissa se dilataron mientras lo miraba, y su respiración se tornó agitada, como si acabara de correr diez kilómetros en vez de haber terminado su relajante sesión de yoga.

Jake se lamió el dedo, y el sabor salado de aquella gota de sudor de Larissa en su lengua avivó aún más su deseo. Al tiempo que se inclinaba hacia ella, Larissa se agarró a sus bíceps y se puso de puntillas, haciendo que su aliento soplara sobre su mejilla. Jake agachó la cabeza un poco más, y posó su boca sobre la de ella.

Larissa abrió los labios con un suspiro que le dijo que había estado queriendo aquello tanto como él, y le devolvió el beso afanosamente mientras sus uñas se hundían en los fuertes antebrazos.

Jake bajó las manos a sus nalgas y la atrajo más hacia sí. Larissa sintió cómo sus pezones endurecidos se apretaban contra su ancho tórax, y un profundo gemido escapó de su garganta.

La mano derecha de Jake subió hasta la cadera, pero no se detuvo allí, sino que se introdujo por debajo de la camiseta, subiendo hacia sus senos, y Larissa se estremeció por dentro cuando se cerró sobre uno de ellos.

Jake despegó sus labios de los de ella para imprimir un reguero de sensuales besos por su garganta. Cuando llegó al cuello de la camiseta, deslizó la lengua por la piel de Larissa, siguiendo el reborde en uve, y la sintió temblar de nuevo entre sus brazos mientras sus dedos se aferraban a su corto cabello rizado.

De pronto sonó el teléfono dentro de la casa, y Larissa lo apartó, tambaleándose, y lo miró jadeante, con los ojos muy abiertos y una expresión dolida en ellos. Corrió dentro de la casa para que el teléfono no despertara a Peter, y Jake maldijo entre dientes. Girándose sobre los talones, se dirigió a la barandilla del porche. Se aferró a ella con ambas manos, como si fueran garras, respirando profundamente en un intento por controlarse. ¿En qué demonios estaba pensando? No había ido allí para hacerle el amor a Larissa. De hecho, considerando la situación, abalanzarse sobre ella era lo último que debía haber hecho. Si quería demostrarle a Larissa que

podía ser responsable y dueño de sus actos, ésa no era precisamente la mejor manera. Quizá debiera replantearse lo de la custodia de Peter. De hecho, en el fondo quizá hubiera actuado sólo por orgullo al llamar a Marcus y no estuviera pensando en absoluto en quien tenía que pensar: su hijo.

Escuchó los pasos de Larissa, que regresaba, y luego se detuvieron. Sintió que estaba en el umbral de la puerta, observándolo.

Larissa se aclaró la garganta, y Jake se volvió finalmente hacia ella. Se había puesto una sudadera, y tenía los brazos cruzados sobre el pecho. No sabía qué decirle, y tenía la sensación de que si abría la boca diría algo estúpido en lugar de comportarse como el hombre sereno y cabal que le gustaba pensar que era.

–Peter todavía está durmiendo –dijo ella–. ¿Por qué no entras? Haré algo de comer para los dos.

–No tengo hambre.

–Oh. De acuerdo.

Aquello no estaba saliendo como lo había planeado.

–Larissa, siéntate, por favor.

–¿Por qué?

–Porque tenemos que hablar.

–Supongo que sí. ¿Estás seguro de que no quieres tomar nada de comer? ¿O quizá un vaso de té frío?

–No, no quiero nada, gracias.

Larissa se sentó en una de las cuatro sillas de jardín que tenía en torno a una mesa baja, y él ocupó la que estaba enfrente.

–¿De qué quieres que hablemos?

–De unas cuantas cosas. Para empezar, me gustaría llevar a Peter al hospital para una prueba de paternidad.

Larissa se quedó mirándolo fijamente. Jake le había dicho que podía confiar en él, pero aquello no le sonaba precisamente a confianza, sino a todo lo contrario.

–¿No me crees?, ¿no crees que es tu hijo? –le espetó herida.

–Yo no he dicho eso –replicó él, pasándose una mano por el cabello, como hacía siempre que se sentía frustrado.

–Sí que lo has dicho. Si me creyeras no necesitarías ninguna prueba.

–Rissa, no conviertas esto en algo entre tú y yo. Es una cuestión

de sentido práctico. No podré pasarte una pensión para Peter como quiero hacer si no estoy reconocido ante la ley como el padre biológico, y eso sólo puedo conseguirlo con una prueba de paternidad.

«Sentido práctico»… Durante toda su vida había sido práctica, razonable, y realista, pero por una vez habría deseado que sus sueños pudiesen convertirse en realidad. Subió los pies al asiento, flexionando las piernas, y las rodeó con los brazos. De todas las cosas que podía haberle dicho Jake, aquella jamás la hubiera esperado.

Quizá debía haber abandonado Savannah esa mañana y desaparecido con Peter después de que esa periodista se presentara en su casa la noche anterior. Sin embargo, lo cierto era que había sido ella la causante de aquella situación. De hecho, en muchas ocasiones se había lamentado de haber ocultado a Jake su embarazo y el nacimiento de Peter porque tenía miedo del futuro, miedo por él. El pequeño padecía asma, y al no tener ella familia, mil veces se había atormentado preguntándose quién se haría cargo de él si ella muriera. Debería alegrarse de que Peter fuera a tener ahora una familia que pudiese ocuparse de él si ella faltaba, y aun así…

–Todo esto es tan… complicado –farfulló, llena de frustración.

Jake se inclinó hacia delante, extendiendo los brazos, y la tomó de las manos, entrelazando sus dedos con los de ella.

–No tiene por qué serlo –le dijo suavemente–. Iremos paso a paso, Larissa, no debes preocuparte. Estamos en esto juntos.

Juntos… aquella palabra la asustaba. Estaba acostumbrada a ser independiente, a ser la única responsable de Peter, y le resultaba extraño pensar que de pronto otra persona pudiese tener parte en las decisiones sobre lo que le convenía a su hijo.

–Yo… sigo sin estar muy segura de que lo de irnos a vivir contigo sea una buena idea –murmuró.

–¿Te sentirías más cómoda si me mudase yo aquí? –ofreció él.

Ni hablar, pensó Larissa, lo último que querría sería a Jake viviendo allí, en su santuario, su refugio del mundo.

–No, es mejor que nosotros nos vayamos a tu casa.

–¿Seguro? A mí no me importaría vivir aquí. Éste lugar es precioso –dijo Jake mirando en derredor.

–Sí que lo es –asintió ella–. Peter y yo pasamos mucho tiempo aquí, en el jardín, o en la ribera del río.

–Tiene gracia –murmuró Jake con una media sonrisa–, nunca te imaginé como una persona a la que le gustara hacer cosas al aire libre –añadió, trazando círculos con los pulgares en las palmas de las manos de Larissa.

–Ya, probablemente porque en la universidad sólo te parecería una empollona aburrida que sólo disfrutaba con la nariz metida en los libros.

–Nunca he pensado en ti como una empollona aburrida –se rió él.

–Venga ya, Jake –replicó ella irritada.

–Es la verdad –insistió él–. Te veía como a una chica inteligente, pero de un modo sexy.

–Vaya, esto sí que es una sorpresa –contestó ella, intentando sonar sarcástica para ocultar su rubor–, no sabía que las mujeres con cerebro excitaban a los hombres.

–Bueno, a otros hombres no sé –dijo Jake–. A mí desde luego sí.

Larissa sonrió, insegura de dónde iba aquella conversación. Soltó sus manos y miró hacia el río, que discurría a unos metros tras la vivienda. Adoraba aquella casa, aunque la hubiera heredado de un hombre al que ni siquiera había conocido.

–¿Te mudaste aquí cuando nació Peter? –inquirió Jake.

–Un año después; la recibí en herencia… cuando murió mi abuelo materno.

–Vaya, lo siento.

–Gracias –respondió ella a sus condolencias.

Sin embargo, lo cierto era que nunca había tenido contacto con él. Mientras vivió, su abuelo no había querido siquiera conocerla, porque le había retirado la palabra a su madre desde que se quedara embarazada.

–Recuerdo que tu madre murió cuando estábamos todavía en la universidad –dijo Jake–. ¿Tienes alguna otra familia?

–Tengo a Peter.

Jake se quedó en silencio un momento antes de comentar:

–Seguro que de niña te divertiste muchísimo correteando por aquí.

Larissa se encogió de hombros. No había pisado aquel lugar antes del día en que pasó a ser de su propiedad. Había vendido el pequeño apartamento que tenía en Atlanta, y se había mudado allí. Su abuelo no tenía ninguna fotografía de su madre ni de ella en la casa. Había encontrado en un cajón de una cómoda del estudio varias cartas sin abrir y sólo una abierta. Las que su abuelo no había

abierto eran de su madre, y la abierta una que ella misma le había enviado para comunicarle que tenía un bisnieto.

Nunca se había puesto en contacto con ella, por lo que Larissa a menudo se preguntaba por qué le habría dejado la casa. Seguramente no lo había hecho pensando en ella, ni en su madre, ante cuyos ojos había sido una pecadora, sino pensando en Peter, en el bisnieto al que tampoco había querido conocer.

–Sé que eras hija única –dijo Jake, sacándola de sus pensamientos–, pero, ¿tenías primos o primas con los que jugar?

–No todas las familias son como la tuya, Jake –respondió ella–. Algunos somos hijos únicos de padres que también eran hijos únicos.

Jake se frotó la nuca.

–Ya veo. En cualquier caso éste parece un lugar perfecto para criar a un hijo. Cuando me dijiste que sólo le dejabas ver a Peter programas educativos me preocupó que estuvieras intentando convertirlo en un cerebrito.

–Lo intento, pero aparte de mis genes también tiene los tuyos –contestó ella, con una sonrisa maliciosa.

–Eso ha sido un golpe bajo.

Larissa se rió.

–¿Sabes?, pensándolo mejor, sí que tengo hambre –dijo Jake.

Algo había cambiado en la expresión de sus ojos, algo que hizo que un rayo de esperanza penetrara en el corazón de Larissa.

–¿Te va bien que haga una ensalada y unos sándwiches? –inquirió Larissa, remangándose cuando entró en la cocina, seguida de Jake–. Si tuviera tiempo prepararía otra cosa, pero…

–Una ensalada y unos sándwiches está bien –respondió él–. ¿En qué puedo ayudar?

–Bueno, si quieres puedes ir cortando unas aceitunas y unos pepinillos para la ensalada.

Larissa puso un C.D. de Jimmy Buffet mientras preparaban el almuerzo, y Jake no pudo reprimir una sonrisa cuando el disco empezó a sonar. La primera vez que se había fijado en Larissa había sido en un concierto de Jimmy Buffet. Ella había sido la única del grupo de amigos que no se había querido poner una camisa y una falda hawaianas, y se había puesto roja como un tomate cuando Jimmy Buffet cantó *Emborrachémonos y hagámoslo*.

–Me encanta este C.D. –le dijo a Larissa con una sonrisa malvada–, recuerdo la primera vez que escuchaste algunas de estas canciones.

–Yo también –se rió Larissa–. Quería que se me tragara la tierra. Me daba tanta vergüenza veros allí a todos cantando a grito pelado vestidos con esas pintas…

–Hasta que logramos «corromperte» y acabaste cantando tú también –se rió Jake–, ¿o te has olvidado del segundo concierto al que fuimos, un año después?

Larissa le dirigió una sonrisa descarada, una sonrisa que Jake había olvidado. Y es que, a pesar de su timidez cuando estaba en un grupo grande de gente, a solas Larissa era una mujer sin complejos.

–Siempre fuiste una mala influencia para mí.

La sonrisa se borró de los labios de Jake. Su historial con las mujeres no había sido el mejor, desde luego. Siempre había sido incapaz de comprometerse, y le había roto el corazón a unas cuantas chicas que habían querido algo más serio con él, y en el caso de Larissa había sido aún peor, porque la había dejado embarazada. En su defensa podía decirse que ella se lo había ocultado, y que aquella época había sido particularmente difícil para él, porque había desaparecido su hermana Victoria, y su negocio, la cadena de cafeterías D&D, estaba empezando a expandirse. Sin embargo, aquello no lo excusaba. Tendría que haber tenido más cuidado aquella noche, no debería haberse dejado llevar por el deseo, tendría que haber seguido llamando a Larissa en vez de dejarlo estar cuando ella no había respondido a sus llamadas de teléfono…

–Sí, supongo que lo fui –murmuró, más para sí que para ella.

La mano de Larissa se posaba en su brazo, y se dio cuenta de que había dejado de cortar.

–Jake, lo decía en broma.

Él dejó el cuchillo sobre la tabla de cortar y se volvió hacia ella, apoyando la cadera en el borde de la encimera de la isleta.

–Lo sé, pero hay algo de cierto en tus palabras.

Larissa puso una mano en su mejilla.

–No es verdad. Tú no me forzaste aquella noche, y no me arrepiento de lo que ocurrió. Esa noche me dio lo que más quiero en el mundo: mi hijo.

Jake esbozó una sonrisa, dio un paso hacia ella y la abrazó tiernamente. Hubiera querido que aquel abrazo durase una hora

entera, pero Larissa se apartó de él cuando apenas debía haber pasado un segundo.

–Será mejor que volvamos a lo que estábamos, o no comeremos nunca –dijo en un tono despreocupado, retrocediendo y rodeando la isleta para ponerse en el otro lado, lejos de él.

Jake sintió deseos de echarse a reír. ¿De verdad creía que aquella isleta iba a detenerlo? La había dejado escapar antes, cuando había sonado el teléfono, pero tendrían que afrontar la atracción que había entre ambos antes de que ella se mudara con él.

–Quizá… quizá una ensalada y un sándwich no basten para saciar mi apetito –murmuró.

–Bueno, si prefieres alguna otra cosa… –dijo Larissa contrariada, alzando la vista de la lechuga que estaba cortando–. ¿Qué te apetece?

–¿De verdad tengo que decírtelo? –inquirió Jake en un tono sugerente, rodeando la isleta.

La acorraló y se pegó a ella. Larissa echó la cabeza hacia atrás, dejando al descubierto su elegante cuello, y Jake lo acarició de arriba abajo con un dedo. Larissa se estremeció ante aquel contacto, y notó que el corazón empezaba a latirle con más fuerza.

–Yo no entro en el menú, Jake –le dijo entornando los ojos.

Jake sabía que no estaba preparada para ir más allá de unos cuantos besos y un poco de flirteo. Y quizá fuera lo más acertado. Marcus le había dicho algunas cosas interesantes respecto a la lucha legal por la custodia de Peter cuando había hablado con él por el teléfono, y entre las cosas que le había dicho que podrían jugar a su favor no estaba sólo el obtener una prueba de paternidad positiva, sino también el destapar los motivos por los que Larissa le había ocultado su embarazo. Y, si quería averiguar cuáles habían sido esos motivos, no le convenía presionarla de ningún modo. Tenía que lograr que confiase en él.

Se apartó de ella y volvió al otro lado de la isleta, retomando su tarea.

–Lástima –dijo–, porque eres un plato realmente apetitoso.

Larissa, algo azorada, se apartó un mechón de cabello del rostro pero no dijo nada y fue a por un cuenco para la ensalada.

Minutos después estaban sentados fuera, en el porche trasero, y habían acabado de comer.

–Gracias por el almuerzo –dijo Jake mientras ella empezaba a amontonar las cosas en una bandeja para llevárselas a la cocina–.

Estaba todo muy rico.

–No es para tanto –replicó ella–, sólo era una ensalada y unos sándwiches. La verdad es que la cocina no se me da muy bien.

–A mí tampoco –contestó él–, pero por suerte existen los establecimientos de comida preparada.

–No voy a decir que yo no haya llamado alguna vez cuando no he tenido tiempo de cocinar, pero no es sano tomar ese tipo de comida todos los días –replicó Larissa adoptando su tono de madre–, ni para los niños ni para los adultos.

–Bueno, siempre que luego quemes esas calorías no pasa nada –respondió él–. Yo hago footing cada mañana y juego al fútbol los sábados.

–Lo sé –musitó ella–. Te… te he visto.

–¿Cuándo?

–El otoño pasado –contestó Larissa–. Peter y yo estábamos haciendo una merienda en el parque cuando llegasteis tus amigos y tú.

–¿Y por qué no te acercaste?

–Porque tenía miedo.

–¿De qué? –inquirió Jake exasperado.

–Mis razones son personales, Jake.

–Dudo que sean tan personales que no puedas compartirlas con el padre de tu hijo –replicó él irritado–. Todavía estoy esperando a oír tus razones, Larissa, y tengo que decirte que no puedo creer que la chica tímida que conocí en la universidad me ocultara algo así. ¿Qué otras cosas estás ocultándome?

Capítulo Cinco

Larissa se puso tensa, pero no respondió. Tomó la bandeja, entró en la casa, y no se detuvo hasta llegar a la cocina, donde empezó a fregar todas las cosas del almuerzo como una posesa. Limpiar siempre la calmaba, porque era algo mecánico, algo sin complicaciones, algo en lo que se podían apreciar los resultados del esfuerzo.

Al contrario que pasaba con la vida, pensó, en la que siempre parecían surgir complicaciones. Cada vez que pensaba que Jake y ella estaban empezando a dejar atrás el error que ella había cometido, la ira de Jake volvía a asomar su feo rostro. Y tenía razón en que se merecía unas cuantas explicaciones, pero lo último que quería hacer era desnudarle su alma.

De pronto sintió que Jake estaba detrás de ella, observándola desde el umbral de la puerta, y se volvió hacia él. El enfado no se había borrado de sus facciones, y tenía los brazos cruzados sobre el pecho en un gesto que le decía a las claras que no iba a salir de allí hasta que no le hubiese dado algunas respuestas.

–¿Y bien? –la instó.

Larissa tragó saliva, retorciendo el paño entre sus manos.

–Tienes razón. Hay algunas cosas que no quiero contarte.

–Mira, Larissa, trato de entenderte, de verdad que sí, pero tu falta de confianza en mí no me ayuda demasiado.

–Lo sé. ¿Recuerdas hace un rato, cuando me preguntaste por mi abuelo? –inquirió.

Había escogido ese aspecto de su pasado porque era uno de los que menos difícil le resultaba hablar.

Jake se apoyó en el marco de la puerta, pero aquella postura, un poco más relajada, no lo hacía menos intimidante.

–Sí.

La camiseta negra que llevaba se estiró sobre los músculos de su pecho cuando echó los hombros hacia atrás, y Larissa deseó no haberse separado de él antes, cuando había empezado a besarla. Sin embargo, había hecho lo que tenía que hacer. Se sentía demasiado vulnerable con él, y no quería crear vínculos entre ellos y

arriesgarse a dejar que le partiera el corazón cuando se cansase de ellos y se marchase. Porque sabía que antes o después se marcharía, no querría ser parte de su vida, como su padre, como su abuelo, que ni siquiera había querido conocerla.

–Nunca lo conocí –dijo finalmente–. Mi madre y él se distanciaron antes de que yo naciera. No quiso volver a saber nada de ella cuando aquel hombre la dejó embarazada y se casaron.

–¿Te refieres a tu padre? –inquirió Jake, extrañado por la peculiar enunciación de la frase.

Larissa asintió con la cabeza. Se había prometido que de sus labios jamás saldría la palabra «padre» para referirse a Reilly Payton. Había dejado muy claro con su actitud que, aunque las normas sociales exigieran que hiciera con su madre lo que el deber moral exigía, es decir, que se casara, nunca había querido el papel de padre. Precisamente por eso ella se había cambiado el apellido a Nielsen en cuanto cumplió los dieciocho.

–¿Y qué tiene que ver eso con que me ocultaras tu embarazo y el nacimiento de Peter?

Larissa inspiró con fuerza, cruzó los dedos mentalmente, y agachó la cabeza. Iba a decirle una verdad a medias, y se le daba tan mal mentir que sería más fácil si no lo miraba a los ojos.

–No quería que tu familia te desheredara por mi culpa.

–Larissa, mírame.

Ella alzó el rostro vacilante.

–Ésa es la mentira más grande que he oído en toda mi vida. Conoces a Wes, y sabes que es como un hermano para mí, y a él siempre le caíste bien, así que no creo que a mi familia pudiera haberle importado en lo más mínimo cuáles fueron las circunstancias de tu nacimiento o qué clase de personas fueron tus padres.

Larissa se había olvidado de Wes, el compañero de cuarto de Jake en la universidad. Era cierto que según le había contado Jake, Wes siempre había sido como un segundo hijo para sus padres, pero estaba segura de que a sus padres no les habría gustado en lo más mínimo tener una nuera que le hiciera a su hijo lo mismo que su madre le había hecho al chico de los Payton veinticinco años atrás. Y la sociedad de Savannah sin duda aún no habría olvidado aquello. Los Payton eran una familia de dinero, y cuando su madre se quedó embarazada, ella y Reilly Payton se habían convertido en la comidilla de la ciudad. En el Sur no había nada que gustase más a

algunas personas que un chisme o un escándalo, y Larissa había decidido hacía tiempo que nunca se convertiría en carne de cañón para esa clase de gente.

–Mi madre se quedó embarazada para cazar a mi… a su novio, para que se casara con ella. Yo habría sido incapaz de hacerte algo semejante.

Jake soltó una palabrota entre dientes, se apartó del marco de la puerta, y se pasó una mano por el cabello, resoplando y moviendo la cabeza mientras la observaba.

Se acercó a ella despacio, y se detuvo a escasos centímetros de ella. Larissa trató de retroceder, pero su espalda se topó con el mueble del fregadero.

–¿Te quedaste embarazada a propósito? –le preguntó furioso.

A Larissa le daba miedo cuando se ponía así, le recordaba a su padre. Se rodeó la cintura con los brazos, fijo la vista en su tórax, incapaz de mirarlo a los ojos, y musitó:

–No, yo jamás haría algo así.

Jake suspiró. La tomó suavemente de la barbilla, e hizo que lo mirara.

–Entonces, ¿por qué iba a pensar yo que tu idea era cazarme?

Larissa no podía pensar cuando el aliento de Jake le rozaba la mejilla de aquella manera, ni cuando la miraba con aquella ternura que no había creído que pudiese volver a ver jamás en sus ojos, cuando la abrazaba y la apretaba contra sí, como estaba haciendo en ese momento.

Oh, Dios, aquello era lo que había temido. Estando en los brazos de Jake se sentía tan bien, tan a gusto… No quería apartarse de él. Permanecieron así, abrazados, varios minutos, hasta que entró Peter en la cocina frotándose los ojos soñoliento.

El corazón de Larissa era en ese momento un torbellino de temores y de esperanza. Quería creer las promesas de Jake, pero tenía miedo de que, si lo hacía, acabase resultando herida.

Jake estaba sentado en el sillón con Peter leyéndole su libro favorito *El señor de los anillos: La compañía del anillo*. El chiquillo estaba fascinado con aquel mundo mágico de la Tierra Media, y estaba escuchándolo con los ojos muy abiertos y los oídos atentos.

Al acabar una página, Jake miró el reloj de pared. ¿Por qué estaría tardando tanto Larissa?

–Voy a ver un momento a tu madre, Peter –le dijo a su hijo–. ¿Quieres ver un rato la tele?

–Vale.

Jake encendió el televisor y dejó al chiquillo viendo unos dibujos en el FoxKids, un canal infantil. Larissa le había dado una lista de programas que podía ver cuando se trasladaron a su casa, otra de las palabras que no debía usar con él, como «cállate», o «tonto», además de cualquier palabrota, y otra más de las cosas que Peter podía comer.

Sonriendo al recordar aquello, se dirigió por el pasillo a la habitación de invitados donde había acomodado a Larissa. El tener a Larissa y a Peter allí con él lo hacía sentirse bien, como si tuviese consigo lo que le era más importante y estuviese tranquilo porque sabía que estaban seguros y a salvo bajo su cuidado. Una sensación similar debía experimentar su padre cuando la familia entera se reunía en su casa. Era la primera vez que hallaba algo común entre su padre y él, y se le hizo… extraño.

Llamó a la puerta con los nudillos.

–¿Estás lista ya, Rissa?

–No lo sé –respondió ella desde dentro, abriendo la puerta y dando un paso atrás nerviosa–. ¿Cómo estoy?

Demasiado espectacular para ser la madre de un niño de tres años, pensó Jake. El vestido que se había puesto era de seda, que a pesar de su diseño recatado resultaba sexy porque quedaba ligeramente por encima de las rodillas, y porque el cuello en uve sugería más que enseñaba.

–Estás bien.

–¿Sólo bien? –preguntó ella, corriendo junto al espejo y atusándose el cabello.

–¿Qué tiene de malo «bien»? –inquirió Jake, apoyándose en el marco de la puerta.

Lo fascinaba ver a la imperturbable Larissa insegura de sí misma. Hasta entonces nunca la había visto preocuparse por lo que llevara puesto.

–Pues que voy a conocer a tu familia, y si voy a llevar el escándalo a sus vidas, al menos querría causarles buena impresión y no ir hecha un adefesio.

Sus facciones estaban tensas, y parecía más nerviosa que en la consulta privada donde habían ido a hacer la prueba de paternidad.

Jake se apartó del marco de la puerta y entró en la habitación. La

cama estaba llena de prendas descartadas. Se preguntó si aquello tendría su origen en lo que le había contado hacía un par de días de su abuelo. ¿Cómo podía él siquiera imaginar lo que debía ser para una persona el que la rechazaran antes incluso de nacer? Él, a pesar de las diferencias que tenía con su padre, sabía que el viejo lo quería, y que siempre estaría ahí para ayudarlo en lo que necesitara.

–¿Qué es lo que ocurre, Rissa? –inquirió suavemente–. Conmigo puedes ser sincera.

Larissa suspiró y se sentó con un suspiro en la cama apartando un vestido y una camisa.

–No quiero ir –murmuró.

Jake se sentó a su lado y tomó sus manos, que estaban fuertemente apretadas sobre su regazo. Las abrió, y las sostuvo entre las suyas.

Sin embargo, Larissa no lo miró.

–Bastante difícil fue ya para mí hablarte de Peter –le dijo–. No creo que sea capaz de afrontar a tu familia. Ojalá esa Jasmine Carmody no hubiese irrumpido nunca en nuestras vidas.

Jake se puso serio y soltó sus manos.

–Pues yo me alegro de que lo hiciera –farfulló.

Larissa lo miró aturdida.

–Sí, Larissa, a pesar de los problemas que ha causado, gracias a su intromisión he podido conocer a mi hijo.

Ella no dijo nada, pero la expresión en sus ojos le reveló la verdad, que si pudiera volver atrás en el tiempo quizá hubiera preferido huir a enfrentarse a él y decirle que le había ocultado durante tres años que tenía un hijo.

Jake maldijo entre dientes y se levantó, apartándose de ella. Cada vez que pensaba que había logrado perdonarla, ella decía algo que hacía que el resentimiento se avivase en él. Él se había perdido tres años de la vida de su hijo, y allí estaba ella dándole a entender que se arrepentía de haberle revelado su existencia.

Apretó los puños y se dirigió hacia la puerta.

–Cuélgate el bolso, Larissa. Nos vamos.

–Pero, Jake…

No se detuvo ni giró el rostro. Ella había tomado hasta entonces las decisiones acerca de su hijo de manera unilateral, de modo que ahora él tomaría las suyas del mismo modo. Tal vez no se había equivocado después de todo al pedirle a Marcus que pusiera en

marcha la demanda de custodia. Era obvio que no podía confiar en ella en lo referente a Peter. Comprendía que había tenido una infancia difícil, pero él no tenía por qué pagar por los errores de otro hombre.

Estaba ya llegando al final del pasillo cuando notó la mano de Larissa en su brazo. Se detuvo y se giró hacia ella.

–Perdóname –murmuró Larissa.

Jake estudió sus facciones compungidas.

–¿Qué quieres que te perdone?

–Todo.

–No pidas perdón por todo, Larissa. Ambos somos responsables; tú no tienes toda la culpa, y no voy a dejar que sigas cargando sola con ella.

Larissa se sintió diminuta y fuera de lugar en cuanto pasaron al grandioso vestíbulo de Crofthaven. Se agachó para tomar en brazos a Peter mientras Jake le daba sus abrigos a la señora Jones, el ama de llaves. Jake charló un poco con la mujer y, cuando ésta se hubo marchado para dejar los abrigos en el ropero, se volvió hacia Larissa y la tomó por el codo para conducirla hacia el pasillo.

–¿Dónde vamos? –inquirió ella.

–A la biblioteca. Están todos esperándonos allí –respondió Jake–. Relájate, te veo tensa.

–No puedo, este lugar me intimida.

–Es sólo una casa –contestó él–. Y ni siquiera es la casa de mis padres, sino de mi tío Abe. La de mis padres no es tan fastuosa. Aunque sean parte del clan Danforth son gente sencilla y normal, Larissa –le acarició el cabello a Peter y el chiquillo lo miró–. ¿Estás listo para conocer al resto de tu familia, campeón?

Peter no contestó, sino que se metió el pulgar en la boca y se agarró con más fuerza al cuello de su madre.

–Quizá debería haberlo dejado con una niñera –murmuró Larissa.

–¿Y que pasara más tiempo sin conocer a sus abuelos? –le espetó Jake–. Qué par de gallinas sois…

–Yo no soy un gallina –protestó Peter, revolviéndose en los brazos de su madre para que lo dejara en el suelo–; soy tan valiente como Frodo, el hobbit de *El señor de los Anillos*.

Jake esbozó una sonrisa y le revolvió el cabello.

–Sabía que lo eras.

El niño subió la cabeza hacia Larissa.

–Aunque mamá no es muy valiente.

–Entonces tendremos que serlo nosotros por ella –le dijo Jake, agachándose a su lado.

Peter asintió con la cabeza y puso su mano en la de su madre, apretándola y sonriéndole. Larissa sintió que el amor por su hijo la inundaba, y se sintió agradecida a Jake por cómo se estaba comportando con él. Se estaba tomando tan en serio la tarea de ser padre, y Peter parecía llevarse tan bien con él, que a ese respecto se arrepentía de haber esperado tanto para decirle que tenía un hijo.

–Bueno, ¿listos entonces? –inquirió Jake incorporándose.

Larissa inspiró profundamente y asintió con la cabeza, siguiendo a Jake con Peter de la mano hasta la biblioteca.

Cuando entraron se quedó pasmada al ver las estanterías repletas de libros que llegaban hasta el techo de la enorme sala. Colecciones privadas como aquella eran el sueño de cualquier licenciado en Biblioteconomía y Documentación. Por un instante su fascinación logró quitarle los nervios, pero cuando recordó dónde estaba volvieron a atenazarle el estómago. A Peter el valor también parecía haberlo abandonado, y se agarró a su pierna, dando la espalda a las personas reunidas en la sala.

Eran cinco en total. En un rincón, sentados en un escritorio frente a un ordenador, estaban el tío de Jake, Abraham Danforth, y Wesley Brooks. Larissa había reconocido al primero porque había visto su foto muchas veces en los periódicos. El patriarca del clan Danforth había estado en el cuerpo de los SEAL de la Marina, y se presentaba a senador por el estado de Georgia. Wesley, a quien conocía de la universidad, no había cambiado mucho.

Después, en uno de los sofás, había sentada una pareja mayor que se levantó cuando entraron. Debían ser los padres de Jake; así lo delató la emoción que se reflejó en sus rostros cuando vieron a Peter. La quinta persona, una mujer de cabello pelirrojo y brillantes ojos verdes debía ser la relaciones públicas del tío de Jake.

–¿Es éste nuestro nieto? –inquirió Miranda, la madre de Jake, cruzando la habitación y dirigiéndose hacia ellos.

Tenía el pelo rubio, cortado a lo garçon, y había una calidez en sus ojos azules que hizo que Larissa se sintiera un poco más cómoda.

–Mamá, ella es Larissa Nielsen, y éste es nuestro hijo, Peter –dijo Jake.

Pero el chiquillo se agarró con más fuerza a su madre, y se negaba a darse la vuelta para mirar a su abuela.

–Lo siento –murmuró Larissa–, es un poco tímido con la gente a la que no conoce.

–No pasa nada –replicó Miranda, pasando la mano por la espalda de Peter–. ¿Por qué no venís a sentaros con nosotros, querida?

Larissa tomó en brazos a Peter y la siguió, consciente de la mirada de todos los ojos sobre ellos. Wes levantó la mirada de la pantalla del ordenador en el que estaba trabajando para sonreírle y guiñarle un ojo. Larissa le devolvió la sonrisa. Era reconfortante ver un rostro conocido entre tantos extraños.

Miranda se sentó en el sofá de tres plazas de cuero negro opuesto al de dos en el que había retomado su asiento su marido, Harold Danforth, e indicó a Larissa que se sentara a su izquierda, en el centro. Larissa tomó asiento colocando a Peter sobre sus rodillas, y Jake, en vez de sentarse junto a su padre, se sentó al otro lado de Larissa para que no se sintiera sola en aquel trance.

–Larissa, soy Nicola, la relaciones públicas del tío de Jake –se presentó Nicola, acercándose y tendiéndole la mano. Larissa la estrechó–. Jake me llamó para hablarme de vuestra situación y…

–Disculpa que te interrumpa, querida –intervino Miranda. Se volvió hacia el chiquillo–. Peter, ¿te gustaría venir conmigo a la cocina y tomar un vaso de leche con galletas?

El niño levantó la cabeza del hombro de su madre.

–¿Qué tipo de galletas?

–¡Peter! –lo reprendió Larissa azorada.

–No pasa nada –respondió Miranda riéndose–. Pues unas galletas caseras que hace Hannah, la cocinera. Seguro que te gustarán.

Peter se volvió indeciso hacia su madre.

–Ve con ella, tesoro. La señora Danforth es tu abuela.

–¡Vaya, tengo un papá y una abuela!

Miranda sonrió.

–Y un abuelo también, ahí lo tienes; se llama Harry –le dijo señalando a su marido–; y también tienes un montón de parientes más.

–¿De verdad?

–De verdad –contestó Miranda–. Vamos, te hablaré de ellos mientras te tomas tu leche con galletas.

Peter se bajó del regazo de su madre, tomó la mano que le ofrecía su abuela, y salieron juntos de la biblioteca.

Larissa se sintió desnuda sin su pequeño en su regazo. Entrelazó los dedos y trató de no pensar en que era la causa de una situación incómoda para aquella importante familia.

–He estado dándole vueltas toda la tarde –continuó Nicola–, y creo que he encontrado una solución que hará que a nadie le interese lo que pueda escribir esa periodista.

–Bien –dijo Larissa–, yo haré todo lo que pueda por ayudar.

Jake le tomó una mano y se la apretó suavemente.

–Perfecto –respondió Nicola–, porque la idea es que os caséis lo antes posible.

Jake soltó bruscamente la mano de Larissa y se puso en pie como un resorte.

–¡Ni hablar!

Para Larissa, los segundos siguientes parecieron pasar a cámara lenta. No había estado segura de qué debía esperar al ir allí aquella noche, pero desde luego entre sus cábalas no entraba el que la obligaran a casarse con Jake para evitar el escándalo.

–Discúlpenme –musitó, poniéndose de pie temblorosa.

Salió de la biblioteca, y corrió por el largo pasillo sin percatarse, aturdida como estaba, de que iba en dirección contraria al sitio por donde habían ido al llegar. Se topó con una puerta de doble hoja que daba a los jardines, en la parte trasera de la casa, y salió a la oscuridad de la noche.

Cualquier posibilidad que hubiera tenido de ser feliz con Jake se había esfumado en un instante, porque ningún hombre podría amar a una mujer con la que lo obligaran a casarse.

Capítulo Seis

Jake sabía que había metido la pata hasta el fondo antes de que Larissa abandonara la sala, pero la mirada condenatoria que le lanzó su padre fue suficiente para hacerle sentirse como si tuviera otra vez catorce años. Diablos.

–Um… lo de casaros… ¿supone algún problema? –inquirió Nicola.

Jake no sabía qué contestar. Sospechaba que en ese preciso momento, después de su reacción a la sugerencia de Nicola, él sería el último hombre con el que Larissa aceptase casarse. En su defensa sólo podía decir que aquella sugerencia lo había pillado totalmente desprevenido.

–No, no supondrá ningún problema, ¿verdad, Jacob? –dijo Harry, su padre.

Contándolos, quizá hubiera habido en total dos veces en las que Jake había tenido la sensación de haber agradado a su padre: cuando tenía seis años y había ganado con su equipo el campeonato infantil interescolar de fútbol del estado, y cuando logró su primer millón de dólares con su cadena de cafeterías D&D. Durante el resto de su vida, su padre siempre lo había mirado como lo estaba mirando en ese momento, con una expresión de profunda decepción.

Hasta su tío Abe y Wes estaban diciéndole con la mirada que la había fastidiado.

–Yo… yo no sé si Larissa quiere casarse conmigo –balbució.

–Pues convéncela –le espetó su padre.

–Lo intentaré –respondió Jake, saliendo de la biblioteca.

Se detuvo en el pasillo, y se apoyó en la pared. Las manos le temblaban, y tenía la sensación de que de la noche a la mañana su vida estaba cambiando de una manera que jamás hubiese pensado.

Se dirigió hacia el vestíbulo en busca de Larissa, pero se encontró con la señora Jones que le dijo que no la había visto pasar por allí. Tal vez estuviese en los jardines. Volvió sobre sus pasos y salió a la parte trasera de la enorme mansión, pero se detuvo apenas hubo recorrido un par de metros. ¿Y si no podía convencer a Larissa de

que se casase con él? Hacía tiempo había aprendido que la solución a los problemas no era huir de ellos, pero… ¿*casarse*?, ¿Larissa y él? No tenía nada contra el matrimonio, pero no estaba seguro de que fuera una buena idea.

Escuchó un suave ruido de pasos y lo siguió hasta encontrar a Larissa. Estaba caminando por la rosaleda, de espaldas a él, y justo en ese momento se sentó en uno de los bancos de mármol.

Jake se quedó un momento en la penumbra, observándola. La luna llena brillaba en el cielo, iluminando con su pálida luz a la mujer a la que se sentía ligado de un modo que no lograba comprender. Era algo más que el hecho de tener un hijo en común, algo más que el compartir recuerdos de su época universitaria… Cuando la miraba lo inundaba un sentimiento profundo, una calidez, que lo hacía sentirse extraño, y que no podía ignorar.

No sabía qué iba a decirle, pero sí sabía lo que exigía el deber, y él, siendo un hombre de honor, un Danforth, no podía rehuir su deber.

–¿Te importa que me siente a tu lado? –le preguntó.

Larissa se volvió sobresaltada. Jake salió de las sombras y esperó a obtener su permiso para ir junto a ella. Larissa se encogió de hombros y cruzó los brazos sobre el pecho.

Jake se sentó a su lado, dejando espacio entre ellos para no agobiarla.

Aunque ese espacio era sólo de unos centímetros, la distancia que los separaba era de kilómetros, y Jake sabía que lo que dijera a continuación tendría que servir para tender un puente entre ellos. Sin embargo, no se sentía preparado. Todavía estaba enfadado con ella porque no le hubiera dicho nada de su embarazo ni de Peter, y era consciente de que tenía que superar esa ira para lograr llegar a un acuerdo con ella.

Y había creído que estaba empezando a hacer progresos en ese sentido, pero cuando estaba sentado junto a ella en la biblioteca, el saber que aquellos más próximos a él estarían pensando que la madre de su hijo no había considerado que pudiese ser un buen padre y le había ocultado su embarazo… diablos, aquello le dolería a cualquier hombre. ¿Y cómo había reaccionado él? Hiriéndola a ella, aun sin darse cuenta.

Sí, había herido a la mujer a la que le había prometido que todo saldría bien, a la que le había dicho que no tendría de qué preocuparse. Bonita manera de demostrarlo, se reprendió

avergonzado de sí mismo. Parecía tan frágil allí sentada, bajo la pálida luz de la luna. Sin embargo, él sabía que Larissa no era frágil, ni débil, nunca lo había sido. Larissa era una superviviente; había encajado los golpes que le había dado la vida, y había vuelto a levantarse.

Larissa se aclaró la garganta.

–Siento haber salido corriendo de esa manera. Yo…

–No, soy yo quien lo siente –la interrumpió él.

–No hace falta que te disculpes, Jake, no es necesario. Sé que no quieres casarte conmigo.

–La cuestión es, Larissa, que no estoy seguro de no querer hacerlo.

Ella se quedó inmóvil.

–¿Qué quieres decir?

–No estaba preparado para esto. Me duele que todo el mundo sepa que la madre de mi hijo tuviera tan mala opinión de mis dotes como padre.

–Oh, Jake, yo no…

–Sí, tú sí, Larissa.

–¿No escuchaste lo que te dije antes?

–¿Sobre qué?

–Sobre mi familia. Yo nunca pensé en si podrías ser o no un buen padre para Peter, Jake. Sólo pensé en ti como un hombre atrapado por las circunstancias, y ahora veo que estaba en lo cierto.

Jake maldijo entre dientes y se puso de pie, alejándose unos pasos de ella. Era un hombre atrapado, pero no tanto por las circunstancias como por su pasado, por las decisiones equivocadas que había tomado y que habían hecho de él el hombre que era en ese punto de su vida, por todas las veces que había antepuesto el pasarlo bien a sus responsabilidades. Ya iba siendo hora de que pusiese en orden su vida personal, y lo sabía.

Se volvió hacia Larissa, que estaba observándolo con los ojos muy abiertos y llenos de lágrimas. Sabía que le había hecho daño, pero no hubiera esperado que ver su dolor le causase dolor a él también.

Avanzó hacia ella y, tomando sus manos en las suyas, hincó una rodilla en tierra frente a ella y se miró en sus hermosos ojos azules, aquellos ojos que por lo general brillaban de inteligencia y confianza en sí misma, pero aquella noche se mostraban recelosos y desvelaban una vulnerabilidad que no había creído posible en ella.

–Larissa Nielsen, ¿querrás casarte conmigo?

Ella no sabía qué decir. Siendo honesta consigo misma, lo cierto era que casarse con Jake era lo que había anhelado en secreto desde que se conocieran en la universidad, pero en sus sueños él se casaba con ella por amor, no porque la gente pudiera hablar y se manchara la reputación de su familia o saliera dañada la carrera política de su tío Abraham.

Y aun así, a pesar de que sabía que no le estaba pidiendo que se casase con él porque la amara, ¿no debería aceptar su proposición? Jake era un buen hombre, y estaba demostrando que podía ser un buen padre, y a veces uno tenía que tomar lo que la vida le ofrecía y olvidarse de soñar.

–¿Vas a tenerme esperando una respuesta toda la noche? –inquirió él en un susurro, con voz ronca.

Cuando se miró en sus ojos castaños, Larissa se preguntó si sería capaz de negarse. Dios, no podía olvidar que él sólo estaba cumpliendo con su deber, que a pesar de que estuviera allí arrodillado frente a ella, pidiéndole que se casase con él, seguía enfadado porque le hubiera ocultado durante tres años que tenía un hijo. Tenía que proteger su corazón porque sabía, por lo que le había ocurrido a su madre, que no salía nada bueno de enamorarse de una ilusión.

–No tienes por qué hacer esto, Jake –le dijo finalmente, apartando el rostro.

El matrimonio era algo sagrado para ella porque sabía que, cuando no se hacía por amor, muchas personas acababan resultando heridas. No sólo el marido y la mujer, sino también los hijos, esas personitas inocentes, que no tenían por qué sufrir por una decisión equivocada de sus padres.

–¿Hacer qué? –inquirió Jake.

–Escuché lo que dijiste en la biblioteca, Jake. Tú no quieres casarte conmigo.

–Te he dicho hace un momento que no estoy seguro de que no quiera –replicó él.

–¿Qué se supone que significa eso? ¿Por qué razón querrías casarte conmigo? –inquirió ella irritada.

Se ponía preciosa cuando se enfadaba, pensó Jake.

–¿Porque me vuelves loco? –dijo, moviendo las cejas de un modo sugerente.

Larissa frunció el entrecejo.

–¿Es eso lo que esto es para ti? ¿Una broma?

Jake maldijo entre dientes y la abrazó.

–Perdóname, no quería molestarte –murmuró–. ¿Sabes? No podría explicar lo que es, pero hay algo especial en ti. Algo que, aunque no me creas, ha hecho que no haya podido olvidarte en estos tres años.

Larissa sintió que se derretía por dentro. Jake soltó sus manos y tomó entre ellas su rostro, acercándolo al suyo. Rozó sus labios contra los de ella suavemente, pero a la vez de un modo seductor, tentándola. Larissa respondió afanosamente, haciendo el beso más profundo, pero quería algo más que aquello, quería… no, necesitaba, más de lo que él le estaba ofreciendo, algo más que el casarse con ella por un deber moral. Despegó sus labios de los de él, inspirando profundamente para recordarse que, a pesar de los jardines y la luz de la luna, aquélla no era una historia de amor, aquello era sólo una relación forzada por la presión mediática y de su familia, que sin duda lo habían enviado a buscarla para que la convenciera.

–Sé que he cometido una metedura de pata tras otra, Larissa, pero por favor, cásate conmigo para arreglar las cosas.

–Estoy asustada, Jake.

–¿De qué?

–De tomar una decisión equivocada y arruinar la vida de Peter.

–Ya te he dicho antes que no tienes por qué llevar esta carga tú sola, Rissa. Compártela conmigo; no volverás a encontrarte sola ante las dificultades.

Larissa habría querido pedirle que se lo prometiera, pero no lo hizo. Quizá debiera dejarse de sueños y empezar a vivir en el mundo real, un mundo en el que no estaban sólo Peter y ella.

–Está bien, Jake. Me casaré contigo.

Tal vez no hubiera sido un sí muy ilusionado, se dijo Jake, pero le bastaba. Se puso de pie, hizo que Larissa se levantara también, y la atrajo hacia sí. Pero antes de que sus labios pudieran tocar los de ella, Larissa lo detuvo interponiendo su mano.

–Jake, no.

–¿Por qué no?

–Porque quiero que este matrimonio funcione, por el bien de Peter.

–Que yo sepa el sexo nunca ha echado a perder un matrimonio.

–Tal vez, pero yo me temo que echaría a perder el nuestro –replicó ella–. Soy incapaz de pensar con claridad cuando me besas.

–Eso está bien –murmuró Jake, inclinando la cabeza de nuevo–, porque…

Sin embargo, antes de que terminara la frase, ella apartó el rostro, y sus labios se toparon con su pelo.

–Diablos, Larissa… –protestó.

–No estás escuchándome –farfulló ella mirándolo irritada.

–Porque no estás diciendo nada que quiera oír.

–Mira, Jake, lo siento, pero creo que nuestra atracción debería quedarse sólo en algo platónico. Sería lo mejor.

–Por amor de Dios, ¿a quién quieres engañar?

–Quizá tengas razón, quizá esté engañándome, pero esto es importante para mí.

Jake farfulló algo incomprensible, pero la soltó. Larissa retrocedió, pero los latidos del corazón de Jake tardaron en volver a su ritmo normal. Todavía se notaba excitado, y por la respiración irregular y el aspecto acalorado de Larissa, era obvio que ella también lo estaba. Si insistía, podría hacerla admitir que estaba equivocada, estaba seguro, y sospechaba que ella sabía que eso sería exactamente lo que ocurriría. ¿A qué venía entonces ese empeño en no dejarse llevar por la evidente atracción entre ambos?

–No voy a dejar que esto se quede así, Larissa –le dijo–. No creo que seamos capaces de vivir juntos bajo el mismo techo sin que en algún punto acabemos acostándonos.

–Puede que tengas razón, pero al menos querría que lo intentásemos.

–Perdóname, pero no te entiendo.

–Es que… no querría empezar a pensar que pudiera haber algo más entre nosotros que una obligación.

Jake sabía que estaba hablando en serio. Quería responderle a eso, profundizar en aquella discusión, pero en lo único en lo que podía pensar era en sus labios. Larissa tenía la costumbre de morderse a menudo el labio inferior cuando estaba pensando qué iba a decir, y Jake sintió que quería tomarlo entre los suyos, mordisquearlo suavemente, tirar de él…

–¿«Algo más»? –repitió–. ¿Cómo qué?

Larissa se cruzó de brazos y ladeó la cabeza, observándolo con aquellos expresivos ojos suyos.

–Como amor.

Oh, no, amor no…, pensó Jake, conteniendo a duras penas el impulso de poner los ojos en blanco. Las emociones nunca se le

habían dado bien, y las mujeres parecía que no supieran pensar en otra cosa.

–Me refiero a eso de «en la salud y en la enfermedad» –continuó Larissa–, a eso de «hasta que la muerte nos separe». No quiero que resurja en mi mente esa fantasía que llevo tanto tiempo intentando enterrar.

–¿Qué fantasía?

¿Habría interpretado él el papel de galán en esa fantasía, o por el contrario temía que sustituyera al príncipe azul de su imaginación y no estuviera a la altura? Sospechaba que probablemente se tratara de lo segundo.

–Oh, Jake, no me hagas contártelo.

Él subió las manos. Forzarla a hacer cualquier cosa era su última intención.

–Yo no te estoy obligando a nada.

–Lo sé –murmuró ella–. Anda, volvamos dentro. Tenemos que decirle a Peter que vamos a casarnos.

Echó a andar hacia la casa, pero Jake no la siguió de inmediato. No se sentía preparado para volver junto a sus familiares. Aunque la había convencido para que se casara con él, sabía que su padre seguiría sin estar satisfecho.

–La verdad es que no sé si siendo tan pequeño podrá entender de qué va todo esto –respondió, dejándola cambiar de tema mientras iba tras ella.

–Es muy despierto para su edad –respondió Larissa–, pero creo que tienes razón, dudo que comprenda que a pesar de ser sus padres no estamos casados.

–Yo diría que lleva bastante bien el que de repente le haya salido un padre –comentó Jake.

–Algo tendrá que ver el que lo llevaras a comprarle todo ese montón de juguetes.

–No seas pesada, Rissa. Me pareció cruel que no le hubieras llevado nunca a una juguetería Toys «R» Us. Yo diría que eso constituye una negligencia materna –bromeó.

Sin embargo, a Larissa no le hizo gracia. Se apartó de él y se paró en seco.

–A Peter nunca le ha faltado nada –le espetó.

–Larissa, no hablaba en serio. Peter es un gran chico, y estoy convencido de que en gran parte se debe a que lo has educado muy bien, y está sano y se le ve feliz.

–Perdona –musitó ella avergonzada de aquel pronto–. Debe ser mi orgullo de madre soltera.

–Bueno, ya no estás sola.

–No, no lo estoy –asintió ella–. Y supongo que a los tres nos llevará un tiempo acostumbrarnos a eso, Peter incluido, porque a pesar de que es un niño con un carácter muy dulce, no puedes imaginarte lo cabezota que puede llegar a ser algunas veces.

–Ya lo creo que lo imagino… es hijo tuyo.

–Yo no soy cabezota –protestó Larissa.

–¿Ah, no?, ¿qué eres entonces?

–Decidida –respondió ella con una sonrisa socarrona.

Habían llegado a la casa, pero Larissa se detuvo al alcanzar la puerta de doble hoja. Los nervios volvían a invadirla.

Jake, sabiendo cómo se sentía, le dio un abrazo, abrió la puerta, y entró con ella de la mano.

Capítulo Siete

Una hora y media después, tras despedirse, salieron de la mansión, pero Jake dejó a Peter y a Larissa esperándolo en el asiento trasero de su Suburban mientras entraba de nuevo a decirle a su padre algo que había olvidado.

Larissa ajustó el cinturón de la silla de seguridad de Peter mientras le daba vueltas a lo que se había hablado allí. Nicola les había recomendado que hiciesen una boda rápida en Las Vegas, y les había dicho que ella se encargaría de ponerse en contacto con algunas revistas del mundo rosa para que cubrieran el evento y así desacreditar lo que pudiera publicar Jasmine Carmody.

Dios, todo aquello era tan surrealista… Estaba segura de que no podría pegar ojo en toda la noche. Habían ocurrido demasiadas cosas, y necesitaba tiempo para poder estar sola y ordenar sus pensamientos. Nunca hubiera imaginado que las cosas podrían llegar a complicarse de aquel modo.

Nicola le había entregado un montón de papeles que tendría que firmar antes de la boda, y al hojearlos Larissa había entendido por qué Jake había querido que se hiciera la prueba de paternidad. Tenía más dinero y bienes de los que ella hubiera imaginado jamás.

Se masajeó con el pulgar y el índice el puente de la nariz. Estaba entrándole dolor de cabeza. Sacó el osito de peluche de Peter de la bolsa con sus cosas que llevaba siempre que salía con él, y lo metió debajo de su mantita junto a él.

Aunque ya era tarde y Peter a esa hora normalmente haría rato que estaba en la cama, parecía que por las emociones del día no tenía sueño.

–Mamá –le dijo de repente–. ¿Sabías que mi papá tiene dos hermanos y dos hermanas?

Larissa le apartó el cabello de los ojos.

–Sí, lo sabía.

–Pero una de sus hermanas, o sea, una de mis tías, está desaparecida.

Victoria, pensó Larissa. Jake le había mencionado algo al respecto. Habían encontrado un cadáver en el ático de Crofthaven,

pero la familia se negaba a creer que fueran sus restos, y hasta la fecha la policía no había logrado esclarecer el asunto.

–Lo sé, cariño.

–Y mi abuela, la madre de mi papá, que me ha dicho que puedo llamarla «abuelita», me ha hablado de todos ellos.

–Qué bien. ¿Te gusta tener tantos parientes?

–Creo que sí. ¿Nos vamos a casa ya, mamá? Estoy cansado.

–Sí, tesoro, nos iremos enseguida.

–¿Van a ser siempre nuestra familia? –inquirió Peter.

Larissa no sabía si su matrimonio con Jake funcionaría, pero lo conocía bien, y sabía que no dejaría que Peter saliera de su vida ahora que sabía que tenía un hijo.

–Siempre serán tu familia, cariño.

–¿Y tú?

Peter extendió una manita para tomar la suya, y la puso entre su mejilla y el respaldo de su sillita, apoyándose en ella. Aunque en esa postura su brazo estaba torcido y resultaba bastante incómodo, Larissa no apartó la mano. Adoraba aquellos momentos en que su pequeño necesitaba su contacto.

–¿Yo qué?

–¿No son también tu familia? –preguntó Peter.

Familia… Nunca había sabido lo que era una familia de verdad. Había creado una pequeña unidad familiar con él, pero la idea de algo más grande la asustaba.

–Supongo que sí. Cuando tu papá y yo nos casemos se convertirán en mi familia también.

–¿Por qué se casa la gente, mamá?

Larissa se vio salvada por la campana, porque justo en ese momento llegó Jake, que abrió la portezuela del conductor y se sentó tras el volante.

–Mañana te lo explicaré, tesoro –le dijo a su hijo–, ¿de acuerdo?

–Bueno –murmuró el niño, no muy convencido del aplazamiento.

–Buen chico.

Larissa lo besó en la frente y se bajó del coche para sentarse delante junto a Jake. Cuando hubo tomado asiento y estaba cerrando la puerta, Peter le dijo con voz soñolienta a Jake.

–Gracias, papá.

–¿Por qué?

–Por mi familia.

Larissa sintió una punzada en el pecho. A Peter no le habían

impresionado todos los juguetes que Jake le había comprado, sino lo único que ella jamás había podido darle, y le dolía pensar que lo había privado de ello aquellos tres años por culpa de sus propios miedos.

–De nada, campeón –dijo Jake conmovido, alargando el brazo para revolverle el cabello.

Se giró de nuevo hacia el volante, puso el coche en marcha, y se alejaron de Crofthaven. Peter se había dormido, Jake iba pendiente de la carretera, y Larissa estaba silenciosa, inmersa en sus pensamientos. Nunca había pensado en sí misma como una persona egoísta, ni se había planteado que hubiera estado anteponiendo sus necesidades a las de su hijo, pero se temía que así había sido. Ni siquiera para sus adentros había reconocido jamás que sus miedos la habían llevado a aislarse de los demás.

–Sé que esta decisión ha sido un poco precipitada, Rissa –le dijo de pronto Jake en un tono quedo–, pero te prometo que tendremos una boda bonita.

Larissa se sentía demasiado miserable en ese momento por lo que había hecho como para agradecer la amabilidad de Jake.

–Lo que decidas estará bien.

Jake giró la cabeza hacia ella.

–Yo no quiero que las cosas salgan sólo «bien», Larissa, quiero que salgan mejor que bien.

Larissa se rodeó el cuerpo con los brazos, sintiéndose más vulnerable que nunca, más incluso que el día que había dado a luz, sola, a Peter en el hospital.

–No estoy segura de merecerlo.

–¿Qué bobadas estás diciendo? –le espetó él, volviendo la vista a la carretera–, ¿por qué no ibas a merecerlo?

–Porque me parece que he sido muy egoísta.

Jake no dijo nada, y Larissa esperó un buen rato antes de volver a hablar.

–Tenía tanto miedo de que me hicieran daño, que no pensé en lo que era mejor para Peter.

–No hables así, como dijiste antes, no le ha faltado nada.

Larissa movió la cabeza.

–No en lo material, pero hasta ahora no me había dado cuenta de que mis propios miedos podían haber acabado influyendo en él. Si algo me ha demostrado esta noche es que mis temores no tienen por qué afectarlo a él. ¡Lo veía tan a gusto, y tu madre le ha gustado

tanto…!

–Ella también se ha encariñado con él –dijo Jake–. De hecho, me ha dicho que cuando nos vayamos a Las Vegas podemos dejarlo con ellos… si te parece bien, claro.

–Me parece bien –asintió Larissa–. Peter no podía quedarse en mejores manos, y estoy segura de que le encantará pasar unos días con sus abuelos.

–Estupendo, entonces está decidido –dijo Jake.

Extendió la mano y dio un suave apretón a la de Larissa antes de volver a ponerla sobre la palanca de cambios.

Larissa se sintió reconfortada, pero aquel sentimiento la irritó. No quería sentirse reconfortada por Jake, no quería sentirse atraída por él. Cuando aceptó la propuesta de Jake de irse a vivir con él, se había prometido firmemente no dejarse llevar por sus sentimientos, y si iban a casarse y quería que su matrimonio funcionase, debía luchar contra ellos. Si no lo hacía, los tres resultarían heridos, y ella no quería ser la causa de más dolor.

Larissa se abrochó el cinturón de seguridad y mientras Jake arrancaba el motor agitó la mano en señal de despedida a Peter, que estaba en los brazos de la madre de Jake. Habían pasado diez días desde que recibiera la visita de Jasmine Carmody y le revelara a Jake la existencia de Peter.

Los ojos se le habían llenado de lágrimas ante la idea de separarse varios días por primera vez de su pequeño, pero logró contenerlas, e instantes después habían salido de la propiedad de los padres de Jake en dirección al aeropuerto.

La casa de Harold y Miranda Danforth era tan lujosa como Crofthaven, pero bastante más pequeña y también más acogedora. A Peter le había entusiasmado ver la vitrina con los trofeos de fútbol que su papá había ganado en la sala de estar, y las paredes cubiertas de fotografías de él y sus hermanos y sus dos hermanas a distintas edades.

–¿Qué le ocurrió a tu hermana Victoria? –le preguntó a Jake.

–Desapareció en un concierto.

–¿Cuándo?

–Hace años –respondió él quedamente–. Nunca he dejado de sentirme responsable.

–Pues no debes –replicó ella–, no podíais protegerla todo el

tiempo.

–Lo sé –murmuró Jake–. Es sólo que… yo le compré las entradas, Rissa. Yo, el hermano mayor que siempre estaba dándole todos los caprichos y malcriándola.

–No digas eso, no es culpa tuya.

Larissa esperó que dijera algo más, pero Jake no despegó los labios. Estaba muy extraño desde que se había levantado esa mañana. ¿Estaría empezando a tener dudas? De ser así no podría culparlo, no cuando ella misma tenía sus dudas de que no fuesen a cometer un inmenso error casándose.

–¿Has cambiado de idea respecto a la boda? –le preguntó finalmente.

Jake alargó la mano y encendió la radio, sintonizando una emisora de música pop.

–No.

Larissa se sentía cada vez más nerviosa, y la lacónica respuesta de Jake no la ayudó mucho. Trató de convencerse de que se debía al hecho de estar saliendo de Georgia, cosa que no había hecho antes, o a que había tenido que dejar a Peter con sus futuros suegros, y temía que la echara de menos, pero en el fondo no eran más que excusas, porque sabía muy bien que el verdadero causante de sus nervios era el hombre sentado al volante.

–Nunca antes había salido de Georgia –farfulló–. Bueno, una vez fui a Hilton Head, pero está tan cerca que casi no puede decirse que saliera de Georgia.

Jake no bajó el volumen de la radio, y tampoco la miró.

–¿Nerviosa? –inquirió.

–No lo estaba hasta que esta mañana empezaste a comportarte como un maldito robot.

–¿Un robot? –repitió él en un tono desinteresado.

Sí, como un robot, pensó ella. Prácticamente la había ignorado cuando estaban en casa de sus padres.

–Escucha, Jake, si así es como va a ser nuestra vida matrimonial, no creo que debamos continuar con esto.

Jake apagó la radio y se quitó las gafas de sol, girando el rostro para mirarla. La expresión en sus ojos le dijo que no estaba de buen humor.

–Ya es tarde para eso.

–No, no lo es –replicó ella–. No quiero pasar por lo mismo por lo que pasó mi madre, Jake.

–Tú no tienes una familia que te amenace con desheredarte –contestó él con aspereza.

Larissa se sintió como si le hubiese pegado un latigazo. Se rodeó la cintura con los brazos, apretándola entre ellos.

–Tengo a Peter.

–*Tenemos* a Peter –corrigió Jake.

–Entre nosotros no hay nada excepto la amenaza de un escándalo mediático –replicó ella.

Jake maldijo entre dientes, y se salió al arcén, detuvo el vehículo y se giró en el asiento para mirarla.

–Mira, Larissa, no sé qué es lo que quieres de mí.

–Un poco de cortesía para empezar no estaría mal.

–No sé a qué te refieres.

–¿No? ¿Te parece que es muy normal que el hombre con el que estoy a punto de casarme me conteste con monosílabos? Me siento como si fueras un carcelero que estuviese llevándome a la silla eléctrica. No creo que sea pedir tanto que intentemos ser amigos.

–No podemos ser amigos, Larissa.

–¿Por qué no?

–Porque vamos a casarnos y a mí me gustaría que nuestros votos tuvieran un reflejo en la realidad, pero tú no lo quieres.

–No es eso lo que yo no quiero.

–Entonces, ¿qué es?

Larissa apretó los dientes exasperada.

–Me aterra engañarme y creer que nuestro matrimonio pueda convertirse en algo real, no sólo una pantomima, y que, cuando me lo haya creído, de pronto un día tú te des cuenta de que cometiste un error, de que yo no soy la mujer con la que querías pasar el resto de tu vida y…

–Larissa, no soy una veleta que cambie de dirección con el viento. Además, si estoy dispuesto a hacer esto es porque quiero, nadie me obliga a hacerlo.

–No es verdad, lo haces porque crees que es lo mejor para Peter.

–Por amor de Dios, mujer, ¿estás intentando volverme loco?

–No es eso, es sólo que no quiero acabar igual que mi madre.

–Larissa, ¿qué demonios…?

–¡Sola! –le espetó ella con amargura–. ¡No quiero acabar sola como ella!

Jake se quedó mirándola aturdido.

–¿Sola? Pero, ¿y tu padre?, ¿dónde…?

Larissa inspiró profundamente y lo miró a los ojos. No quería tener aquella conversación con él, pero menos aún quería pasar el resto de su vida o el resto del fin de semana con Jake ignorándola.

–Nunca lo tuve –murmuró.

Capítulo Ocho

–¿Que nunca lo tuviste? –repitió Jake sorprendido–. No entiendo nada –farfulló, frotándose la cara con una mano.

Sabía por lo que ella le había dicho que no había tenido una infancia fácil, y no quería sentirse responsable de que para ella aquello fuese a ser una repetición de lo que le había ocurrido a su madre, pero no comprendía lo que le estaba diciendo.

La noche anterior no había podido pegar ojo, y las noches futuras se le antojaban también en vela a menos que ella renunciara a su condición de que ambos controlasen la atracción que sentían por el otro. Sinceramente se había propuesto intentar darle gusto en eso, pero la única idea que se le había ocurrido para controlar su deseo era mantener la distancia entre ellos y tratarla con la mayor indiferencia posible, pero parecía que a ella no le hacía gracia. ¿Sabía que demonios quería?

–Explícamelo –le dijo finalmente.

Larissa llevaba puesto ese día un bonito vestido lila que hacía que sus ojos pareciesen aún más azules, y con el cabello rubio suelto sobre sus hombros tenía una apariencia… demasiado femenina para él, demasiado dulce y adorable, y temía que sus instintos más primarios acabasen apoderándose de él.

–Mi madre quería echarle el lazo a Reilly Payton –comenzó Larissa–, un chico rico con el que llevaba tiempo tonteando. Se había enamorado de él, y pensó que si se quedaba embarazada se casaría con ella y quizá, con el tiempo, se enamoraría también de ella. Pero para Reilly Payton ella no era más que una de tantas en una larga lista de ligues, y cuando le dijo que estaba embarazada se puso furioso. Su familia lo obligó a hacer lo honorable, y se casaron, pero Reilly no quería saber nada de mi madre ni de mí, y a mis cuatro años se marchó con su secretaria dejándonos sin nada. Lo peor es que todo el mundo creyó que mi madre lo había hecho por su dinero. Si hubieran sabido la verdad… La familia de él hizo que mi madre firmara un acuerdo renunciando a reclamar cualquier bien o compensación monetaria si se divorciaban, como el que vosotros me habéis dado para que firme. La diferencia está en que

en el acuerdo que yo he firmado tú estás dispuesto a pasar una pensión a Peter y a darle lo que le correspondería en herencia si mueres, mientras que mi madre también tuvo que renunciar a eso. A ella sólo le importaba poder estar al lado de él, y estaba tan ciega que no se daba cuenta de que nunca le correspondería.

–Perdóname, Larissa, pero no veo qué similitud tendría nuestro matrimonio con el de tus padres. Ya te he dicho que yo no me siento atrapado, y que si estoy dispuesto a casarme contigo es por mi propia voluntad. Y la noche en la que concebimos a Peter nadie me había puesto una pistola en la sien.

Larissa esbozó una leve sonrisa, la primera en todo el día, y a Jake le llegó al corazón, haciéndole olvidar por un momento las decepciones que había causado a su padre a lo largo de su vida y que tanto le pesaban, y todos los errores que había cometido.

–Gracias, Jake.

–No tienes por qué darme las gracias –respondió él–. Sólo he dicho la verdad. ¿Te sientes mejor ahora?

Larissa se encogió de hombros y giró el rostro hacia la ventanilla. Jake se recostó en el asiento y pensó en lo que acababa de contarle. Tenía la impresión de que había omitido algunos detalles importantes, y de pronto se le ocurrió que quizá el modo en que la había tratado su padre había influido en su decisión de no decirle nada de Peter.

–Mantuviste tu embarazo y el nacimiento de Peter en secreto porque pensaste que yo lo trataría como tu padre te trató a ti, ¿no es así? –inquirió.

Larissa se volvió para mirarlo, pero no dijo nada, y su silencio confirmó las sospechas de Jake.

–Yo sería incapaz de herir a nuestro hijo, Larissa, de tratarlo con desprecio –le dijo.

Al decir aquellas palabras se preguntó si debería seguir adelante con la demanda de custodia, porque lo que verdaderamente haría daño a Peter sería que lo separasen de su madre, que tanto lo quería. Además, aunque si le preguntaran diría que el motivo por el que quería interponer aquella demanda era para que Larissa no pudiese volver a apartar a su hijo de él, en el fondo sabía que no era más que un deseo de venganza. De pronto aquello le pareció completamente injustificable. Tenía que llamar a Marcus y decirle que lo dejase aparcado. Sólo recurriría a ese recurso si su matrimonio no funcionaba.

Larissa se mordió el labio inferior, y sus ojos se llenaron de lágrimas.
–Lo sé, Jake. Créeme, no habría hecho el amor contigo esa noche si hubiese pensado que te parecías en algo al hombre con el que mi madre se casó.
–Entonces, ¿a qué te referías cuando has dicho que no quieres acabar como tu madre?
–Reilly Payton estaba resentido con ella por lo que le hizo.
–Yo no estoy resentido contigo, Larissa –le aseguró él, extendiendo una mano y acariciándole el cuello.
Larissa se estremeció ante aquel leve contacto, y como si Jake fuera un imán que la atrajera, se inclinó hacia él.
Jake se inclinó también, y la besó en la base del cuello. Larissa se estremeció de nuevo, y sus dedos se hundieron en su cabello rizado. Jake alzó el rostro para mirarla, pero ella había cerrado los ojos, y tenía las manos aferradas a su cabeza con un ardor que él estaba seguro que negaría rotundamente si se lo hiciese notar después.
Los dos eran maestros en ocultar lo que no querían que los demás vieran, pero no estaba dispuesto a permitir que Larissa siguiese escondiéndose en lo que se refería a ellos dos. No era verdad que quisiese una relación platónica con él, y los dos lo sabían.
Descendió por la línea del cuello de Larissa, dándole pequeños mordiscos, y la escuchó jadear.
–Esto es una locura… –murmuró.
–No, es lo que ambos queremos –corrigió él, tomándola por la cintura y atrayéndola hacia sí.
Sin embargo, Larissa subió los brazos y puso las manos en su pecho, deteniéndolo.
–¿Qué ocurre, Rissa?
–Jake, no podemos, acordamos que no habría sexo en nuestra relación.
–Por amor de Dios, mujer, ¿cuántas veces piensas recordármelo? Creo que es más que obvio que ésa es una batalla perdida.
–Lo sé.
–¿Entonces por qué insistes en ello?
Larissa inspiró profundamente.
–Porque nunca seré la clase de esposa que necesitas.
–¿Qué se supone que significa eso?
–Pues que… necesitas a alguien de tu posición social, Jake, alguien que provenga de una familia adinerada, que esté

acostumbrada a comer en elegantes platos de porcelana china y a beber en copas de cristal de Murano.

–Yo no llevo ese estilo de vida –replicó él frunciendo el entrecejo y entornando los ojos.

–No, pero tu familia sí, y antes o después se darán cuenta de que no soy digna de llevar el apellido Danforth.

–Mira, Larissa, yo mismo no estoy seguro de ser digno de él, pero me corresponde por nacimiento, y cuando nos casemos también pasará a ser el tuyo –le dijo enfadado–. No quiero volver a oírte decir nada semejante, ¿entendido?

–A la orden, mi coronel –contestó Larissa.

Jake gruñó algo incomprensible, y Larissa se echó a reír, haciéndole sentirse menos tenso de lo que habría creído posible en ese momento.

Cuanto más sabía de la infancia de Larissa, más comprendía por qué le había mantenido a Peter en secreto. Sin embargo, el que la comprendiera no implicaba que pudiese perdonarla.

–Será mejor que nos pongamos en marcha de nuevo –dijo esbozando una media sonrisa–. No queremos perder el vuelo, ¿verdad?

–¿Quieres algo de beber? –le preguntó Jake a Larissa cuando estuvieron sentados en el avión en el aeropuerto de Atlanta.

No había vuelo directo entre Savannah y Las Vegas, así que habían hecho escala en Atlanta.

–Sí, algo fuerte –respondió ella frotándose el rostro con ambas manos.

–¿Todavía te tiemblan las piernas? –la picó Jake.

El aterrizaje que había hecho el piloto del avión que los había llevado de Savannah a Atlanta había sido un tanto aparatoso. Hizo una seña a la azafata que pasaba con el carrito de las bebidas por el pasillo para que los atendiera.

–Me gustaría poder decir que no –farfulló Larissa–, pero sí, la verdad es que sí.

–Dos botellas de Corona, señorita –le pidió Jake a la azafata.

La mujer les dio las cervezas y siguió avanzando por el pasillo con el carrito. Larissa jugueteó con la cuña de lima y la botella mientras el resto de pasajeros ocupaban sus asientos.

–Parecía que estuviéramos en una montaña rusa –comentó–. Odio

las montañas rusas.

–¿No te gustan? A mí me encantan –replicó Jake levantando la botella y dando un buen trago.

¿Podía haber un ejemplo mejor de lo diferentes que eran?, pensó Larissa.

–Ya, pero yo no soy como tú –le dijo.

–¿Y cómo soy yo?

–Pues… atrevido.

–Perdona que discrepe, pero yo diría que en determinadas circunstancias tú eres incluso *muy* atrevida.

–¿En cuáles? –inquirió Larissa frunciendo el entrecejo.

Jake se inclinó hacia ella. El olor a especias de su colonia penetró en las fosas nasales de Larissa, y sintió su aliento haciéndole cosquillas en la oreja.

–En las circunstancias más… íntimas.

Larissa no pudo reprimir la sonrisa que afloró a sus labios. Cada vez que empezaba a convencerse de que no podían ser una pareja peor avenida, resurgía esa chispa entre ellos. Delataba un vínculo entre ambos que nada tenía que ver con que tuvieran un hijo en común, y cada vez que aquello ocurría sentía una punzada de temor en el vientre ante la idea de acabar dependiendo de él.

–Anda, bébete la cerveza antes de que decida poner a prueba tu espíritu aventurero –le dijo Jake, sonriendo también.

Larissa frunció los labios.

–¿Y si te digo que quiero que lo pongamos a prueba?

Jake la miró sorprendido.

–Pensaba que sólo querías una relación platónica –le recordó.

–Sí, pero me parece que es una batalla perdida –admitió ella.

De pronto se preguntó si al insistirle a Jake en que en su matrimonio no hubiese sexo no le habría lanzado inconscientemente un desafío… al que sabía que no se podría resistir. Lo conocía muy bien y sabía que le gustaba arriesgarse y ganar. ¿Lo había hecho por eso?, ¿para poder decir cuando se rindiese al deseo que había sido él con sus artimañas seductoras quien la había hecho cambiar de opinión?, ¿para poder echarle la culpa si su matrimonio no funcionaba?

No quiso seguir pensando en aquello porque semejante cuadro la hacía parecer la peor de las manipuladoras. No, sólo estaba engañándose a sí misma. Jake la deseaba y no había tratado de ocultarlo en ningún momento. Era ella quien había estado negando

todo el tiempo que ella también lo deseaba… y había fracasado estrepitosamente.

–¿Significa eso que has cambiado de idea? –inquirió Jake.

«Ha llegado la hora de ser honesta, Larissa», se dijo.

–Una docena de veces, pero siempre vuelvo al mismo punto.

–A que no quieres que haya sexo en nuestra relación –adivinó él.

Larissa estaba convencida de que si dejase actuar la atracción que sentía por Jake, se aplacaría la ansiedad que la consumía, y durante un tiempo incluso las cosas irían bien entre ellos, creando un espejismo de felicidad, pero sospechaba que al final acabarían haciéndose daño el uno al otro.

–Sí –respondió quedamente.

Jake suspiró y apuró su cerveza.

–En ese caso será mejor que encuentre algo para distraerme –farfulló, sacando su agenda electrónica.

–Señores pasajeros, abróchense los cinturones, por favor, dentro de unos instantes tomaremos tierra en el aeropuerto internacional McCarran –anunció una de las azafatas por megafonía–. Gracias por volar con nosotros. El capitán y la tripulación les desean un buen día.

Los dedos de Larissa se aferraron al brazo del asiento entre Jake y ella. Cuando el avión hubiera aterrizado no habría vuelta atrás.

Jake apagó su agenda electrónica y puso su mano sobre la de ella.

–¿Nerviosa?

–Sí.

–Pues no tienes por qué estarlo. Estamos juntos en esto –le dijo él.

Y, tomando su mano, se la llevó a los labios para plantar un suave beso en los nudillos.

Larissa se mordió el labio inferior y giró el rostro hacia la ventanilla. Ése era el problema, que ella querría que siguiese siempre a su lado, y que a cada minuto que pasaba le costaba más recordar que sólo iba a casarse con ella porque era lo correcto y honorable. Durante el vuelo había estado más amable y solícito que durante el trayecto en coche hasta el aeropuerto de Savannah, y en varias ocasiones se había sentido tentada de levantar el brazo del asiento, acurrucarse junto a él, y apoyar la cabeza en su hombro hasta que el avión aterrizara, fingiendo que iban a Las Vegas porque no podían esperar ni un día más a convertirse en marido y mujer.

Pero el brazo del asiento había permanecido entre ambos, y su cabeza apoyada en el respaldo.

Y entonces, de repente, como si le hubiese leído el pensamiento, Jake levantó el brazo del asiento, le pasó una mano por la cintura y la atrajo hacia sí, haciendo que apoyara la cabeza en su hombro mientras le susurraba:

–*El bosque es fresco, sombreado, hondo y sin fin…*

Juntos recitaron el resto del poema de Robert Frost, y al llegar al último verso Larissa lo miró y esbozó una leve sonrisa. Se había sentido sola durante toda su vida, pero al mirarse en sus ojos y ver que Jake le sonreía también, de pronto el mundo le pareció un lugar menos sombrío.

Larissa hizo ademán de terminar aquel abrazo cuando el avión estaba descendiendo, pero Jake la retuvo con un breve beso. Los labios de ella se curvaron en una nueva sonrisa pero, igual que la anterior, no comunicaba la confianza que él habría querido.

–Nicola me dijo que habría alguien de la prensa esperándonos aquí en el aeropuerto.

Larissa se puso tensa.

–¿No será esa odiosa Jasmine Carmody, verdad?

–No, es un periodista de una revista del corazón a la que vamos a pagar por que publiquen un reportaje fotográfico de la boda en el que se hable de lo enamorados que estamos y de cómo las circunstancias nos habían impedido estar juntos estos tres años.

–¿Qué circunstancias? –inquirió Larissa.

–Mis frecuentes viajes de negocios, tu trabajo… no tenemos que ser muy precisos, lo importante es que demos la apariencia de estar locamente enamorados.

–¿Locamente… enamorados? –repitió ella, tragando saliva–. No estoy segura de poder hacer esto.

–Pues ya es tarde para echarse atrás.

–No quería decir eso. No voy a dejarte en la estacada, Jake –le aseguró Larissa–, es sólo que estoy un poco nerviosa.

Jake se quedó mirándola en silencio.

–¿Tan difícil te sería amarme? –inquirió.

Larissa se mordió el labio inferior y cerró los ojos. Jake, que todavía tenía los brazos en torno a su cintura, tuvo de pronto la impresión de que se había abierto un abismo entre ellos, o más bien

un foso, el que Larissa estaba acostumbrada a cavar para protegerse cuando empezaba a sentirse vulnerable en una relación.

Estaba dándose a la retirada y él hizo lo único que se le ocurrió para impedir que huyera: pasar al ataque, asediar la fortaleza que era su cuerpo, y ganar la batalla.

–No te resistas –le susurró, rozando sus labios contra los de ella.

–Resistirme… ¿a qué? –murmuró ella en un hilo de voz.

–A esto…

Ladeando la cabeza se fundió con ella en un apasionado beso, reclamando con la lengua cada rincón de su boca, y Larissa se entregó al beso sin reservas.

Jake repasó las manos por su espalda, apretándola contra su cuerpo, y Larissa sintió que el corazón se le desbocaba.

Dejándose llevar por la pasión que estaba consumiéndola, levantó las manos para tomar el rostro de Jake entre ellas, y lo saboreó con besos largos y lentos.

Era él quien había iniciado aquello, y debía ser él quien llevase las riendas, pensó Jake frunciendo el entrecejo contrariado, y, sin embargo, cuando las uñas de Larissa rozaron su cuello, ya no le importó en absoluto. Larissa conseguía anular por completo su voluntad.

Bajando las manos, le desabrochó el cinturón de seguridad, y la atrajo más hacia sí, tirando de ella para subirla a su regazo. La necesitaba encima de él, y pronto. Notaba su miembro duro y palpitante, y dudaba que pudiera esperar otro segundo a hundirse en su interior.

–Señores pasajeros, ya pueden desabrocharse el cinturón de seguridad y recoger sus objetos personales para desembarcar.

La voz de la azafata sobresaltó a Larissa, que se apartó de él como un resorte, volviendo a su asiento.

Jake maldijo su suerte entre dientes, dejando caer el rostro entre las manos e inspirando con fuerza en un intento por recobrar el control sobre sí mismo. Diablos, por un momento había estado a punto de hacerle el amor a bordo del condenado avión…

Los demás pasajeros empezaron a recoger su equipaje de mano y a abarrotar el pasillo. Jake no se movió, ya que sabía que sería incapaz de dar dos pasos en el estado en el que lo había puesto Larissa. Tendrían que pasar unos cuantos minutos para que su excitación se aplacase.

Giró el rostro hacia Larissa, que estaba observándolo entre

aturdida y confundida con las yemas de los dedos en los labios, como si no acabase de creer lo que acababa de ocurrir.

–No voy a disculparme –murmuró él.

–Bien, porque yo tampoco pensaba hacerlo.

Jake había olvidado lo sensual que era, había olvidado aquella noche en Atlanta, cuando había descubierto que su pasión por los libros y las palabras se extendía también a él.

–Estaba pensando que quizá «una pasión arrolladora» sería un titular mejor que «locamente enamorados».

–Ya –farfulló Larissa, que todavía no había recuperado del todo el aliento.

Tomó su bolso e hizo ademán de levantarse, pero Jake puso la mano en su antebrazo, manteniéndola en su asiento.

–Aún no estoy listo para bajar del avión.

Larissa le lanzó una mirada interrogante, y cuando Jake hizo un gesto disimulado para señalar su entrepierna abrió los ojos como platos.

–Um… perdona –balbució azorada–, no imaginé que fueras a…

–Preferiría que no habláramos de ello –la cortó él–, estoy a un paso de mandar todo al diablo y averiguar si no cabríamos los dos en ese minúsculo cuarto de baño.

–Jake…

Él le tapo la boca con los dedos.

–Ni una palabra más.

Cuando el último de los pasajeros hubo bajado del avión Jake se sentía ya más sereno. Tomó su maletín y se puso de pie, manteniendo la mano en el codo de Larissa mientras avanzaban por el pasillo.

Cuando ya estaban fuera, sin embargo, ella tomó su mano, deslizando sus dedos entre los de él. Jake bajó la vista a sus manos entrelazadas, y trató de impedir que lo afectara. Si su relación sólo era platónica, que lo hubiera tomado de la mano no debía significar nada, pero para él sí tenía un significado: confiaba en él.

Si no quería admitirlo, no iba a ser él quien la obligara a reconocerlo, pero era innegable que algo había cambiado en su actitud.

Capítulo Nueve

Larissa pasó las manos por los costados de su sencillo vestido de novia. Al entrar en la suite del hotel de Las Vegas en el que iban a hospedarse, se había encontrado con que había a su disposición hasta cuatro vestidos de novia de su talla que debían valer una fortuna. Jake le había dicho que escogiera uno, y la había dejado a solas.

Una hora y media después desfilaban por la suite una esteticién, una peluquera, y una maquilladora. Cuando hubieron concluido su trabajo Larissa se miró en el espejo, y no se reconoció en su reflejo. Dios, ¿qué estaba haciendo?

–¿Pueden dejarme sola unos minutos? –les pidió.

–Sí, señora –respondió la esteticién.

Las tres salieron de la habitación, y Larissa volvió a mirarse en el espejo. La mujer que había reflejada en él era elegante, y sofisticada, la esposa perfecta para un Danforth. Aquello no era real, era todo fingido, un juego de apariencias y nada más, pero aun así… Era como si los sueños que había acariciado desde el día en que conoció a Jake se estuvieran convirtiendo en realidad. «Pero esto no es real», volvió a repetirse, «no es real».

Llamaron a la puerta, y Larissa fue a abrir. Era la peluquera.

–Disculpe, señora, pero me dicen que es la hora, y que tiene que salir ya para la ceremonia.

Larissa asintió en silencio. La peluquera tomó el velo de sus manos y se lo colocó. Larissa podía sentir las lágrimas quemándole los ojos. Estaba sola entre extraños, entre gente a la que habían pagado para que se encargaran de ella porque no tenía ningún familiar que estuviera a su lado para asistirla en esos momentos: ni una madre que le pusiera el velo, ni hermanas que la ayudaran a escoger las flores o con las que ir de tienda en tienda buscando el traje de novia. Únicamente estaba ella, completamente sola, como siempre lo había estado.

La capilla en la que se iba a celebrar el enlace era pequeña e íntima. Jake estaba de pie al frente, hablando con el fotógrafo y el periodista de la revista del corazón con los que Nicola había llegado

a un acuerdo.

Larissa intentó sonreír, imaginar que aquello era lo que quería, pero lo que siempre había soñado era casarse con un hombre que la amara, no con un hombre que se viera obligado a casarse con ella para evitar un escándalo mediático.

Se giró sobre los talones y salió corriendo con la visión nublada por las lágrimas. Escuchó a Jake llamando su nombre, pero no se detuvo. Corrió y corrió, hasta llegar al final de un pasillo y toparse con la puerta que daba a la escalera de incendios. Salió por ella, y apenas había bajado tres escalones cuando se detuvo. Se apoyó en la pared, y se rodeó la cintura con los brazos mientras lloraba desconsolada. Lloraba por las cosas que nunca había tenido, por aquellos sueños suyos que en ese momento se le antojaban infantiles y ridículos… lloraba por sí misma.

La puerta se abrió y se sintió desprotegida, totalmente vulnerable.

–Rissa, ¿qué ocurre? –le preguntó Jake suavemente.

Larissa tragó saliva para intentar deshacer el nudo que tenía en la garganta, pero no fue capaz de articular palabra, y apartó el rostro.

Jake salió al rellano, cerró la puerta detrás de él, y fue hacia ella, pero Larissa levantó una mano para detenerlo.

–No… –musitó en un hilo de voz.

–Háblame, por favor, Rissa, no sé qué es lo que he de hacer para ayudarte.

Ella tampoco lo sabía, ése era el problema. ¿Cómo podría explicarle que quería algo que jamás había tenido? No sabía cómo podría explicarle que aquel día, al entrar en la capilla, se había dado cuenta de que le hubiera gustado tener una madre de verdad, una madre que se hubiera preocupado de ella, y no una madre presa de su amargura.

–Pe-perdóname…

Jake bajó hasta el escalón en el que estaba y la abrazó.

–¿Por qué?

Larissa se encogió de hombros.

–Por… por esto –hipó–, por ponerme tan sentimental.

Jake la tomó de la barbilla para mirarla a los ojos a través del tul del velo.

–Es normal que tengas las emociones a flor de piel, Rissa. Una boda es algo muy importante en la vida de una mujer.

–¿Y en la vida de un hombre? –inquirió ella.

Jake frunció el entrecejo.

–¿Qué?

–¿Es esto algo importante para ti, Jake?

Debería haber mantenido la boca cerrada. No quería que respondiera a menos que las palabras que fuera a pronunciar fuesen las que necesitaba escuchar su herido corazón, pero no había podido evitarlo, tenía que saberlo.

Jake echó el velo hacia atrás, apartándolo de su rostro, y la miró a los ojos.

–Eres la única mujer a la que le he pedido que se case conmigo, Larissa. Tú mejor que nadie sabes que esto es algo que jamás me tomaría a la ligera.

Larissa suspiró. Jake era un buen hombre, y a cada minuto que pasaba a su lado su amor por él crecía más y más.

Y entonces, justo cuando esos pensamientos cruzaron por su mente, Larissa comprendió de repente que sus lágrimas no tenían en realidad nada que ver con la familia que nunca había tenido, y sí todo con el deseo de que Jake se casara con ella porque la amara y no por conveniencia.

Jake sacó un pañuelo blanco del bolsillo del pantalón y se lo dio para que enjugara sus lágrimas. Larissa se secó los ojos y las mejillas, manchando el inmaculado pañuelo con el maquillaje.

–Es que… me sentía tan sola –murmuró.

–Pero no lo estás, Larissa. Estamos juntos en esto.

–Y encima he… he estropeado el maquillaje –hipó, conteniendo nuevas lágrimas.

–No seas boba, a mí eso no me importa en absoluto.

–¿No te importa?

–Pues claro que no, Rissa. Eres la mujer más hermosa que conozco; no necesitas maquillaje.

Las amables palabras de Jake hicieron que de pronto la situación no pareciera tan desesperada.

–Gracias.

–De nada –respondió él, esbozando una sonrisa–. ¿Volvemos a la capilla?

Larissa asintió con la cabeza. Jake la besó en la frente y volvió a colocarle el velo. La tomó de la mano, apretándosela suavemente, volvieron juntos a la capilla, y cuando pronunciaron sus votos una parte de Larissa empezó a creer que Jake no la abandonaría como había hecho su padre.

Los dos posaron sonrientes para la sesión de fotos después de la ceremonia, y aunque Jake sabía que aquello no era más que una actuación para la prensa, de algún modo le pareció real. Demasiado real, se dijo incómodo. A pesar de haber crecido en una familia numerosa, siempre había sido un solitario, nunca había abierto a nadie las puertas de su corazón. Larissa era la única persona a la que le había permitido tener una visión fugaz de su yo más íntimo, y con ella se sentía vulnerable, sin defensas, y no le gustaba la idea de ser vulnerable, pero ya estaba hecho, se habían casado.

Mientras hablaba con el fotógrafo Larissa se quedó a un lado. Durante la ceremonia se había aferrado a su mano, y él había recordado que le había prometido que aligeraría la carga que hasta entonces había llevado sola. Estaba convencido de que a pesar de habérselo repetido varias veces ella no lo había creído, pero cuando la miró a los ojos para pronunciar sus votos se dio cuenta de que las palabras no estaban huecas de significado para él. Para él eran verdaderas. A partir de ese momento formarían una unidad, un tándem, y él se esforzaría por hacerlos felices a ella y a Peter.

El periodista le dijo que mandaría a Nicola un borrador del reportaje para que dieran su conformidad antes de que la revista lo publicara, y después de que el fotógrafo hubiera recogido su equipo se quedaron a solas Larissa y él, marido y mujer. Los instintos primitivos de Jake lo urgieron a agarrarla por las piernas, cargarla sobre su hombro, llevársela a la suite y hacerla suya, pero no era un salvaje ni un animal en celo.

Había pedido al director del hotel que les preparan una cena romántica en el ático, lejos de los objetivos de las cámaras de los periodistas.

Fue junto a ella.

–¿Qué tenemos que hacer ahora? –inquirió Larissa.

Jake sabía que no le había gustado tener que hacerse fotos, ni contestar a las preguntas del periodista.

–Nada, es nuestra noche de bodas, y eso es algo privado entre tú y yo.

Larissa se sonrojó ligeramente y se humedeció los labios. Lo había hecho inconscientemente, pero Jake sintió que la chispa del deseo se encendía en su interior. Dios, le estaba poniendo francamente difícil mantener sus buenas intenciones, sobre todo con aquel vestido, que insinuaba seductoramente sus formas femeninas.

–Tengo una sorpresa para ti.

–¿Qué es? –inquirió ella.

–No puedo decírtelo porque si no no sería una sorpresa, pero creo que te gustará. Cierra los ojos y dame la mano.

–Está bien.

Jake tomó su mano y la condujo hasta el ascensor. Cuando llegaron al ático, usó la llave que le había dado el director del hotel, salieron, y volvió a cerrar, guardándose la llave de nuevo en el bolsillo del pantalón.

–Ya puedes abrir los ojos.

Larissa los abrió, y se encontró frente a una mesa dispuesta para dos a la luz de dos candelabros de plata. Estaba resguardada por una carpa blanca, y ésta había sido decorada con luces rojas y largas cintas de gasa también rojas. Sobre ellos brillaban las estrellas en el cielo nocturno, y por los altavoces ocultos en las enredaderas que rodeaban el ático se oía una suave música.

Larissa reconoció la canción al instante: *Stars fell on Alabama*, de Jimmy Buffet. Era la canción que habían bailado juntos en la noche de la reunión de antiguos alumnos, la noche que habían hecho el amor.

–¿Quieres bailar? –inquirió Jake.

Larissa, que todavía no sabía si estaba dormida o despierta, asintió con la cabeza y dejó que Jake la atrajera hacia sí. Apoyó la cabeza en su hombro, y comenzaron a girar abrazados por el ático.

–Parece que hiciera una eternidad de aquella noche –murmuró Jake.

Larissa tenía la misma impresión. El recuerdo era increíblemente vívido, pero aun así parecía que sólo hubiera sido un sueño.

–Me puse muy nerviosa cuando me invitaste a bailar –le confesó.

–¿Por qué?

–Porque no sabía bailar, era muy patosa.

–Pues no me di cuenta.

–La verdad es que sucedió algo extraño –murmuró ella–, porque en cuanto me rodeaste con tus brazos mis miedos se esfumaron y fue como… magia.

Jake no dijo nada, pero él había experimentado lo mismo. Para él también había sido una noche mágica, un momento intemporal que atesoraría siempre en su mente. La besó en el cuello, y Larissa suspiró, echando la cabeza hacia un lado para indicarle que no parara.

Jake imprimió un reguero de besos por toda su garganta, dedicando especial atención a la base del cuello, donde sus labios advirtieron su pulso acelerado. La sintió estremecerse en su abrazo, y le acarició la espalda en lentas pasadas.

Larissa enredó los dedos en su cabello castaño, atrajo su cabeza hacia la de ella, y poniéndose de puntillas lo besó. Sus labios se movieron sobre los de él con sensualidad, despertando en él un ansia que nunca había sido saciada.

Jake quería dejar hacer a Larissa para que ella no pudiese decir luego que él la había hecho actuar contra su voluntad, pero tenía sangre en las venas, y no podía ignorar sus instintos.

Dejó de bailar y tiró de ella hacia él, las manos en sus nalgas, introduciéndole la lengua en la boca y besándola con ardor.

Estaba hambriento de ella, y dudaba que nada excepto una rendición total satisficiese aquella ansia que no dejaba de crecer en su interior.

Al cabo de unos minutos Larissa se echó hacia atrás, tratando de recobrar el aliento, y observándolo con los ojos muy abiertos. Jake bajó las manos y se apartó de ella, apretando los puños para controlarse.

–Vamos a comer –farfulló, dirigiéndose a la mesa.

–Jake…

–Ahora no, Larissa, antes vamos a comer –insistió él.

–Jake, no quiero comer.

Él se volvió y alzó el rostro hacia ella.

–¿Qué es lo que quieres?

–A ti –contestó Larissa, caminando hacia él.

Jake tuvo la sensación de que la sangre en sus venas se hubiera tornado en lava al verla acercarse, y que toda estuviera yendo a parar a su entrepierna. Se tambaleó, y tropezó con una de las sillas, quedando sentado en ella.

Había pensado que tendría que ir despacio con ella aquella noche, y de hecho por esa misma razón le había pedido al director del hotel que tuvieran privacidad absoluta, pero Larissa continuaba avanzando hacia él, y en sus labios se había dibujado una sonrisa lasciva.

La música de fondo cambió en ese momento por un tema de jazz de Miles Davis. No era uno de sus artistas preferidos, pero sabía que a ella le encantaba.

Larissa se detuvo.

–¿Miles Davis? –inquirió sorprendida.

Jake asintió con la cabeza.

–¿Cómo has sabido que me gustaba?

–Bueno, debes tener unos diez discos de él.

–Mmmm… Eres muy observador, Jacob Danforth –murmuró.

Sólo cuando algo le importaba, pensó él, y Larissa le importaba de un modo que apenas acababa de empezar a explorar.

–Y eso me gusta –añadió Larissa, avanzando lentamente hacia él.

Jake se puso de pie y cruzó en dos zancadas la distancia que los separaba. La tomó por la cintura y posó sus labios sobre los de ella. Quería ir despacio, pero ir despacio con aquella tentadora mujer se le antojaba imposible. Tanteó la espalda de Larissa mientras la acariciaba, buscando la cremallera del vestido, y cuando la encontró tiró de ella hasta abajo.

El cuerpo del vestido se aflojó, y desde su ángulo de visión Jake pudo ver la parte superior de sus senos. Inclinó la cabeza, y usó los dientes para apartar la tela de su cuerpo.

Larissa llevaba puesto un recatado sostén de algodón bajo el vestido de novia, y a pesar de su sencillez, aquella prenda excitó a Jake. Los pezones de Larissa se marcaban bajo el tejido, y Jake acarició el reborde de uno de ellos con la punta del índice, haciéndola estremecer.

Jake desabrochó el enganche frontal y apartó las copas. Inclinando la cabeza, tomó una de las areolas en la boca y succionó. Larissa suspiró su nombre y se aferró a sus brazos con una fuerza que lo sorprendió.

Jake se echó hacia atrás y sopló sobre el seno húmedo, haciendo que Larissa se estremeciera de nuevo. Ella intentó dirigir su atención al otro seno, arqueándose hacia él, pero Jake se mantuvo inamovible. Sabiendo que su control podía ceder en cualquier momento, quería saborear aquel dulce sentimiento de anticipación mientras pudiera.

El otro pezón de Larissa se endureció, suplicando su atención bajo su mirada, y sólo entonces cerró la mano en torno a la circunferencia de aquel perfecto seno, frotando la palma contra él. Larissa echó la cabeza hacia atrás, los dedos enredados en su cabello, y de sus labios escapó un gemido.

Jake tomó ese otro pezón en su boca, relamiéndolo con la lengua y tirando de él suavemente con los dientes.

Las manos de Larissa se deslizaron por la espalda de Jake, y

buscaron después el frontal de la camisa, desabrochando un botón tras otro con impaciencia. Cuando llegó al último, se echó hacia atrás para abrir la camisa, y se inclinó sobre el tórax de Jake para cubrirlo de suaves besos.

Jake continuó acariciando sus senos hasta que estuvieron hinchados y sus pezones prominentes, y pasó después sus manos por la piel desnuda de Larissa. Habría querido detenerse en cada centímetro, pero esa noche no podía hacerlo, no cuando habían estado reprimiendo tanto tiempo su deseo.

Larissa besó y mordisqueó sus pezones, y Jake sintió que se endurecía de tal modo que podía notarse el pulso latiendo en su entrepierna. Se sentía como un muñeco en manos de Larissa. Quería tenderse y dejar que hiciera lo que quisiera con él, pero el suelo del ático del hotel no parecía un sitio muy cómodo para tumbarse.

La atrajo hacia sí, levantándola ligeramente por la cintura para que sus pezones tocaran su pecho, y se frotó contra ella. Los salvajes latidos de su corazón resonaban como tambores en sus oídos.

Le levantó la falda del vestido, exasperándose con los metros de satén, y le acarició los muslos. Dios, era tan suave… Larissa jadeó cuando se acercó a la parte más íntima de su cuerpo, y suspiró cuando las yemas de sus dedos rozaron el frontal de sus braguitas.

El algodón estaba caliente y húmedo, y Jake introdujo una mano dentro de la prenda íntima, pero vaciló. Miró a Larissa. Sus ojos estaban entrecerrados, como si le pesaran los párpados. Vio cómo se mordía el labio inferior, y notó que movía las caderas en un intento por acercar su mano donde la quería.

Jake no quería prolongar aquella tortura por la que ambos estaban pasando. Introdujo dos dedos entre los pliegues de Larissa, y la notó revolverse contra él.

Los sacó, los volvió a meter… y fue marcando un ritmo que pronto la hizo jadear su nombre de nuevo.

Jake no creía que fuese a aguantar mucho más sin satisfacer su propio deseo. Se notaba tan duro, tan dispuesto, que sentía que pronto necesitaría estar dentro de ella sin más dilación, pero los metros de tela de la falda no le permitían maniobrar bien.

–Este dichoso vestido… –farfulló, sacando la mano de sus braguitas, e intentando hallar el modo de poder mantenerlo levantado.

–Jake… –murmuró ella ansiosa.

–Dios, necesitamos una cama –farfulló él–, y rápido.

Capítulo Diez

Jake le colocó bien el vestido, le subió la cremallera, la alzó en volandas, y atravesó con ella en brazos el ático hasta llegar junto a la puerta, donde la depositó en el suelo de nuevo para sacar la llave del bolsillo del pantalón.

El trayecto de bajada hasta el piso en el que estaba su suite apenas fue de dos minutos, pero a ambos se les hizo eterno.

Cuando llegaron a la habitación a Jake le faltó tiempo para abrir la puerta y volver a tomarla en volandas para atravesar con ella en brazos el umbral. Cerró la puerta de un puntapié, y la llevó junto a la cama, dejándola de nuevo sobre sus pies.

Tampoco esperó para bajarle de nuevo la cremallera del vestido, aunque esta vez acabó en el suelo hecho un mar de satén blanco junto con sus braguitas y el sostén. Jake se quedó observándola embelesado.

Sus senos estaban hinchados, los pezones erectos por la excitación, y unas medias blancas altas sujetas con ligueros, y los zapatos de tacón eran ya lo único que la vestía.

–Súbete a la cama –dijo Jake.

Larissa sacó los pies del vestido y se giró para encaramarse a la cama de matrimonio, pero cuando tenía una rodilla hincada en el colchón lo oyó emitir un gruñido casi animal, y notó que su mano se cerraba de pronto en torno a su tobillo izquierdo, mientras la otra empujaba su cuerpo para tumbarla boca abajo.

–Quédate así, no te muevas –murmuró Jake.

Larissa hizo lo que le decía, y oyó cómo se quitaba la ropa, para después sentir su cuerpo desnudo apretándose contra el de ella. Era como si Jake fuese una manta cálida que la cubriese. Se quedó quieto sobre su espalda durante un buen rato, repasando las manos por sus costados e introduciéndolas por debajo de su cuerpo para masajear sus senos, hasta que sin previo aviso se apartó de ella, la hizo rodar hacia sí para que quedara boca arriba, y se sentó a horcajadas sobre ella.

Puso sus dedos índice entre sus senos, y fue haciéndolos descender, dibujando arabescos hasta alcanzar el vientre. La piel de

Larissa iba poniéndose sonrosada al paso de sus dedos, y cuando bordearon el triángulo de vello púbico en la unión entre sus muslos la joven jadeó suavemente.

Jake esbozó una sonrisa maliciosa, pero hizo que sus dedos continuaran descendiendo hacia los pies. Cuando llegaron a los tobillos, los cinco dedos de cada mano se cerraron en torno a ellos, y lentamente los empujó hacia arriba para flexionarle las piernas.

Larissa se sintió totalmente expuesta y vulnerable… aunque también más excitada de lo que recordaba haberlo estado nunca.

Jake le abrió las piernas e inclinó la cabeza para estimular el centro de su calor con los labios y la lengua. Sus manos abandonaron sus tobillos para masajearle los senos, y le acarició repetidamente los pezones y tiró de ellos.

Larissa sentía que estaba volviéndose loca. Las atenciones que Jake estaba dedicando a la parte más íntima de su cuerpo estaban a punto de llevarla al orgasmo, pero quería alcanzarlo con él. Quería que su cuerpo estuviera sobre el de ella, y que la mirara a los ojos mientras la hacía suya.

–Jake… –lo llamó tirando de su cabello.

–Déjate ir, Rissa.

–No, quiero que lleguemos juntos.

–Lo haremos… luego. Por favor, entrégate a mí.

Larissa no se sentía con fuerzas para negarle nada. Le masajeó el cuero cabelludo con los pulgares, formando círculos, y esperó que le diera lo que necesitaba. Sintió primero el aliento de Jake sobre sus pliegues, y después su lengua.

Jake le agarró las caderas con las manos, y le abrió las piernas para tener mayor acceso a sus secretos. Insertó un largo dedo en su canal, y Larissa se puso tensa, pero él lo movió, llegando más adentro para tocar un punto detrás de su hueso púbico mientras seguía estimulando con la lengua los pliegues externos, y aquel ataque por dos frentes pronto la llevó al límite. Su clímax fue increíblemente intenso, pero ella quería aún más: necesitaba a Jake.

Y entonces, como si le hubiera leído el pensamiento, Jake se colocó sobre ella y le sostuvo las piernas abiertas para penetrarla en una embestida profunda y certera.

–Aah… eso es –murmuró satisfecho.

Llegó tan adentro, que Larissa tuvo la impresión de que realmente se convertían en uno. Se arqueó hacia él, y tomó su cabeza entre las manos, atrayéndolo para tomar su boca como él estaba tomando su

cuerpo.

Jake despegó sus labios de los de ella cuando el ritmo de sus embestidas fue haciéndose más rápido. Agachó la cabeza, tomó uno de sus senos en la boca y lo succionó sensualmente.

Larissa lo notó tensarse de repente, justo antes de que liberara su semilla dentro de ella, y segundos después ella alcanzaba también el orgasmo. Y luego, cuando todo quedó en calma, se abrazó a él con una desesperación que a la mañana siguiente negaría.

A la mañana siguiente, mientras Larissa se duchaba, Jake pidió por teléfono que les subieran el desayuno a la habitación. La noche anterior había disipado todas las dudas que había tenido respecto a hacer de su matrimonio un matrimonio real. No sabía qué había hecho cambiar a Larissa de opinión sobre la relación platónica que quería que tuvieran, pero, francamente, no le importaba. Estaba empezando a creer que tenían posibilidades de llegar a ser felices juntos, y aquello lo asustaba un poco, porque jamás había imaginado que acabaría casándose y sentando la cabeza.

Sin embargo, esa vez haría las cosas bien. Y lo cierto era, se dijo con una sonrisa lobuna, que nunca había pensado que el cumplimiento del deber pudiese ser tan agradable…

Poco a poco estaba volviendo a recobrar la confianza en Larissa. Tomó el teléfono inalámbrico que había en la mesilla de noche y marcó el número de la oficina de Marcus. Su primo había dejado el asunto en manos de Ted Larson, un compañero suyo que estaba especializado en derecho de familia, y quería hablar con él para decirle que retirara de inmediato la demanda por la custodia de Peter.

Pero la suerte quiso que Ted no estuviera en ese momento en su despacho, y le saltó el contestador. Jake le dejó su nombre y el número del hotel para que lo llamara cuando regresase.

La puerta del cuarto de baño se abrió, y Larissa atravesó la habitación hasta su maleta. Llevaba puesto uno de los albornoces del hotel, y una toalla a modo de turbante en la cabeza. Estaba a la vez adorable y sexy, pensó Jake.

–Ven aquí, Rissa –la llamó.

Larissa le lanzó una mirada altiva por encima del hombro.

–Anoche ya me diste bastantes órdenes.

Jake no advirtió su cambio de humor.

–No diré que no –admitió divertido–, y desde luego las acataste magníficamente. Claro que no quiero que pienses que soy un déspota. Yo también estoy dispuesto a cumplir lo que tú me mandes.

–No hace falta que lo jures.

Jake frunció el entrecejo, y la observó en silencio mientras Larissa rebuscaba entre la ropa de su maleta, para sacar un vestido de tirantes y ropa interior. Acto seguido se irguió sin mirarlo, y se giró para encaminarse de nuevo al baño.

–¿Dónde vas? –inquirió Jake.

–A vestirme –respondió ella deteniéndose y volviéndose hacia él.

–¿En el baño?, ¿por qué? Puedes cambiarte aquí. Te prometo que seré buen chico y no…

–Jake, para un momento, ¿quieres? Necesito que hablemos.

A Jake no le gustó el tono de su voz.

–¿De qué?

–Me parece que anoche te di una impresión equivocada de mí misma.

Jake esbozó una sonrisa lasciva.

–No seas boba, mujer. Ya sabía por nuestra primera vez que eras una mujer muy… desinhibida –murmuró, levantándose de la cama–. No soy de esos hombres que quieren que las mujeres sean púdicas y vergonzosas –añadió acercándose a ella y rodeándole la cintura.

–Oh, Jake, no me refiero a eso –replicó ella resoplando–. Yo… quiero que nos atengamos a nuestro acuerdo inicial.

–¿A cuál? –inquirió él, que no comprendía de qué iba aquello.

Larissa suspiró y ladeó la cabeza.

–Al de tener una relación únicamente platónica.

Jake soltó una palabrota y se apartó de ella. Aquella mujer parecía querer volverlo loco.

–Pero, *¿por qué*?

–Porque el sexo lo único que hace es complicar las cosas –respondió ella–. Lo siento, Jake. No debería haber dejado que ocurriera lo de anoche, pero… no pude resistirme. Supongo que quería tener un buen recuerdo de nuestra noche de bodas. Y fue increíble, pero…

–Exacto, fue increíble, y no tiene por qué acabar.

–Mira, Jake, nada de esto es real: la boda, el vestido, las fotografías…

–Perdona, pero cuando yo pronuncié los votos nupciales lo hice muy en serio –le espetó él molesto.

Larissa palideció, y apartó el rostro.

–Yo también –murmuró.

–Cariño, no soy como tu padre, no voy a hacerle a Peter lo que él te hizo a ti.

Larissa se rodeó la cintura con los brazos.

–Estoy esperando a oírte decir que sabes que yo no le haría daño a Peter –dijo Jake, cruzándose de brazos.

–Por supuesto que lo sé, Jake –respondió ella–. Desde el primer momento en que te vi con él supe que era imperdonable que os hubiera separado al uno del otro durante todo este tiempo.

–Y entonces, ¿cuál es el problema?

–Yo –respondió ella quedamente–, yo soy el problema.

–Larissa, por favor, tú sabes que jamás te haría daño.

–¿Y si te lo acabara haciendo yo a ti?

–No soy de porcelana –respondió él frunciendo el ceño.

¿Acaso lo tenía por un pusilánime?

–Eso es lo que me temía, y es aún peor.

–¿*Qué*? Mira, Larissa, perdona, pero no te sigo.

–No puedo hacerte daño porque para ti no soy más que una esposa de pega. No te importo nada.

–No pongas en mi boca palabras que no he dicho. Me importas más que cualquier otra mujer.

–Puede que ahora sea así, pero, ¿qué pasará cuando empiece a pasar el tiempo y te canses de mí?

–Larissa, en la vida no hay garantías de nada –respondió él–. Lo sabes tan bien como yo, y sinceramente no sé lo que pretendes conseguir no acostándote conmigo.

–Pretendo evitar enamorarme de ti, idiota. No quiero sentirme vulnerable, ni depender de ningún hombre –le espetó ella llena de frustración.

Las palabras habían abandonado sus labios antes de que pudiera impedirlo.

–Larissa, yo no soy cualquier hombre –replicó él–, ahora soy tu marido.

Ella sacudió la cabeza y le dio la espalda. Llamaron a la puerta, pero Jake no se movió. Quería terminar aquella conversación, pero Larissa ya había vuelto a levantar aquel muro que interponía entre ellos cada vez que no quería seguir hablando.

–Servicio de habitaciones –llamaron desde fuera, volviendo a golpear la puerta con los nudillos.

–Esto no ha acabado –le advirtió Jake a Larissa.

Se metió el pantalón de mala gana y fue a abrir mientras ella volvía a entrar en el baño.

Cuando Larissa salió vestida del cuarto de baño, Jake estaba sacando de su maleta la ropa que iba a ponerse.

–Desayuna tú –le dijo sin mirarla–, yo voy a ducharme.

Larissa se quedó donde estaba.

–Creía que querías acabar la conversación –murmuró.

Jake resopló despectivamente.

–No, lo he pensado mejor. Ya he gastado suficiente saliva intentando convencerte de que soy respetable –le dijo con aspereza.

Se dio la vuelta y pasó por su lado sin mirarla, entrando en el cuarto de baño y cerrando tras de sí de un portazo.

Larissa se estremeció y se frotó los brazos con las manos, sintiéndose más sola que nunca. Había esperado que Jake se molestara con ella, o incluso que le gritara cuando le dijera que no quería que volvieran a tener sexo, pero no había esperado un enfado de aquellas proporciones.

Se sentó junto a la mesa donde habían dejado el desayuno que Jake había pedido, pero no tenía apetito, y estaba sirviéndose una taza de café cuando sonó el teléfono. Se levantó a contestarlo.

–Buenos días. ¿Podría hablar con el señor Jacob Danforth? –le pidió una voz masculina.

–Un momento, por favor. ¿Quién debo decirle que llama?

–Ted Larson.

Larissa dejó el inalámbrico en la mesilla y atravesó la habitación en dirección al baño. Ya no se oía la ducha. Llamó a la puerta con los nudillos y Jake abrió.

Larissa tragó saliva. Tenía tan sólo una toalla en torno a las caderas, espuma de afeitar en la cara, y el cabello húmedo. Justo en ese momento una gota de agua le resbaló desde el cuello hasta el pecho y, sin darse cuenta de lo que hacía, levantó la mano hacia su tórax para secarla. Sin embargo, Jake detuvo su mano agarrándola con la suya. Larissa lo miró sin aliento.

–¿Ya has vuelto a cambiar de opinión? –inquirió Jake sarcástico.

Larissa volvió a tragar saliva. Dios, sería tan sencillo dejarse

atrapar en aquella tela de sensualidad que Jake parecía tejer a su alrededor… Y, sin embargo, sabía muy bien lo duro que le resultaría seguir adelante cuando se cansara de ella, porque aunque él le dijera que había cambiado, lo conocía, y Jake no era un hombre de relaciones largas, ni mucho menos duraderas.

–Te llaman por teléfono.

Jake le soltó la mano.

–Dile a quien sea que te deje el recado.

A Larissa le cosquilleaba la mano, y su cuerpo le dijo a su mente que acabaría al borde de la locura si insistía en reprimir sus necesidades. No creía que pudiera vivir bajo el mismo techo que Jake y no tener ningún contacto físico con él.

–De acuerdo –musitó.

Se giró sobre los talones, con las rodillas temblorosas, pero logró no mirar atrás, y al cabo de un rato oyó que Jake cerraba otra vez la puerta del cuarto de baño.

Necesitaba recobrar la perspectiva, se dijo. Tal vez si hablara con su pequeño. Se le estaba haciendo tan raro estar sin él…

Anotó un mensaje del señor Larson, dejó el papel sobre el maletín de Jake, y marcó el número de la casa de sus suegros. Fue la asistenta quien contestó el teléfono.

–Hola, soy Larissa Nielsen… quiero decir… Danforth. ¿Podría ponerme con Peter?

–Un segundo, señora.

Al cabo de unos instantes escuchaba la voz de su niño.

–¡Hola, mamá!

Los ojos de Larissa se llenaron de lágrimas. ¡Dios, lo había echado tanto de menos…! Desde que naciera nunca se había separado de él más que unas horas.

–Hola, mi vida, ¿cómo estás? Te he echado muchísimo de menos.

–Y yo a ti también, mamá –respondió Peter–, pero me lo estoy pasando en grande. ¡Hoy van a llevarme a ver unos caballos!

La felicidad de Peter era palpable, aun a través del teléfono, y el pensar que su hijo estaba teniendo lo que ella nunca debiera haberle negado, Larissa se dijo que eso se merecía todos los malos ratos que estaba teniendo que pasar, y por los que tuviese que pasar en un futuro. Tenía que recordar que si se había casado era por Peter, no por ella, ni tampoco por Jake.

–Cuánto me alegro, cariño.

–¿Cuándo volvéis a casa, mamá?

Larissa no estaba segura de para qué vuelo había sacado Jake los billetes, pero creía recordar que le había dicho que regresarían ese mismo día por la noche.

–Estaremos ahí antes de que te vayas a la cama.

–Mamá, está la abuelita aquí conmigo. ¿Quieres que te ponga con ella?

–Sí, cariño, pásamela. Te quiero; diviértete mucho.

–Yo también te quiero, mamá.

Larissa charló brevemente con Miranda Danforth sobre Peter. Le resultaba muy raro estar hablando de su hijo con una persona a la que hasta hacía poco era una perfecta extraña para ella. Cuando colgó el teléfono se quedó sentada pensativa, y Jake la encontró así cuando salió del baño.

–¿Estás bien? –inquirió desde el umbral de la puerta.

Ella asintió con la cabeza.

–¿Quién era?

–Ted Larson –respondió ella–. Te he apuntado su número ahí. Y acabo de llamar a tu casa para hablar un rato con Peter.

–¿Cómo está?

–Bien, bien, muy bien –respondió ella con un suspiro–. Jake, respecto a lo de antes… yo… sé que no te lo estoy poniendo fácil, pero es que cada vez estoy menos segura de que este matrimonio pueda llegar a funcionar.

–No digas eso –le reprochó él–, funcionará, ya lo verás. Ahora mismo estoy un poco enfadado, no lo voy a negar, pero se me pasará, y encontraremos el modo de hacer que esto funcione –le prometió.

Algo en su voz infundió confianza a Larissa.

–¿Por Peter? –inquirió.

Jake atravesó la habitación hasta llegar a su lado y la tomó de la barbilla para alzarle el rostro.

–Por Peter… pero también por nosotros.

Capítulo Once

Llegaron a Savannah sobre las nueve de la noche y, tras pasar a recoger a Peter, estaban ya en casa de Jake un poco antes de las diez. Peter iba dormido en el asiento de atrás, y Larissa había estado muy callada desde que salieran de Las Vegas.

–¡Oh, no! –exclamó de pronto, cuando Jake detuvo el vehículo frente a la vivienda.

–¿Qué ocurre? –inquirió él.

–Reconozco ese coche –respondió ella, señalando con la cabeza un utilitario azul aparcado junto a la acera–. Es de esa odiosa mujer, Jasmine Carmody. ¿A qué habrá venido ahora?

Jake extendió el brazo y le dio unas palmadas a Larissa en la mano.

–Probablemente a comprobar si nuestro matrimonio es real.

–Vayámonos a mi casa, Jake, podemos pasar allí la noche.

–No tenemos por qué escondernos de nadie, Larissa, no hemos hecho nada malo.

Larissa apretó los labios.

–Supongo que tienes razón.

–Pues claro que sí, mujer. Relájate, estamos juntos en esto, ¿recuerdas? –le dijo Jake.

Le apretó suavemente la mano y se inclinó hacia ella para besarla.

–¿Lista?

Larissa inspiró profundamente y asintió con la cabeza.

–Bien. Mantén la cabeza bien alta –dijo Jake–, somos un equipo y no vamos a permitir que nos derrote una reportera de pacotilla.

Larissa le sonrió, y Jake abrió la puerta para bajarse del coche, siendo inmediatamente asaltado por la periodista afroamericana.

–Señor Danforth, soy Jasmine Carmody, del *Savannah Morning News*. ¿Podría dedicarme unos minutos de su tiempo?

–¿Para qué? –le espetó Jake con aspereza.

–Para discutir las… circunstancias de su reciente matrimonio.

–¿Qué es lo que quiere saber?

Larissa, que se había bajado también del vehículo, lo rodeó,

yendo a su lado. Jake le rodeó la cintura con el brazo, atrayéndola hacia sí, y depositó un beso en su frente.

–Qué tierno… –farfulló Jasmine Carmody–. Bien, la verdad es que tengo curiosidad por saber algo.

–¿El qué? –contestó Jake.

–Pues… ¿cómo se siente sabiendo que es el segundo hombre rico de Savannah al que engaña una Nielsen?

Larissa se puso tensa.

–Yo no lo he engañado.

–Oh, por supuesto que no –murmuró la periodista con una sonrisa socarrona–, solamente le tendió una trampa para conseguir que se casara con usted. Es un poco sospechoso que tengan un hijo en común y hayan esperado tres años para casarse si tan enamorados están, ¿no?

–Larissa no me ha cazado si es lo que está sugiriendo, señorita Carmody –intervino Jake–, y los motivos por los que hemos esperado tres años para casarnos a usted no le incumben. Ahora haga el favor de marcharse de aquí. No tenemos nada de qué hablar.

–No pienso darme por vencida –respondió Jasmine Carmody–. Pienso escribir esta historia con o sin su cooperación.

–Pues entonces escriba esto: Larissa y yo hemos sido amigos desde hace diez años y el casarnos nos ha dado a ambos una felicidad que jamás habríamos creído posible.

Jake inclinó la cabeza y besó amorosamente a Larissa, con la esperanza de que comprendiera que intentaba decirle con ello que su matrimonio no era sólo algo temporal para engañar a los medios de comunicación, aunque ése hubiera sido el motivo que los había llevado a él, sino que podía ser algo real y duradero.

Peter se había despertado y empezó a toser y a llamar a su madre. Jake abrió la puerta del coche y sacó al pequeño en brazos.

–¿Dónde está mamá?

–Aquí, cariño –contestó ella, acariciándole el cabello.

Peter se revolvió en los brazos de Jake para ir con su madre, y ella lo tomó en brazos. El chiquillo empezó a toser de nuevo, y Larissa lo acunó contra su pecho.

–Será mejor que lo llevemos dentro, Jake. Hace frío aquí fuera para él.

Jake cerró la puerta del coche y rodeó los hombros de Larissa mientras se dirigían hacia la casa. Jasmine Carmody los observó allí

plantada hasta que desaparecieron tras la puerta, y Jake tuvo la sensación de que no sería la última vez que la vieran.

–No imaginaba que pudiese llegar a averiguar lo de tu padre –le dijo a Larissa cuando pasaron al vestíbulo.

–Reilly Payton no era mi padre, él sólo puso el esperma –farfulló ella.

Jake se rió. No parecía enfadada con la periodista.

–No estás molesta por que lo haya averiguado –comentó sorprendido.

–Bueno, habría preferido que no lo hubiese hecho –admitió Larissa–, pero cuando saliste en mi defensa me di cuenta de algo.

Peter volvió a toser, y Larissa le frotó suavemente la espalda con la mano.

–Espero que no esté pillando un catarro –murmuró preocupada.

–Mañana lo llevaremos al médico –dijo Jake. Era tarde, y tenían que acostar a Peter, pero las palabras de Larissa permanecían en su mente–. ¿De qué te diste cuenta?

–De que tenerte a mi lado significa muchísimo para mí –respondió ella–. Aunque publique su artículo, y estoy segura de que lo hará, no me importará lo que pueda decir la gente. Aunque supongo que aún me llevará algún tiempo acostumbrarme a la idea de ser una Danforth –confesó.

Jake sonrió.

–Si quieres saber la verdad, yo mismo a veces no me siento parte de la familia.

–¿Por qué no?

–Mi padre siempre me ha presionado mucho, por lo de ser el mayor y todo eso, y tampoco voy a negar que he metido la pata en más de una ocasión, Rissa. Tú sabes que no soy perfecto, pero esta vez quiero hacer las cosas bien, no voy a volver a meter la pata.

–Lo sé, Jake –contestó ella, extendiendo una mano para acariciarle la mejilla.

–Bueno, pongámosle a este jovencito el pijama y llevémoslo a la cama, y luego seguiremos esta conversación –dijo él.

–Mamá… –llamó el chiquillo.

Su voz sonó áspera, y su respiración era trabajosa y jadeante. Jake y Larissa lo miraron preocupados.

–¿Le ha pasado esto antes? –inquirió él.

–No, iba muy bien con la nueva medicación –replicó ella–. Busca el inhalador. Está en mi bolso.

Y aunque intentó que su tono pareciera calmado, Jake vio que le temblaban las manos. Agarró el bolso, que Larissa había dejado sobre la mesita junto al paragüero, y rebuscó a toda prisa en el bolso mientras ella seguía abrazada al chiquillo, susurrándole palabras tranquilizadoras.

Jake por fin lo encontró, y se lo entregó a Larissa, pero después de que lo hubiera aplicado no parecía que Peter se calmara.

–Vámonos al hospital –dijo Larissa–. Creo que tiene un ataque agudo.

Larissa no había pasado tanto miedo en toda su vida. Le habían puesto a Peter goteo intravenoso y un nebulizador, y su pequeño tórax se hinchaba exageradamente con esfuerzo con cada aliento que tomaba.

Larissa le tenía agarrada la manita, y le decía que intentase respirar con menos fuerza, pero sabía que no le era posible. La mano de Jake descansaba en su hombro, y Larissa intuyó que estaba instándola a compartir su carga con él, pero sencillamente no podía.

No podría relajarse hasta que Peter estuviese respirando tranquilo, sin el nebulizador, aunque agradecía tener a Jake y su familia a su lado en aquellos momentos amargos, y sabía que Peter también.

Aquella noche Larissa empezaría a vislumbrar lo que era ser parte del clan Danforth. En vez de tener que esperar sentada en la sala de espera hasta que fuera su turno, los habían admitido sin problemas, y habían puesto a Peter en una amplia habitación privada.

Jake no se había separado de ella, y estaba todo el tiempo sosteniendo su mano o la de Peter para que ambos supieran que contaban con él. Se estaba mostrando como un sólido apoyo, y Larissa supo entonces sin un atisbo de duda que lo amaba. Sí, el observarlo hablando quedamente a su hijo, acariciándole el cabello, encargándose de cada detalle de la burocracia del hospital para que ella no tuviera que preocuparse de lo más mínimo…, todo aquello le hizo admitir lo que hasta entonces había tenido miedo de admitir: amaba a Jacob Danforth.

Cuando Peter hubo terminado el tratamiento le retiraron el nebulizador. Su respiración ya se había normalizado, pero estaba pálido y cansado, y parecía aún más pequeño y frágil de lo que era tendido en la blanca cama del hospital. Jake puso su osito de

peluche a su lado, y Larissa, sentada en la cama junto a él, se inclinó y lo besó.

–Mamá… –murmuró el chiquillo–. ¿Podemos recitar nuestro poema?

–Claro que sí, vida mía.

Quedamente empezó a recitar el poema de Robert Frost, y Jake y Peter se unieron a ella. Para cuando llegó al penúltimo verso, Peter se había quedado dormido.

Larissa se volvió hacia Jake, que estaba sentado en una silla junto a la cama.

–Jamás me había sentido tan impotente –musitó.

–Yo tampoco –dijo él.

Larissa sentía deseos de llorar: de alivio, por un lado, porque todo había quedado sólo en un susto, pero por el otro también de angustia, porque cada vez veía con más claridad que había cometido un error tremendo y una injusticia al haberle ocultado a Jake su embarazo. Reilly Payton jamás había querido ejercer de padre, jamás había sentido cariño alguno por ella, pero Jake, en cambio, desde el primer momento se había comportado de un modo ejemplar con Peter y con ella. ¿Cómo podía haber dudado de él sólo porque el único ejemplo de padre que había conocido había sido un hombre egoísta e insensible?

–¿Por qué estás mirándome así? –inquirió Jake.

Larissa no quería que supiera hasta qué punto estaba sintiendo que lo necesitaba.

–¿«Así»? ¿Cómo?

Jake se encogió de hombros, algo azorado.

–Pues… no sé.

Larissa se levantó de la cama y se sentó sobre sus piernas, rodeándole el cuello con los brazos y apretándolo fuertemente contra sí. Dios, no creía que pudiera sobrevivir si la dejara.

–Gracias –murmuró.

–¿Por qué? –inquirió él, acariciándole la espalda.

–Por estar a mi lado. Me alivia tanto no tener que hacer frente a esto yo sola…

Jake la apartó un poco para mirarla a los ojos y puso una mano en su mejilla.

–Te dije que iba a compartir tu carga, y voy a hacerlo.

Se inclinó hacia ella, besándola apasionadamente, y Larissa le respondió con fervor.

Alguien se aclaró la garganta, y ambos alzaron la vista. El padre de Jake estaba en la puerta de la habitación. Parecía cansado, pero su rostro reflejó una expresión de ternura cuando bajó la mirada a su nieto dormido.

–Creo que no hace falta que pregunte cómo va todo –dijo.

Larissa sintió cómo los músculos de Jake se tensaban. Se puso de pie y fue junto a Peter.

–Ya sabes cómo soy, papá –farfulló Jake azorado, levantándose también y esbozando una sonrisa incómoda–: no puedo contenerme cuando estoy con una mujer bonita –dijo metiéndose las manos en los bolsillos.

Harold Danforth no respondió a eso.

–Tu madre y yo queríamos ver cómo estaba Peter antes de irnos a casa.

–Está mejor –respondió su hijo–. Ya ha acabado el tratamiento con el nebulizador, y se ha quedado dormido.

Su padre asintió con la cabeza.

–Iré a buscar a tu madre.

Y, sin decir nada más, salió de la habitación.

Larissa miró a Jake, que había ido junto a la ventana y estaba mirando fuera como irritado consigo mismo.

–¿Qué ocurre entre tu padre y tú, Jake? –inquirió.

–Nada –contestó él sin volverse.

–Jake, conmigo puedes ser…

–Déjalo estar, Rissa, por favor.

No, no iba a dejarlo estar. Larissa cruzó la habitación y fue a su lado, rodeándole la cintura con los brazos y apoyando la mejilla en su espalda.

–Háblame, Jake –murmuró–. A mí puedes contármelo.

–No quiero hablar de ello. Además, bastante tienes ya con preocuparte por Peter.

Larissa lo hizo girarse y lo tomó por los brazos, mirándolo a los ojos.

–Ahora Peter está descansando –le dijo–. Háblame de tu padre y de ti.

–No es nada –contestó él, apartándose de ella–, sólo que nunca he sido capaz de complacerlo en nada.

Larissa bajó las manos y frunció el entrecejo.

–A mí no me da esa impresión. Parece orgulloso de ti.

Y era cierto. Cuando sus padres llegaron al hospital aquella

noche, Harold Danforth la había llevado aparte y le había dicho que no tenía que preocuparse, que con su hijo podía contar para lo bueno y para lo malo.

–Sí, claro, ¿qué padre estaría orgulloso de su hijo cuando su nieto está enfermo y no puede quitarle las manos de encima a su esposa?

–Dudo que haya pensado nada parecido. Tu padre debe entender lo mucho que en estos momentos nos necesitamos el uno al otro.

Jake se encogió de hombros.

La opinión personal de Larissa era que Harold probablemente se habría sentido aliviado al verlos besándose, al ver que su matrimonio no era algo sólo de cara a la prensa, pero ése era un tema que no quería sacar.

–No sé, Jake, me parece que lo malinterpretas. Deberías hablar con él.

–No creo que sirviera de nada.

Larissa se puso de puntillas para poder mirarlo directamente a los ojos, y tomó su rostro entre ambas manos.

–Bueno, pues yo sí lo creo, y creo sinceramente que deberías intentarlo al menos. Y no pienso dejar de darte la lata hasta que lo hagas.

–Dios, sólo llevamos casados dos días y ya estás diciéndome lo que tengo que hacer –murmuró Jake con una media sonrisa.

Larissa sonrió también.

–Y más vale que no me repliques, Jacob Danforth –le dijo divertida, señalándolo con un dedo.

–Menos mal que sé cuál es la manera de mantenerte calladita.

–¿Qué manera es esa? –inquirió ella con una sonrisa maliciosa.

–Ésta…

Y bajando la cabeza tomó sus labios en un beso que decía «gracias», que decía «estaré siempre aquí para ti». Larissa se agarró a sus hombros y le respondió con la misma intensidad.

Cuando sus padres entraron en la habitación, Jake se apartó lentamente de Larissa. Un verdadero torbellino de emociones lo sacudía por dentro. Nunca se había sentido tan vulnerable como aquella noche. Se había acostumbrado a su cómoda vida de soltero, a no tener que pensar en nadie más que en sí mismo, y aquella noche le había mostrado que tener su propia familia, ser responsable de alguien, no iba a ser nada sencillo, y que además de

alegrías le traería también preocupaciones y sufrimiento.

En el fondo siempre había soñado con formar algún día una familia parecida a la suya, pero nunca se había creído digno de esa clase de vínculos afectivos, y no estaba seguro de ser la clase de esposo y padre que Larissa y Peter necesitaban.

–¿Cómo está Peter? –preguntó su madre.

–Mejor, se ha quedado dormido –respondió Larissa.

–Gracias a Dios –dijo Miranda–. Espero que esto no le haya ocurrido por estos dos días que ha estado en nuestra casa. Me aseguré de que limpiaran muy bien el polvo y las alfombras antes de que nos lo trajerais, pero un niño enfermo puede ser tan delicado…

–No, por supuesto que no es por vuestra culpa –la tranquilizó Larissa–. Me ha dicho que lo ha pasado estupendamente con vosotros.

–A Harry y a mí también nos ha encantado tenerlo con nosotros –contestó Miranda sonriente–. Echaba tanto de menos tener un niño en casa… En fin, lo importante es que sólo haya quedado en un susto.

–Sí –asintió Jake–. Estas horas se me han hecho eternas, hasta que lo he visto respirar tranquilo y el médico nos ha dicho que todo estaba bajo control.

–A nosotros nos habría ocurrido igual –dijo su padre–. Todavía recuerdo lo mal que lo pasábamos tu madre y yo cada vez que alguno de vosotros se ponía enfermo.

–¿Alguien tiene sed? –los interrumpió Larissa–. Voy a ir a la máquina a por una botella de agua.

–No, gracias –respondió el padre de Jake.

–Te acompaño, querida –dijo Miranda–. ¿Tú quieres algo, cariño? –le preguntó a Jake.

–Una Coca-Cola estaría bien, gracias, mamá.

Nuera y suegra salieron de la habitación, pero Larissa se detuvo un instante en la puerta y se volvió hacia Jake, diciéndole mudamente con los labios: «habla con él».

Cuando se hubieron quedado solos, su padre se inclinó sobre Peter para apartarle un mechón de la frente.

–Es increíble lo mucho que se parece a ti cuando tenías su edad… –murmuró pensativo con una sonrisa.

Jake se acercó al otro lado de la cama y se sentó a los pies cuidadosamente para no despertar al pequeño.

–Es verdad.

–¿Sabes?, antes me estaba acordando de aquel verano en que te rompiste el brazo.

–No pude jugar al fútbol en seis semanas –recordó su hijo.

–Cierto. Te pusiste negro por no poder jugar en la final. Y no hiciste más que recriminarte porque tu equipo perdiera.

–Sí, pero al año siguiente ganamos.

–Tu madre siempre te decía que no era más que un juego, pero tú te tomabas muy en serio el ganar o perder.

–Supongo que sí –admitió Jake bajando la vista.

–¿Estás bien, hijo?

Jake se encogió de hombros. No importaba que tuviera más de treinta años y estuviera al frente de un exitoso negocio, siempre se sentía como un niño en presencia de su padre.

Su padre siempre hacía que todo pareciese tan fácil… Ni siquiera la desaparición de su hermana más pequeña, Victoria, lo había hecho desmoronarse. Había mantenido a la familia unida, y los había alentado a mantener la esperanza de encontrarla con vida. Él no tenía esa fortaleza moral, nunca podría llegar a ser como su padre.

–Tener un hijo es una espada de doble filo –dijo de pronto Harold Danforth.

Jake levantó la cabeza.

–¿Qué quieres decir?

–Pues que haces todo lo posible por proteger a tus hijos, y de repente ocurre algo que sabes que no podrías haber evitado –dijo–, pero aun así te sientes culpable.

Extendió la mano para acariciar el cabello de Peter, y a Jake le pareció ver en su rostro la misma vulnerabilidad que él sentía por su hijo.

–Como con Victoria –murmuró.

Él mismo nunca había conseguido superar la sensación de culpa por su desaparición, pero jamás le había hablado a su padre de ello.

–Sí –asintió su padre. Se irguió y se pasó una mano por el cabello–. Buenas noticias a ese respecto: el cuerpo que encontraron en Crofthaven no es ella.

Jake sintió que lo invadía una ola de alivio. Nadie en la familia había dado crédito a la hipótesis de la policía de que pudiera tratarse de ella. Había desaparecido en Atlanta, no en Savannah.

–Gracias a Dios –murmuró.

–Ojalá pudiera averiguar dónde está –dijo Harold.

Y por el tono desesperado en que habían sido pronunciadas esas palabras, una nueva grieta se abrió en la imagen que Jake tenía de su padre. Siempre le había parecido un hombre tan seguro de sí mismo, tan fuerte… y, sin embargo, hasta ese momento no se había dado cuenta de que debajo de su armadura de padre de familia y empresario había un hombre con tantas vulnerabilidades como él mismo.

–A mí también me gustaría saber cómo dar con ella –murmuró–. Nunca me he perdonado por no ir a aquel concierto con ella. Ni siquiera debería haberle comprado las entradas.

Su padre esbozó una sonrisa triste.

–Nunca fuiste capaz de negarle nada.

Era la verdad. Siempre había sentido adoración por la más pequeña de sus hermanas, pero había sido demasiado indulgente con ella.

–A veces me preocupa pensar que pueda meter la pata con mi hijo como la metí con ella –confesó quedamente.

–Preocuparse es parte de ser padre –murmuró Harold–. Y quisiera poder decirte que dejas de preocuparte cuando tus hijos crecen y abandonan el nido, pero no es así.

–¿Cómo haces para sobrellevarlo tú, papá? Siempre logras mantener la cabeza fría, incluso en los momentos más difíciles.

Su padre sonrió levemente.

–Me apoyo en tu madre. Es lo mejor que me ha pasado. Y vosotros, mis hijos, lo sois también. ¿Cómo no ibais a serlo cuando sois extensiones de ella?

Jake miró a su padre, y por una vez no se sintió como si su vida fuera un fracaso.

–Espero poder llegar algún día a ser tan buen padre como lo eres tú.

–No estoy seguro de haber sido con vosotros lo buen padre que hubiera querido ser, pero estoy convencido de que tú serás un buen padre para Peter.

En ese momento regresaron Larissa y Miranda con las bebidas. Larissa fue junto a Jake y le pasó el brazo por la cintura. Jake le rodeó los hombros y la atrajo hacia sí mientras ambos observaban a su hijo dormido. Un instante después levantó la vista y sus ojos se encontraron con los de su padre. Harold le guiñó un ojo y le sonrió, y por primera vez en su vida Jake se sintió como un hombre del que

su padre se sentía orgulloso.

Capítulo Doce

Al día siguiente Peter estaba mucho mejor, pero el doctor Gold, el médico que lo llevaba, quiso que se quedase una noche más para ver cómo evolucionaba. Larissa estaba cansada porque sólo había dormido unas horas en el incómodo sillón junto a la cama, y emocionalmente también estaba agotada, porque aunque la familia de Jake era maravillosa, resultaba algo abrumador que de pronto tanta gente se preocupara por ellos.

Toby, el hermano de Jake, estaba fuera de la ciudad por negocios, pero había llamado por teléfono y había estado charlando con Peter; Wes se había acercado a llevarle al pequeño un juego electrónico; los padres de Peter estaban allí a las nueve en punto, con libros para colorear y lápices… Incluso Imogene, la otra hermana de Jake, que según le había contado éste a Larissa era una adicta al trabajo, se había presentado en el hospital aprovechando su hora del almuerzo. Iba vestida con un traje de ejecutiva, y parecía que acabara de salir de un salón de belleza, y Larissa, que llevaba la ropa del día anterior y tenía el cabello hecho un desastre, se sintió como un espantapájaros a su lado.

Cuando el horario de visitas concluyó ya sólo quedaban los padres de Jake, que estaba en ese momento en el pasillo, despidiéndolos. Larissa no estaba segura de qué había ocurrido la noche anterior, pero de pronto le parecía que todas las razones que había blandido para mantener la barrera entre Jake y él habían desaparecido. Ya no tenía sentido proteger su corazón porque era demasiado tarde. Se había enamorado de Jake hacía mucho tiempo, y ahora que se habían casado no podía impedir que sus sentimientos se hiciesen más profundos.

Peter le había pedido que se echase a su lado hasta que se durmiese, y ella se había acurrucado junto a él. Peter estaba ya dormido, con la cabeza descansando en su brazo, y Larissa se inclinó para escuchar su respiración. Era suave y acompasada. Una cálida sensación de alivio la invadió, y apretó su cuerpecillo contra el de ella.

–¿Cómo va nuestro chico? –inquirió Jake en voz baja, entrando

de nuevo en la habitación.

Larissa levantó la vista hacia él. Su rostro acusaba el cansancio, y tenía barba de dos días, pero le pareció que estaba más guapo que nunca.

–Se ha dormido –susurró–. ¿Ya se han ido tus padres?

–Sí –respondió él, acercándose a ella–. Mi madre ha dicho que volverán por la mañana, cuando vayan a darle el alta a Peter.

Jake se paró junto a la cama, y acarició con la yema del índice el brazo desnudo de su esposa.

Larissa pensó que debía tener un aspecto terrible, y levantó el brazo para remeter detrás de la oreja un mechón de cabello rubio que había escapado de su trenza, pero Jake apartó su mano.

–Déjalo así. También me gustas cuando no estás hecha un pincel.

–Bueno, desde luego en este momento no creo que se pueda decir que esté hecha un pincel –reconvino ella riéndose suavemente.

Sacó con cuidado el brazo de debajo de la cabeza de Peter y se puso de pie. Jake se había quedado apenas a unos pasos de la cama, y sus cuerpos casi se tocaban cuando ella se incorporó.

–No, es verdad. Tienes el cabello alborotado, y la camisa arrugada… y eres la mamá más sexy que conozco –murmuró Jake.

–Tú también estás bastante desaliñado –contestó ella con una sonrisa seductora, repasando las manos por su áspera mandíbula.

Se puso de puntillas y presionó sus labios contra los de él, besándolo con un ansia que la sorprendió. De hecho, se convirtió en un beso tan apasionado, que cuando se separaron estaban los dos temblorosos de deseo.

–Rissa… ¿intentas decirme algo con esto? –preguntó Jake con cierta cautela en su voz.

–Bueno, puede ser –admitió ella.

–En ese caso creo que será mejor que me lo digas abiertamente, porque no quiero aventurarme a hacer más suposiciones respecto a lo que quieres de nuestro matrimonio.

–Yo… siento mucho lo que ocurrió ayer por la mañana en Las Vegas –murmuró ella–. Creo que estaba… asustada.

–¿Asustada?

–Es que nuestra noche de bodas fue tan perfecta… todo parecía tan perfecto que… –farfulló Larissa bajando la vista–. No sé que me pasó, Jake, me comporté como una tonta.

–Es verdad –murmuró él, tomando sus manos en la suyas y acariciándolas con los pulgares. Larissa alzó el rostro con el

entrecejo fruncido, y Jake sonrió. Fue una noche perfecta.

Larissa sonrió y se sonrojó ligeramente.

–Lo fue –asintió–, y no quiero que sea nuestra única noche juntos –añadió, levantando la vista hacia él.

Jake inspiró y escrutó en silencio sus ojos azules.

–¿Estás diciéndome que quieres ser mi esposa… en todos los sentidos?

Larissa asintió con la cabeza.

–Sí.

Apoyó la cabeza en su hombro y se abrazó al hombre al que le había entregado su corazón.

Larissa dio un gran bostezo, tapándose la boca con la mano, y encogió el hombro derecho, donde parecía habérsele acumulado toda la tensión.

–¿Por qué no tomas un taxi, te vas a casa y descansas? –sugirió Jake–. Yo me quedaré con Peter.

Quería mostrarse útil más que nunca, que Larissa se apoyara en él como su padre se apoyaba en su madre. Hasta entonces, después del tiempo que llevaba dirigiendo su empresa, D&D, creía que podía enfrentar con éxito cualquier problema, pero nada lo había hecho sudar como el ver a Peter luchando por respirar. Le había hecho darse cuenta de lo frágil que era la vida, y le había recordado todos los motivos por los que había empezado a ocultar sus sentimientos cuando Victoria había desaparecido. Sólo en ese momento comprendió que esconderse no era la solución. Sentirse agradecido por lo que uno tenía y cuidarlo era lo más importante.

–Gracias –respondió Larissa–, pero prefiero quedarme. No quiero que se despierte y se encuentre con que no estoy.

–¿Crees que no cuidaré bien de él? –inquirió Jake.

Pensándolo bien, lo cierto era que Larissa apenas lo había dejado a solas con su hijo desde que había ingresado en el hospital. Después de todo parecía que seguía sin confiar en él.

–No es eso, Jake, es sólo que yo…

–¿Que tú qué? –inquirió él irritado.

Él, como un idiota, queriendo impresionarla, y ella seguía desconfiando de él.

–Es que no quiero que necesite a nadie más –murmuró Larissa al fin, bajando la vista avergonzada de su confesión.

Jake sabía que a veces era más fácil hacerlo todo uno solo que trabajar en equipo y compartir la responsabilidad, pero aun así…

–No soy un extraño, Rissa, soy su padre.

–Lo sé, Jake, tienes razón, perdóname. Es sólo que me cuesta mucho confiar en los hombres.

–¿Y en mí en particular? –inquirió él.

El matiz de ira había desaparecido de su voz, siendo reemplazado por uno de honda decepción. ¿Qué importaba que Larissa confiara o no él?, se preguntó irritado consigo mismo. «¡Diablos, claro que importa, pedazo de alcornoque!», replicó una vocecilla en su cabeza, «importa… porque la amas».

¿*Amor*? Aquel pensamiento lo dejó aturdido.

Alzó la mirada hacia Larissa. No pudo interpretar la expresión que había en su rostro, pero no le importó. En ese momento lo que le preocupaba era ocultarle a ella su propia debilidad. Siempre había dado una imagen de hombre fuerte, y no iba a permitir que nada ni nadie, ni siquiera Larissa, la alterara. Pero entonces…

–Confío en ti, Jake, más de lo que he confiado nunca en ningún otro hombre –dijo Larissa en un tono suave pero firme.

Sus palabras aturdieron a Jake, que de pronto sintió el pesado manto de la responsabilidad sobre sus hombros, y se juró a sí mismo que nunca haría nada que resquebrajase la fe que había depositado en él. Extendió los brazos hacia ella y la atrajo hacia sí, abrazándola con fuerza.

Sabía que nunca se sentiría completo sin Larissa a su lado. Ella hacía que quisiera ser un hombre mejor, y sabía que si algún día lo dejaba se sentiría incompleto. Pero, ¿cómo iba a mantenerla a su lado si seguía ocultándole que la amaba?

Larissa estaba casi segura de que, después de todo, las cosas entre ellos iban a funcionar.

Tomó un taxi en la puerta del hospital, y le indicó al conductor la dirección de la casa de Jake.

Cuando llegaron, pagó al taxista, se bajó del vehículo, entró en la vivienda, y se dirigió exhausta al dormitorio de Jake. Se dejó caer en su cama, y allí, envuelta en su aroma, se quedó dormida casi al instante.

El timbre de la puerta la despertó cuatro horas después. Se levantó de mala gana, y se dirigió al vestíbulo frotándose la cara

con las manos para acabar de despertarse.

Esperaba que no fuese otra vez esa dichosa Jasmine Carmody. Aunque estaba empezando a dejar por fin atrás el pasado, seguía sin querer hablar de ello con aquella reportera metomentodo.

Sin embargo, cuando escudriñó por la mirilla, vio a un hombre al que no le sonaba haber visto antes. Abrió la puerta.

–¿Puedo ayudarle en algo?

–¿Es usted Larissa Nielsen?

–Lo era –respondió ella–. Me he casado, y ahora mi apellido es Danforth.

El hombre no dijo nada, sólo le tendió un sobre marrón claro grande que ella tomó perpleja, y se marchó.

Larissa cerró la puerta y se quedó mirando el sobre sin saber qué pensar. Qué visita tan extraña… Fue a la cocina, puso agua a calentar para hacerse un té, y mientras esperaba que hirviera, abrió el sobre con un cuchillo.

Dentro encontró varios folios con el membrete de un bufete de abogados. Sin entender nada, Larissa se puso a leerlos por encima, y de pronto sintió cómo el corazón le daba un vuelco y le temblaban las piernas. ¡Jake estaba demandándola para conseguir la custodia de Peter!

Le había mentido… Le había mentido cuando le había dicho que estaría siempre a su lado, que compartiría su carga… ¡lo único que quería era quitarle a su niño, a su bebé!

Sin fuerzas para mantenerse en pie, Larissa dejó que su espalda se deslizara por la pared de azulejos hasta quedarse sentada en el suelo. Flexionó las piernas y las rodeó con los brazos, apretando las rodillas contra su pecho desolada.

Sus peores temores se habían hecho realidad. Había confiado en Jake y él la había traicionado. Todo ese tiempo él había estado haciendo una pantomima para engañarla y hacerle daño de la manera más despreciable.

Se levantó tambaleándose, y fue a la habitación de invitados que Jake le había dado cuando Peter y ella se mudaron allí. Sacó ropa limpia del armario, se dio una ducha, y se vistió. No sabía cómo iba a enfrentar aquello, pero tenía que hacerlo. Si Jake creía que iba a renunciar a su hijo porque necesitaba venganza, estaba muy equivocado.

Sin embargo, no quería arrastrar a Peter a una batalla legal por su custodia. Jamás le haría eso porque nunca había querido que su

hijo, como le había ocurrido a ella, sintiese que su nacimiento había causado un enfrentamiento entre sus padres.

Tomó las llaves de su pequeño utilitario y salió de la casa. Entró en el coche, y se quedó allí sentada esperando que las manos dejaran de temblarle, porque así no podía enfrentarse a Jake. Parecía mentira que en unas horas su vida hubiese pasado de parecer perfecta a convertirse en una pesadilla.

Finalmente notó que iba recobrando la compostura, y arrancó el vehículo. Poco a poco el dolor de la traición de Jake se fue disipando, para irse asentando en su lugar un sentimiento de ira hacia él, y para cuando llegó al hospital, se sentía dispuesta para despedazarlo. ¿Cómo se atrevía a manipularla de aquella manera? ¿Es que la familia no significaba nada para él? ¿No se daba cuenta de que esa clase de batallas legales podían destrozar a un niño?

Entró en el hospital ensayando mentalmente en el ascensor todo lo que iba a decirle. En ese momento pensó en los padres de Jake. Sabiendo lo que le había hecho a su hijo, que le había ocultado la existencia de Peter, Miranda se había comportado con una amabilidad pasmosa con ella, y había querido que Peter se quedara con ellos durante su estancia en Las Vegas… ¿Estaría quizá al tanto de lo que estaba planeando Jake?, ¿habrían estado incluso su marido y ella de acuerdo con él para quitarle a su niño?

Las puertas del ascensor se abrieron. Había llegado a la planta donde estaba Peter, pero de pronto Larissa sintió miedo de afrontar aquello. Sabía que no iba a ser la Larissa sensata y equilibrada que solía ser ante los problemas, que estaba a un paso de las lágrimas.

Salió del ascensor y avanzó lentamente por el largo pasillo. Era temprano, y por él iban y venían los médicos haciendo sus rondas de visitas. Se detuvo delante de la habitación de Peter, y remetió un mechón por detrás de la oreja diciéndose que no debía perder los nervios.

Empujó el picaporte hacia abajo y entró. La habitación estaba a oscuras a excepción de un débil rayo de sol que se colaba por el hueco entre las cortinas. Jake estaba tendido en la cama con Peter dormido sobre su pecho y tenía los ojos cerrados.

Larissa no pudo evitar enternecerse ante la escena. Quizá debería comportarse como una adulta y dejar que Jake se quedara con Peter. Después de todo Jake podría darle cosas que ella jamás podría darle. Él tenía una familia numerosa, dinero para mandarlo a los mejores colegios…

Las lágrimas le quemaban los ojos, y aunque trató de contenerlas no pudo. Comenzaron a rodar por sus mejillas una tras otra, y cuando levantó las manos temblorosas para enjugarlas vio su alianza.

Se sentía como una idiota por haber creído que Jake quería verdaderamente que fuera su esposa. Probablemente aquella boda en Las Vegas había sido sólo para sacarla de la ciudad mientras sus abogados preparaban la demanda contra ella.

Y ella se lo había puesto tan fácil enamorándose de él, dejando que la manipulara aprovechándose de sus sentimientos… Un sollozo ahogado escapó de su garganta, y supo que no estaba en condiciones de enfrentarse a él en ese momento. Se giró para salir de la habitación. Tenía que lavarse la cara y recobrar la compostura antes de…

–¿Rissa? –la llamó Jake detrás de ella.

Larissa endureció su corazón para impedir que la amabilidad en su voz la hiciera comportarse otra vez como una ingenua. Al principio la soledad la había cegado en su ansia por ser correspondida, pero ahora sabía la verdad. No iba a dejar que sus palabras zalameras la volvieran a engañar. Lo miró por encima del hombro.

Jake se había levantado de la cama y se dirigía hacia ella.

–Larissa, cariño, ¿qué ocurre?

–Yo…

Pero su dolor era tal que no pudo decir nada más.

–¿Te ha estado molestando esa periodista otra vez? Si es eso llamaré a mis abogados para que…

–Sí, llámalos; eso se te da bien.

Jake frunció el entrecejo.

–¿Qué quieres decir con eso? –inquirió entornando los ojos.

–Que sé que has tenido a tus abogados muy ocupados planeando la manera de quitarme a Peter.

Jake maldijo entre dientes y Larissa salió al pasillo, apartándose de él. Cruzó los brazos sobre el pecho y lo miró como miraría a un enemigo.

–Larissa…

–No gastes saliva intentando mentirme ahora, Jake, tengo la prueba aquí mismo –masculló ella, sacando del bolsillo de la chaqueta los papeles doblados que le habían entregado.

Jake se pasó una mano por el cabello. Tenía una excusa para lo

que había hecho, pero el verla sufriendo de aquel modo, el saber que él era el causante de ese sufrimiento, lo hizo sentirse horrible.

No quería verla llorar. La atrajo hacia sí, abrazándola, y cuando ella se revolvió en sus brazos supo que sólo tenía unos segundos para decir las palabras adecuadas, pero, ¿cuáles eran?

Tomó el rostro de Larissa entre sus manos y la miró a los ojos. Le secó las lágrimas con los pulgares e inclinó la cabeza hacia ella.

–Lo siento –murmuró.

Larissa iba a hablar, pero Jake apretó su boca contra la de ella, silenciándola.

–No pude evitar enfadarme contigo cuando supe que me habías ocultado que tenía un hijo –le dijo cuando despegó sus labios de los de ella.

–Creía que habíamos superado eso, Jake, maldita sea –contestó ella–. Creía que estábamos empezando una nueva vida juntos.

–Y es lo que estamos haciendo, Rissa, hemos empezado una nueva vida juntos.

Estaba andándose con rodeos, y estaba seguro de que ella lo sabía, pero si le decía que la amaba y ella le dijera que no lo correspondía, se sentiría como un idiota. Y prefería ser un hombre fuerte a un idiota.

–Pues a mí no me lo parece –le espetó ella–. Yo quería un matrimonio de verdad, no uno basado en la sed de venganza.

–Es verdad que quería vengarme de ti –admitió Jake–, pero…

–No voy a dejar que me quites a Peter –lo interrumpió Larissa exaltada–. Puede que tú tengas más que ofrecerle que yo: una educación mejor, un montón de parientes que lo colmen de regalos y atenciones… pero hay algo que tú no puedes darle: cariño. Tú no sabes lo que es amar.

Jake se estremeció. Se pasó las manos por el cabello repetidamente y le dio la espalda. Quizá tuviera razón. Cuando su hermana Victoria había desaparecido él se había culpado. Se había dicho que había sido su indulgencia con ella lo que le había hecho perderla. Y si había sido indulgente con ella era porque la quería. No había querido volver a cometer aquel error, y por eso desde entonces se había encerrado en sí mismo, negándose la posibilidad de volver a amar, porque temía hacer daño de nuevo a otras personas, o quizá él mismo temiese volver a sufrir.

Fue hasta la ventana y apoyó la frente en el frío cristal. No había respuesta en el cielo, ni en la bulliciosa calle. La única respuesta

estaba en su interior, y perder a Peter o a Larissa no era una opción. Los necesitaba en su vida.

Se irguió y se volvió hacia la mujer que no sabía que tenía su corazón en sus manos. Larissa lo estaba mirando insegura, sin saber qué esperar, y Jake supo que había llegado el momento de dejar de ocultar aquellas emociones que tanto miedo le daban, y de huir de la mujer que las inspiraba.

–No voy a quitarte a Peter –le dijo–, no podría seguir viviendo sin ninguno de vosotros dos. Y desde luego no podría vivir sabiendo que te estaba haciendo un daño semejante. Nunca he querido quitarte a Peter, pero estaba cegado por el resentimiento, y le pedí a mi primo Marcus que pusiera en marcha esa demanda como un recurso desesperado, porque temía que quisieras volver a llevarte a Peter cuando esa periodista nos dejara en paz.

Abrió los brazos, y Larissa sólo dudó un instante antes de lanzarse a ellos entre lágrimas. Jake la abrazó con fuerza y le susurró al oído todas las palabras que su orgullo no le había permitido pronunciar antes:

–Tú eres mi aliento, Rissa, la luz de mi alma, los latidos de mi corazón. No podría vivir sin ti… te quiero.

–Oh, Jake, yo también te quiero –hipó ella.

Jake se echó hacia atrás para mirarla a los ojos, y después inclinó la cabeza, tomando sus labios en un beso lleno de ternura, de promesas de amor y fidelidad.

–¿Mamá?, ¿papá? –los llamó Peter desde dentro.

Jake y Larissa se separaron. Él sonrió, tomó de su mano los papeles de la demanda, los rompió y los tiró a una papelera del pasillo antes de entrar con ella en la habitación.

–¿Cómo estás, tesoro? –preguntó Larissa acercándose a la cama y apartando un mechón de cabello de los ojos de su hijo.

–Tengo hambre.

Jake se rió. Su hijo siempre tenía hambre.

–Iré a comprarte algo de comer. ¿Qué te apetece?

–Krispy Kremes.

Larissa miró a Jake con una ceja enarcada y los labios fruncidos. Ella nunca le había comprado eso a su hijo, porque la bollería industrial no era nada sana.

–¿Jake?

–Um… es que anoche le prometí que si se tomaba la cena que le había traído la enfermera en cuanto saliésemos del hospital le

compraría una caja de Krispy Kremes para él sólo –balbució él, frotándose la nuca.

–Hummm… –murmuró Larissa. Se volvió hacia Peter–. Bueno, supongo que por una vez no pasa nada –le dijo revolviéndole el cabello.

En ese momento entró el médico, y viendo que Peter estaba ya totalmente recuperado, firmó el alta. Los padres de Jake llegaban al poco rato, cuando Peter ya estaba vestido y se disponían a dejar el hospital, y por primera vez desde la desaparición de Victoria se sintió digno del apellido Danforth. Comprendió que la sucesión de mujeres que habían pasado por su vida hasta entonces y el que se encerrara en su negocio no habían sido más que excusas para acallar la sensación de culpabilidad por lo ocurrido a su hermana.

Sólo entonces, con Larissa y Peter a su lado, consiguió apartar ese sentimiento de culpa. Estaba convencido de que su hermana estaba viva, y de que la encontrarían.

–Mamá, papá, ¿podéis llevaros a Peter en vuestro coche? Larissa y yo vamos a comprarle unos Krispy Kremes –les dijo a sus padres.

–Claro, cariño –respondió Miranda.

Jake tomó la mano de Larissa y la condujo hasta su coche.

–Jake, ¿por qué vamos en coche? Hay un supermercado a un par de manzanas –le dijo ella extrañada cuando estuvieron sentados dentro del vehículo.

–En realidad quería estar a solas contigo un momento, Rissa.

Ella lo miró preocupada.

–Creía que todo estaba aclarado –dijo.

–No, todo no. Quiero que sepas que en cuanto lleguemos a casa voy a llamar a Ted Larson para que retire la demanda.

Larissa respiró aliviada y tomó el rostro de Jake entre sus manos.

–Eso ya lo sabía –murmuró sonriendo

Jake frunció los labios y esbozó una sonrisa traviesa.

–Pareces muy segura.

–Bueno, hace un momento me has dicho que soy el aire que respiras –contestó ella divertida–. Creo que tengo suficientes evidencias para estar segura.

–¿Y yo, Larissa, soy para ti también el aire que respiras?

Larissa se inclinó y lo besó en la barbilla.

–No.

–¿No?

–Eres la sangre que corre por mis venas.

Jake la atrajo hacia, inclinó la cabeza, y se fundió en un apasionado beso con la mujer que le había dado más de lo que jamás hubiera esperado poder llegar a tener: amor y una familia.

Epílogo

Jake había pensado que su luna de miel en Las Vegas había sido demasiado corta, y sorprendió a Larissa y a Peter con un viaje de dos semanas por el sureste del país siguiendo la gira de Jimmy Buffet. Aquella era su última noche antes de regresar a Savannah, y estaban en Orlando, en el aparcamiento del auditorio TD Waterhouse Center. Jake y Peter iban vestidos igual: con camisas hawaianas y pantalones cortos caqui debajo de faldas hawaianas.

Su vehículo estaba aparcado junto al de Courtney y Jen, dos estudiantes universitarias a las que habían conocido en el concierto de Miami del día anterior, y estaban haciendo pollo a la parrilla y preparando margaritas. Jake se acercó a Larissa por detrás y deslizó los brazos en torno a su cintura, besándola en el cuello y susurrándole deliciosas promesas en el oído.

Larissa se recostó contra él y miró a su hijo, que estaba jugando cerca de ellos. Aquella era la clase de vida que nunca se había atrevido a soñar con tener. Sin embargo, no era un sueño, era real, y era muchísimo más de lo que jamás pudiese haber imaginado.

–¡Mamá, mira! –la llamó el chiquillo, moviendo las caderas y cantando de una manera muy cómica.

Larissa se echó a reír.

–¿Te ha enseñado eso papá?

–Sí. Ven papá, vamos a bailar para mamá.

Y Peter y Jake hicieron su danza para ella, ganándose las risas y los aplausos de Larissa y los demás presentes en el aparcamiento.

Una sensación de paz invadió a Larissa, de haber encontrado al fin su lugar en el mundo. Cerró los ojos y levantó el rostro hacia el sol, diciéndose que después de todo tendría que darle las gracias a Jasmine Carmody por haberle dado la familia con la que siempre había soñado.

No te pierdas la historia de Jasmine Carmody y Wesley Brooks que aparecerá próximamente en el Deseo titulado: *Bajo las sábanas*